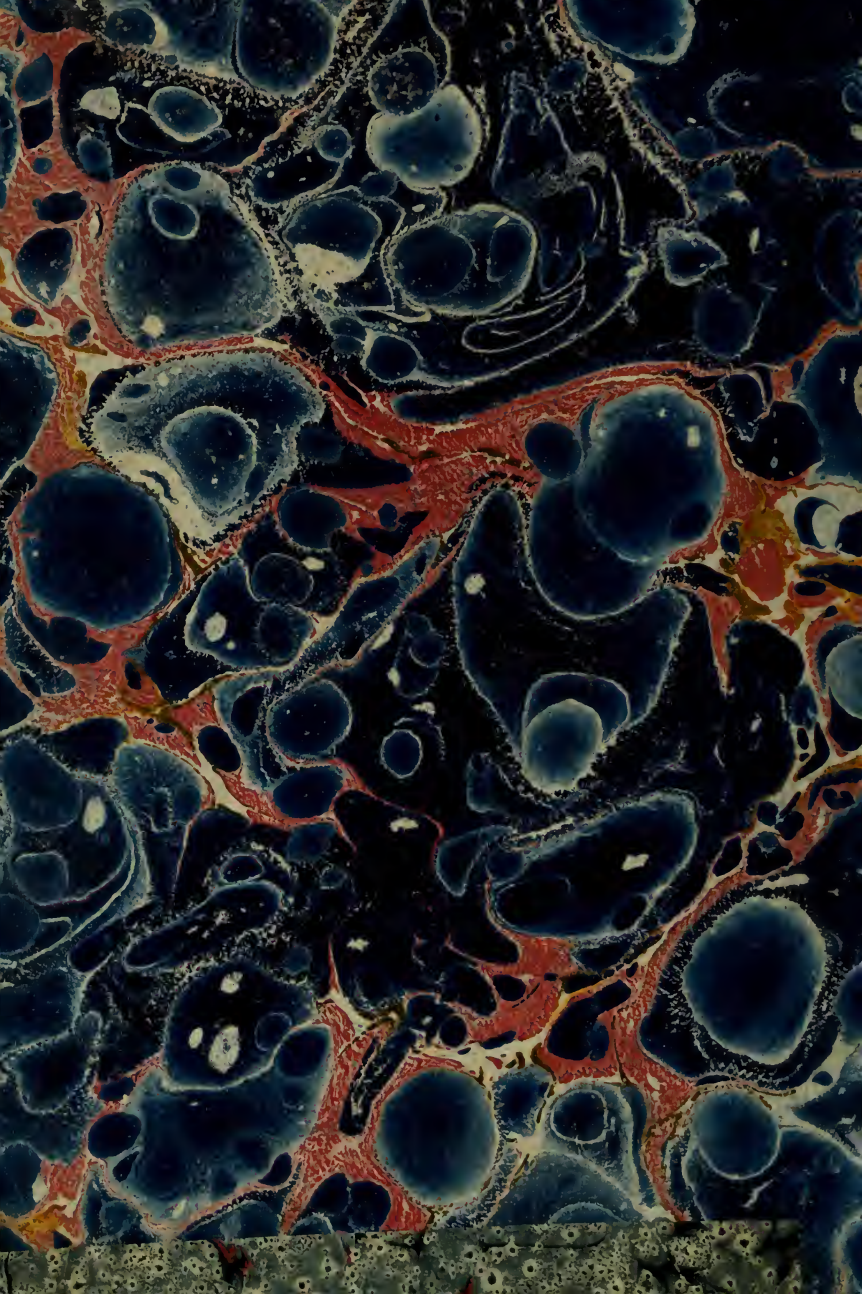
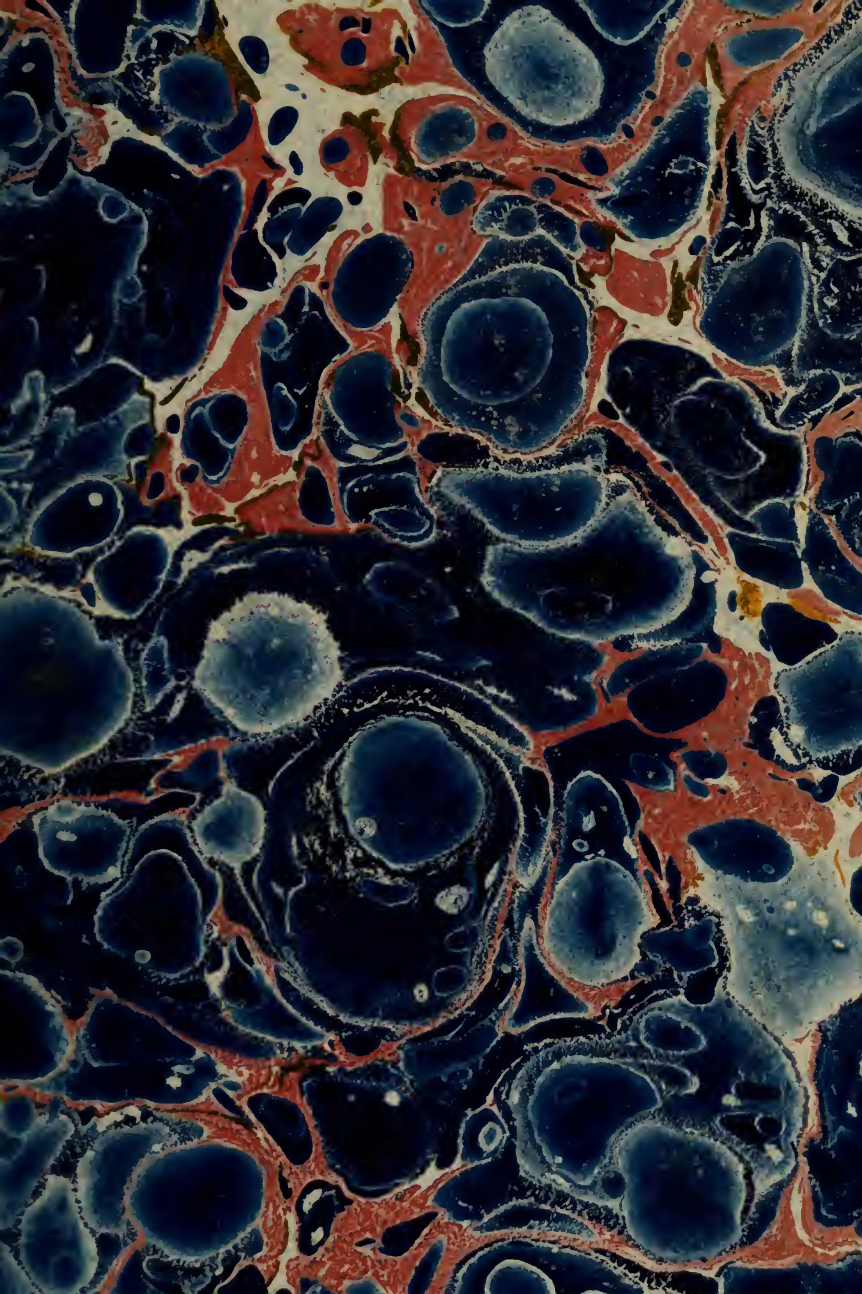
3 1761 08695645 5





GALERIA DRAMATICA GADITANA.

35263

SAINETES
DE D. JUAN DEL CASTILLO,

CON UN DISCURSO

sobre este género de composiciones

POR ADOLFO DE CASTRO.

162472.
31. S. 21.

CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
á cargo de D. Vicente Caruana,
PLAZA DE LA CONSTITUCION NUMERO 11.
1846.

Vida i escritos

DE

D. JUAN GONZALEZ DEL CASTILLO.

En la ciudad de Cádiz, patria de muchos varones insignes en armas i letras, nació don Juan Ignacio Gonzalez del Castillo el dia 16 de febrero del año de 1763: hijo de don Luis Gonzalez, i de doña Juana del Castillo;

Su amor á las buenas letras lo llevó á aprender sin auxilio de maestro la gramática castellana, la latina i la francesa i las matemáticas. Fué de ocupacion apuntador en las compañias cómicas que representaban en el teatro principal de Cádiz.

Era su ingenio agudo: notable su erudicion. Tuvo por discípulo en el estudio de la lengua castellana al famoso aleman don Juan Nicolas Bolh de Faber, conocido luego en la república literaria por editor de la *Floresta de rimas antiguas españolas*, (1) i del *Teatro español anterior á Lope de Vega*: (2) Obras que lograron los honores de la estampa en distintos años en la ciudad de Hamburgo.

Fué de condicion apacible: presto en el discurrir: nunca tardo en el obrar: siempre señor de sí: sin género alguno de ambicion: sin átomo de vanidad: contento con su suerte: festivo en sus escritos: oprimido en el ánimo por una incesante melancolia.

Todas las obras que salieron de su pluma se hallan encerradas en el siguiente catálogo:

Hannibal:

Escena lírica original en metro endecasilabo castellano para representarse el dia 3 de diciembre del presente año de 1788 en el coliseo

(1) Hamburgo 1823.
(2) Idem. 1832.

de esta M. N. ciudad de Cádiz por el señor Luis Navarro, actor primero de la compañia cómica española.—Cádiz—por don Pedro Gomez de Requena, impresor mayor de S. M.

Pigmaleon:

Version parafrástica en metro endecasílabo castellano del Pigmaleon, escena lírica original francés, representada en 1788.—Cádiz.—en la imprenta de don Juan Ximenez Carreño.

La Galiada ó Francia revuelta:

Poema impreso en el Puerto de Santa Maria por don Luis de Luque i Leiva. Año de 1793.

Oda en honor de Nuestra Señora:

Recitada por don José de Elers en la noche del 15 de diciembre de 1795 en la clase de don Basilio Antonio Carsi, maestro de primeras letras.—Cádiz en la imprenta de Quintano i C.ª

El Numa:

Tragedia.—Madrid en la imprenta de Sancha año de 1799.

La madre hipócrita:

Comedia inédita, que compuso en el año de 1800. Fué representada en Cádiz en 1804, en 1818 i en 1822, i en otras ocasiones en los teatros de Madrid.

Los sainetes:

El chasco del manton. El dia de toros en Cádiz. La feria del Puerto. El baile desgraciado i el maestro Pezuña. La casa de vecindad 1.ª *i* 2.ª *parte. Los palos deseados. El soldado fanfarron* 1.ª 2.ª *i* 3.ª *parte. El soldado Tragabalas. La cura de los deseos, i varita de virtud. El letrado desengañado. El recluta por fuerza. El médico poeta. Los zapatos. La inocente Dorotea. El café de Cádiz. El cortejo sustituto.— El triunfo de las mugeres. La casa nueva. El robo de la pupila en la feria del Puerto. El lugareño en Cádiz. El liberal. El gato. La boda del Mundo Nuevo. La muger corregida i marido desengañado. La maja resuelta. Los caballeros desairados. Los jugadores. Los literatos.= Los majos envidiosos. El maestro de la tuna. El fin del pavo.* Los *cómicos de la legua. El de-*

safio de la Vicenta. Felipa la chiclanera. El marido desengañado. Los naturales opuestos.= Los nobles ignorados. El aprendiz de torero.

De ellos no se formò coleccion en vida de Castillo. Despues de su muerte que acaeció el año que se dirá mas adelante imprimiéronse juntos en la Isla de Leon en la oficina de Francisco Periu en 1812, i en Cádiz en casa de la viuda de Comes.

Ademas de estos, don Leandro Fernandez de Moratin en el *catálogo de piezas dramáticas publicadas en España desde el principio del siglo* XVIII *hasta el año de* 1825 pone como obras de Castillo los sainetes intitulados: *El payo de la carta, i El ventorrillo por la mañana.* De todos se han hecho muchas ediciones en Valencia Còrdoba i otras ciudades.

En la tragedia que sacò Castillo á la luz pùblica con el título de EL NUMA, pone el siguiente razonamiento dirigido á los amigos que habian costeado aquella edicion: «No son estos sencillos rasgos, como esos lisongeros monumentos que la indigencia i la adulacion han erigido á los hijos de la fortuna en el vano fron-

tispicio de tantos libros. Mi corazon se avergonzaria ciertamente de manchar las primeras páginas de mi obrilla con tan bajo i artificioso homenage. Solo vosotros, carísimos amigos, dulces delicias de mi vida, solo vosotros arraneais á mi pluma los tiernos sentimientos que tantas veces os ha prodigado el labio en las vivas conmociones de mi gratitud. Si: vosotros en alas de vuestra noble generosidad, acudisteis á mi estrecho albergue para librar á mi NUMA del eterno olvido, á que lo condenaba el rigor de mi destino. ¡Oh qué pintura se ofreció entonces á mis ojos! No era, no, el pomposo cuadro de la prosperidad en que un prócer orgulloso se suele desaparecer entre el humo del incienso que derraman las viles manos de una interesada i sórdida esperanza. Era, sí, la escena de la verdadera i cándida amistad, *en donde un infeliz, desdeñado de la suerte*, recibia las liberales ofertas, las apasionadas demostraciones del mas puro i delicado afecto. En fin, vuestras amorosas instancias vencieron mis temores, i os entregué á mi NUMA, regado de làgrimas de gozo, contemplándome el mas dichoso de los

hombres en medio de una multitud de amigos, cuya demanda me daba una prueba nada equívoca de aquella correspondencia igual i generosa que es el crisol de las grandes almas. ¡Ah! quien pudiera pintar los dulces movimientos de mi corazon en este venturoso instante! Solo diré que mi situacion cambió improvisamente su tétrico semblante. Si: cuando la calamidad sembraba de sinsabores mi existencia, cuando la envidia, hiriéndome con su dardo venenoso, me precipitaba en el horroroso abismo de una exesperada misantropia vuestras sinceras espresiones vuestro generoso empeño aquella sonrisa injénua con que el alma caracteriza sus verdaderos sentimientos calmaron la borrasca de mis sombrias imaginaciones. ¡Ah! decia yo en el transporte de mi alegria. ¿Es posible que en este humilde techo resuena el santo nombre de la amistad? No: mi suerte no es tan deplorable, como me la pintaba mi despecho. *¿Qué importa que la fortuna me niegue enteramente sus favores: que la malevolencia desacredite mis sudores i vigilias que una crítica oscura i simulada denigre, muerda, emponzoñe todas mis pro-*

ducciones, si puedo enumerar tantos amigos que enjuguen mis lágrimas, que animen mi desaliento? ¡Ai! á vosotros, únicos placeres de un desgraciado, á vosotros debo la tranquilidad de mis pasiones, ya señoras de mi ofuscada imaginacion. Habeis ahuyentado el amargo tédio que emponzoñaba mis funestos dias. Me habeis en fin restituido á la sociedad. Si: la risa de mis labios, el fuego de mis ojos el regocijo que anima mi semblante, todo es vuestra obra: es un reflejo de vuestra bondad, de vuestra beneficencia. ¡Oh genio sagrado de la amistad! tu serás desde este dia el objeto de mis tareas. Ese tu divino bálsamo que ha cicatrizado las heridas de mi corazon, esparce por mis venas el blando fuego que escita el entusiasmo creador de grandes cosas. Yo templaré mi lira para cantar tus alabanzas. Pero, si al pie de los altares te consagra mi pluma algunos rasgos, dignos de tu aprobacion, lejos de envanecerme, confesaré que son mas bien un efecto de tus poderosas inspiraciones, que del vigor i la energia de mi tardo i grosero ingenio,»

De esta suerte se quejaba Castillo de los

desvios de la fortuna, de los rigores de la envidia, de la maledicencia de la ignorancia, i rendia por tributo los rasgos de su pluma à los favores de sus muchos, fieles i constantes amigos.

La tragedia intitulada EL NUMA es en mi opinion lo mejor de las composiciones dramáticas de este esclarecido ingenio. Sirviéronle de argumento las discordias que tuvo Tacio, rei de Sabinia, con Rómulo, rei tambien i fundador de Romà. La causa principal de ellas fué, segun Plutarco, (1) que algunos parientes i deudos del monarca sabino quisieron robar á unos embajadores de Laurento, i porque ellos se defendieron animosamente, les quitaron las vidas. Luego que supo Rómulo tan vil hazaña, dispuso que los matadores fuesen ajusticiados: sentencia que no tuvo ejecucion por que Tacio con astucia los salvó del suplicio. Los parientes i amigos de los embajadores; viendo que quedaban sin venganza, trazaron el modo de satisfacerla; i asi cuando uno i otro rei estaban sacrificando en un templo, arremetieron de tropel al sabino,

(1) Vida de los varones ilustres de Grecia i Roma.

i con las espadas le pasaron el pecho. Hiciéronse honrosamente las exequias de Tacio: el cual tuvo su sepulcro en el Aventino. Cuentan otros historiadores que los ciudadanos de Laurento con el recelo de que Rómulo no dejase sin castigo el regicidio, i que acometiese con todo rigor aquellas tierras, prendieron á los matadores, i los llevaron á su presencia. Este los dejó ir en libertad, diciendo que una muerte se compensaba con las otras: por lo cual muchos sospecharon que no sin consentimiento de Rómulo se cometió aquella venganza, para quedar sin Tacio por único señor de uno i otro pueblo.

No tuvo Castillo por oportuno valerse de la muerte alevosa, dada por algunos deudos de Tacio á los embajadores de Laurento para señalar las causas de aquellas guerras, que finge levantadas entre romanos i sabinos. Pintó á este monarca varon de ánimo recto, prudente i sabio: á Rómulo feroz, vengativo i ambicioso. Al uno solo deseando la paz, el acierto en los negocios de estado, el bien público: al otro solo ejercitar sus brios, solo satisfacer su voluntad: solo adquirir el absoluto dominio de los pueblos. A

Tacio siempre vencedor de si mismo: á Rómulo ni sujeto á la razon, ni esclavo de las leyes. A aquel dechado de virtudes: á este monstruo de maldades.

En la citada trajedia muere Tacio á manos de varios soldados, movidos por las órdenes de Rómulo. Numa, amante i amado de Hermilia hija del rei sabino toma las armas i concita al pueblo á la venganza. Trábase batalla, i cuando el romano victorioso rompia i desbarataba las haces enemigas, i cuando Numa i Hermilia eran prisioneros de Tulia, hija de Rómulo, i desdeñada amante de aquel capitan corre por el campo la nueva de que en el ardor de la refriega habia hallado la muerte el tirano: pues herido su caballo, no obedeciendo el freno é iracundo con la violencia del dolor precipitóse desde lo alto de una roca, llevando tras sí al caballero, i desvaneciendo la victoria que ya se habia declarado por sus guerreros. Entonces el pueblo i los soldados de uno i otro ejército aclamaron por rei á Numa, este dá la mano de osposo á Hermilia, i Tulia desesperada con el trájico fin de su mal aventurado padre, con los

desprecios de su amado, i con el triunfo de su competidora, se clava en el pecho la punta de una espada i muere delante de los nuevos reyes de Roma.

Aunque parece que las discordias de Rómulo i Tacio son la accion principal de la tragedia, i los amores de Tulia i Hermilia con Numa los episodios, no fué Castillo de semejante opinion puesto que puso por título de la obra el nombre de este guerrero.

La pintura de la muerte de Rómulo hecha en los siguientes versos iguala en concisión i vigor á la mas escelente de cuantas se leen en los escritos de griegos i latinos.

Rotas ya las trincheras que cercaban
nuestro campo, cubiertos los sabinos
de mortales heridas; sus corazas
i yelmos destrozados, respirando
con angustia i afan, casi agotadas
las fuerzas, sin vigor, sin resistencia,
empiezan á ceder. Cada pisada
era un lago de sangre, i el romano
en nuestros yertos cuerpos tropezaba.
El tirano animando sus cohortes,

mas terrible que el Dios de las batallas
en torno fulminaba el fuerte acero
que al girar por el aire salpicaba
con nuestra sangre su *feroz* penacho.
Crece su furia, sus guerreros llama.
Hiere al caballo con la aguda espuela,
i el iracundo bruto entonces salta
rompiendo nuestras filas i abollando
con la herradura las bruñidas armas.
Entre tantos horrores las Deidades
oyeron nuestros ruegos. Una espada
que el moribundo brazo de un sabino
esgrimió sobre el polvo en que espiraba,
penetró el ancho pecho de la fiera.
Siente la aguda punta en las entrañas,
i ciega del dolor, mordiendo el freno
que en vano la contiene, se abalanza
como rápido rayo al precipicio
que forman esas rocas escarpadas.
Tres veces á las riendas el tirano
toda su fuerza aplica, i otras tantas
empinó su estatura el fiero bruto;
mas fáltale la tierra, i á las auras
despechado se arroja. Ruedan ambos,

dando tremendos vuelcos por las pardas
i desiguales peñas, cuyas puntas
rompen las duras peñas i desgarran
los palpitantes miembros. Yo, sabinos,
apesar del rumor i la distancia
escuché el grave golpe de los cuerpos
en el profundo abismo. Las escuadras
atónitas quedaron. Se les cäen
las picas de las manos. Todos clavan
los espantados ojos en las rocas
que arrebataron su feroz monarca.

He oido á algunos críticos censurar que en EL NUMA los rústicos fundadores de Roma hablen en lenguaje culto i muchas veces adornado de metáforas, cuando debieran, no hablar toscamente, sino con la sencillez propia de los persojes que se figuran. De esta suerte dirige la voz Tacio á sus súbditos.

Los altivos pueblos
que con *las duras leyes de la fuerza*
justificar pretenden sus conquistas,
no miran los paises que sujetan
como ramas de un tronco, sino como
humildes i viciosas yerbezuelas,

que arrimadas al árbol solo sirven
para mostrar mas bien su corpulencia.

Sin embargo de semejante defecto, ocasionado por sobra de ingenio, no por ignorancia, la tragedia EL NUMA merece ocupar un puesto preferente en el teatro español. No ha faltado quien pusiera en ella la pluma para hacer lo que llaman una *refundicion,* olvidando los tan sabidos versos de Ludovico Ariosto:

Nadie las mueva
que estar no pueda con Roldan á prueba.

Diego Maria Garay, actor en la compañia dramática que representaba enel teatro principal de Cádiz el año de 1820, se tomó el trabajo, no de hacerle algunas acotaciones, sino de trastornar muchas de sus escenas, de variar los nombres de algunos de los personages, de aumentarle un acto i de añadirle gran cantidad de versos. En la dedicatoria de semejante obra dice.

Que nunca, nunca á la eminente cumbre
del sagrado Helicon subir podria
por otra senda con esteril númen.
I, si devuelvo á la engañosa escena

fama adquiriendo nuevamente EL NUMA,
no un poético ardor, si la memoria
del insigne CASTILLO, me ha inspirado
que no debe perderse en el olvido
las sublimes bellezas con que pinta
al héroe de Sabinia. En este ensayo
quiso adiestrarme grave Melpone,
i acaso no acertó.

En todas las composiciones sérias de Castillo se ve lo que este autor frecuentaba la lectura de las obras latinas. En una oda á la Virgen pone el siguiente trozo lleno de lindisimas imágenes.

I vos, sagrada reina: vos, señora,
único asilo del humano pecho,
vos que cuando el Señor Omnipotente
arma el brazo i á un leve movimiento
de su ceñuda frente el aire truena:
titubean los hondos fundamentos
de la trémula tierra, i desparecen
las lucientes antorchas de los cielos,
presentais vuestros pechos virginales,
ante el terrible rayo, i al momento
los tembladores ejes se suspenden
brilla la luz, renace el univerrso &c.

No es menos grande i elocuente la descripcion de las furias, que se lee en LA GALIADA.

Grita la fiera turba con horrendos
alaridos: resuenan las cavernas:
la tierra se conmueve: el humo denso
puebla el aire, i el lago i el Vesubio
comenzaron á arder. Crece el estruendo,
como cuando en las graves tempestades,
quebrantando sus càrceles los vientos
combates con furor. Resuena entonces
con formidable son el hondo reino
de Neptuno: responden las riberas:
ora braman las olas en el centro
de las marinas grutas: ora chocan
en los escollos fuertes, escupiendo
amarguísima espuma, i rociando
las altas nubes con cristal desecho.

Este poemita nada tiene de notable, á escepcion de algunos trozos iguales en escelencia al que va copiado. No falta quien crea que Castillo era amigo de las doctrinas republicanas, i que, deseoso de esparcirlas por España escribió la GALIADA, en donde despues de graves censuras contra ellas se leen sus elojios puestos en

boca de Mirabeau i en un discurso que á muchos puede parecer irónico. Confirman su opinion los que tal dicen en los siguientes versos.

Mas ¡oh tristes
monarquias! Oh míseros imperios:
¿Qué escena me ofreceis? El noble, el grande!
porqué tal distincion, tal privilegio?
En nacer i morir, fuertes franceses,
no son todos iguales? Pues ¿qué fuero
ó que escepcion es esta? El patriotismo
debe igualar los nobles i plebeyos.
¡Oh abusos! ¡Oh costumbres corrompidas!
No puedo meditarlas sin que el pecho
lastimado palpite! Reyes! Papas
Próceres! ¿Quién podrá tascar el freno
de tanta sujecion &c.

Sabidas son tambien las dificultades que hubo que vencer para que saliese á la luz pública la tragedia EL NUMA: puesto que se negaba licencia para ello por leerse en semejante obra muchas doctrinas i pensamientos de libertad tales como los que á continuacion traslado.

En fin, sabinos, rebentò ya el Etna
que apenas humeaba. Los tiranos

presentan á los pueblos la moneda
de una falaz virtud, para que incautos
su dulce libertad alegres vendan.
Mas, ai del infeliz que el torpe dolo
cual nosotros descubre. Entonces cesa
la falsa probidad, i el despotismo
con todos sus horrores se despliega.

En las sainetes lució mas que en otras obras dramáticas el injenio de Castillo. En ellos todo es lenguaje cómico, todo sales, todo reprension moral i festiva de los desórdenes públicos. Es cierto que en la direccion de la fàbula muestra Castillo poco arte: pero disculpan sus errores en este punto haber sacado al teatro en sus sainetes, sucesos que ocurrian en Cádiz á las personas mas conocidas en aquel tiempo. Para escribir *El maestro de la tuna* le bastó ver en casa de su amigo i discípulo don Juan Nicolas Bolh que un gitano le enseñaba el manejo de la capa grana, usada entonces por cuantos señoritos de esta ciudad asistian á las fiestas de toros.

No ha faltado quien vierta todo el rigor de la crítica contra Castillo por que en sus sainetes sacó al teatro gentes de mal vivir, i gallinas

con apariencias de valientes: en cuyos labios solo se oian palabras poco cultas, i en cuyos hechos no se veian mas que desórdenes i vicios. ¡Rara censura! querer que todo linage de costumbre no esté sujeto á la reprension moral de los escritores dramáticos! Lo mas estraño es que semejantes críticos ponen sobre los montes de la luna las comedias que nos han quedado de los escritores latinos, donde solo se ven desfloramientos, estupros, incestos, adulterios i cosas semejantes i en donde son interlocutores Glicera; Tais, Baquis, Filotis i otras meretrices con Samnio Dorion i otros rufianes i bribones, cuyas palabras bien puede ser tenidas por mui cómicas, pero no por muy castas para los oidos de los espectadores.

Ademas de los sainetes salieron de la pluma de Castillo varias poesias que aunque fueron impresas no vieron públicamente la luz por haberlo estorbado la censura tan rígida en aquella sazon. Solo cerrieron secretamente en manos de algunos amigos. Muchas de ellas son epígramas escritos en lengua latina, iguales en elegancia á las obras de aquellos autores escelentes de los tiempos de Tulio i de Augusto.

Habia compuesto Castillo en el año de 1800 una comedia intitulada *La madre hipócrita* para que concurriese á un certámen que habia propuesto la junta de teatros.

No recibiò el premio destinado á la mejor composicion de esta especie que se presentase, i mereció graves censuras asi entonces como en años mas modernos, justas algunas i otras fuera de razon.

En todo tiempo i lugar han sido los críticos una misma cosa. Véase el modo con que Trajano Bocalinini habla de uno de estos en el aviso 39.

«Un crítico estudioso presentó á la majestad de Apolo una severa censura que habia hecho de un poema de un gran injenio i mirándola S. M. con rostro airado le dijo *que la inmundicia de aquella censura era buena para un muladar, i no para llevarla por regalo á su presencia: que otra vez le ofreciese los buenos conceptos: las cosas de estilo levantado que hubiese visto en aquel poema, i no solo las recibiria con gusto, sino que quedaria obligado. No puede ser, señor*, le dijo el crítico, *porque yo*

no he mirado sino es anotar los yerros sin reserva de las cosas que en el poema merecian alabanzas. Tanto fué el enojo de S. M, oyendo esta respuesta, que dijo colérico: *Ahora conozco, sois vos de aquellos necios maliciosos que con la pluma en la mano incurren en los yerros, tan aborrecidos de los hombres sabios, como son vituperar los trabajos ajenos; i, si bien tal modo de proceder, merecia mas acerbo castigo, por ahora me contento con este. Limpiad por vuestras manos sin harnero toda la negailla i tizon que hallaredes en tres cargas de trigo que os entregará el alcabalero.* Diéronle al desdichado un trigo tan lleno de basura que gastó mucho tiempo en limpiarlo, i en un costal suficiente lo presentó á la majestad de Apolo, quien le mandó que llevase toda la broza al mercado i la vendiese como pudiese, i que le hacia donacion del dinero que de ella sacase. El pobre crítico le respondió *que era una cosa indigna de su persona parecer en la plaza con un costal lleno de tan fea mercancia. Pues dádsela á otro,* replicó Apolo, *para que pueda ganar con ella algun dinero. Señor, volviòle á decir el poeta*

yo no me atrevo á presentar cosa tan vil á nadie. Entonces, templándose en su enojo, i componiendo el rostro, i reprendiéndole con agrado, díjole Apolo: *que si las inmundicias que algunos sacaban de las cosas buenas, no eran mercaderias de hombres sabios, i no aprovechaban ni para venderlas, ni para darlas, él mismo se sentenciaba á que procediò mal aconsejado é indiscreto, emprendiendo el asunto de despreciar las rosas del poema, i amontonar las espinas no hallándose cosa debajo del cielo que no tuviese mezcla de muchas imperfecciones, i cuando alguno quisiese cerner los escritos de Homero, Virgilio, Tito Livio i Cornelio Tácito que eran la maravilla del mundo, con el cedazo de un continuo estudio, no dejaria de sacar de ellos una gran porcion de salvado.*»

Sucedió en el año de 1800 una rigorosa peste que afligiò á la ciudad de Cádiz. El protector de Castillo don Juan Nicolas Bol de Faber huyó con su familia á la vecina villa de Puerto Real creyéndolo lugar mas saludable: i en él perdió á la violencia de la epidemia á su hermana: la cual por ser protestante, no fué enter-

rada en sagrado sino en el campo, cerca del coto de la Algaida; i en el sepulcro que, aunque maltratado por las tropas francesas sitiadoras de Cádiz en la guerra que España sustentó por su independencia, existe i es conocido del vulgo por el de MADAMA BOLH.

Dió el pésame Castillo á su discípulo, amigo i bienhechor en carta escrita en lengua latina, i luego á los pocos dias en otra la relacion de los estragos que causaba en Cádiz la peste. No pasó mucho tiempo sin que se viese acometido por ella; pero con tanto rigor que despues de turbarle el ánimo con frenesí, cortò el hilo á su injenio i á su vida á los treinta i siete años de edad i en el dia 14 de setiembre del año de 1800 segun declara la partida que sigue sacada de los libros de la parroquia de san Antonio:

«En la ciudad de Cádiz catorce de setiembre de mil ochocientos años murió don Juan Gonzalez del Castillo, natural de Cádiz de edad como de cuarenta años, de estado casado con doña Ana Benitez: recibió el Santo óleo=no testó: se enterró dicho dia en el cementerio general del Señor San José estra-muros de es-

ta ciudad, de limosna por esta parroquia del Señor San Antonio: vivia calle del Herron n.° 126. Cádiz ut supra. Manuel José Valderrama.

Algunos han atribuido equivocadamente á Castillo el epitafio que sigue el cual se lee en el cementerio de esta ciudad.

A LA SEÑORA

MARIA AMPARO AGUIRRE,

CONOCIDA POR MORALES QUE FALLECIO EN

5 DE SETIEMBRE DE 1803.

SONETO.

¡O mortal al teatro apasionado!
fija la vista en esta loza fria:
aqui yace la Amparo que algun dia
fué en Cádiz un objeto celebrado,
Aqui está su cadáver sepultado
donde gusanos asquerosos cria
la que con tanta aceptacion hacia
el papel que en el siglo le ha tocado
Cuando sobre las tablas recitaba,
aplausos i atencion le estabas dando;
i aunque con tanta propiedad bablaba,
nunca te dijo mas que ahora callando;
Pues su triste cadáver representa
fin cierto, vida breve, i larga cuenta.

R. Y. P. A.

Pero los que tal aseguran saldrán de su error, sabiendo que Castillo solo llegó con la vida al año de 1800 i que Amparo Aguirre perdió la suya en el de 1803.

Dejó Castillo al morir varias obras dramáticas empezadas, i poco mas que mediado un sainete, cuyo título era la *Alameda del palito*.

EL MARIDO DESENGAÑADO.

PERSONAS.

D. Lamberto marido de Doña Casimira.
Basilia, criada.
Un médico.
Un cirujano.
Un boticario.
Un paje.
Un barbero, majo.

El marido desengañado.

Salon con asientos, i sale don Lamberto en bata i gorro, tieso, haciendo estremos de aburrido.

Lamb. Por muger tengo una fiera:
siempre es un continuo infierno
con ella la casa. No hai
marído en el universo
que pase mas que yo: ah!
i que haya pícaro perro
que se case, sino antes
ser andante caballero,
en cuyo estado se libra
de los continuos tropiezos
que los que somos casados
por lo regular tenemos!
tan desesperado estoi
que no me faltan dos dedos
por darme una puñalada

con un trago i dos torreznos

Sale Basilia.

Basi. Que haya píeara que quiera
servir á un ama de un genio
tan altivo, poco instable,
tan sin juicio, i tan soberbio?
por vida...

Lamb. Chica que tienes?

Basi. Que en este propio momento
me dé usted lo que me debe
porque me marcho.

Lam. No puedo
por la presente servirte
porque no tengo dinero.

Basi. Buscarlo.

Lam. Pago tan bien,
que ya en ninguno lo encuentro.

Basi. Hurtarlo.

Lam. Sopla! i despues
que me aprieten el pescuezo:
pero ven acá, porque
te vas tan sin fundamento?

Basi. No puedo aguantar al ama.

Lam. Yo la aguanto: haz tu lo mesmo.

Basi. Usted tiene obligacion:
i la aguantara usted menos
como tuviera calzones.

Lam. Pues acaso estoi sin ellos?

Basi. Pero es usted...

Lam. Qué muger,
que de oirte, los cabellos
se me ponen como leznas.

Basi. Un marido sin aliento
para de una vez dejarla
despachurrada.

Lam. Eso es bueno
para la gente ordinaria,
i no para caballeros.

Basi. Tambien aquellos son hombres,
i los demas son muñecos,
pues saben enderezarnos
cada vez que nos torcemos.

Lam. Acá el qué diran nos hace
ser, cuanto quieren hacernos:
pero ahora por qué te quejas
de mi muger?

Basi. Bueno es eso!
Si usted la hubiera mirado
hace poco...

Lam. Pues qué ha hecho?

Basi Qué se yo que ventolera
le vino, que entró corriendo
en la cocina, i furiosa
ollas, cazuelas, pucheros,
gicaras, tazas, platillos,
fuentes, platos i barreños,
todo lo ha hecho mil pedazos.

Lam. Pobre de mi! que me ha muerto
el bolsillo.

Basi. Chille usted,
porque el estrago que ha hecho
es dable que á usted le cueste
mas de veinte ó treinta pesos. (*vase*)

Lam. Ai pobre vidriado mio!
ella me destruye: cielos,
vengadme de ella con darla
cuatrocientos mil diviesos.
Es un dragon, una fiera;
toma, toma, toma, cuerpo,
Se araña i pellizca.
i supuesto que quisiste
petimetra, aguanta perro.

Sale doña Casimira haciendo ademanes de males.

Casi. No puedo parar: que ansias!
ai querido don Lamberto
que me ahogo!

Lamb. Cuanto antes, (*apar.*)
Virgen de los Recoletos:
que tienes, tórtola amada?
Casi. Yo no sé lo que me tengo:
estoi mui mala.
Lam. Hija mia
sosiégate, i deja estremos:
vaya, mona, di qué tienes?
Casi. Despues de comer me he puesto
mui mala: me muero hijo.
Lam. I sabes si será presto,
para salir tu de penas,
i quedarme yo en el cielo?
Casi. Lo que te encargo si falto,
que te acuerdes de mis deudos.
Lam. I mucho mas de tus deudas
me acordaré largo tiempo,
por las muchas que me dejas
en los libros del comercio.
Casi. I mi salud se ha quebrado!
Lam. Mucho mas (segun entiendo)
has quebrado en la cocina
de mis platos i pucheros.
Casi. Perdona, que tengo lunas.
Lam. Lunas? ya del mal el menos,
mas vale que tu las tengas
que no yo.
Casi. Ai que insosiego!
mientras que paso á mi cuarto,
ponme un asiento aqui en medio.
Lam. Nací yo para servirte;
Le pone una silla.
ya hace dos años i medio
que médico i cirujano
te asiste.
Casi. Yo harto lo siento.
Lam. Mucho mas lo siento yo
que las pesetas les suelto.

Pero que todos los dias
tengas el capricho necio
de que te receten algo?

Casi. Si estoi mala, qué hago en eso?
i si buena de ese modo
para el daño me prevengo:
muda este asiento à otra parte,
porque aqui es mucho el reflejo
de la luz.

Lam. Vaya á otra parte. (*La muda.*)

Casi. Ponlo mas acá dos dedos.

Lam. Mira si está aqui bien.

Casi. No, no.

Lam. Pues ve á sentarte al infierno.
que á tanta ridiculez (*tira la silla.*)
se me acabó el sufrimiento.

Casi. Oyes no tires la silla
con tal soberbia i desprecio,
que es de las que trage en dote,
i todos mis muebles quiero
que tú i todos me los traten
con muchísimo respeto.

Lam. Poco á poco: con que son
los muebles tuyos?

Casi. Si.

Lam. Pero
tù de quien eres?

Casi. Yo, tuya,

Lam. Pues de no tocar ofrezco
á los muebles por ser tuyos:
pero tambien te prometo,
por mia, de sacudirte,
cuando hagas porqué, el poleo.

Casi. A una señora?

Lam. Pues toma!
que si hai causa para ello
no anda entre usias el palo,
que suele cantar el credo.

Casi. Pues si tu á tal te atrevieras. .
Lam. Pues si das lugar á ello...
Se le cae el gorro.
Casi. El gorro se te ha caido:
yo te lo pondré.
Lam. No quiero.
¡Qué inclinacion tan perversa
tienen el gorro á ponernos!
Casi. Eres un vil hombre.
Lam. Chito,
i ten por memoria aquello,
de si los muebles son tuyos,
que tú eres mia.
Casi. Ah perverso!
á pesadumbres me matas,
infame, mas te prometo
que para que sientas, voi
á caerme muerta corriendo. (*vase.*)
Lam. Con boleras i fandango
he de celebrar el duelo.
No te dé cuidado: hoi
en oponer me resuelvo
á cuanto pasa: por ella,
su mal estoi conociendo
que es ficcion, i se lo apoyan
los dos sabios curanderos
que la asisten; mas yo haré
que salten de aqui bien presto.
Sale el Page Señor?
Lam. Qué traes Churumbela?
Pag. Deciros como ya dejo
avisado al boticario
que venga cuanto mas presto
à hablar con usted.
Lam. A él propio
le diste el recado?
Pag. A el mesmo:
por mas señas que á una ayuda

estaba estopas poniendo.
Lam. Dios nos libre del ataque
de cañones tan tremendos.
Sal Basi. Señor?
Lam. Qué quieres Basilia?
Basi. Afuera aguarda el barbero
por si quiere uste afeitarse.
Lam. Ahora me siento revuelto;
que vuelva al anochecer
que ya estaré mas sereno.
Basi. Se lo diré.
Lam. Oye: tu ama,
como tan mala se ha puesto,
es regular se haya echado
la pobrecita.
Basi. Que bueno:
vaya, es uste un pobre hombre,
i la cree mui de ligero;
cantando i bailando queda
por allá fuera el bolero.
Lam. Si se iba à morir.
Pag. De risa.
Qué poco sabe usted de eso.
Basi. Le engaña á usted en todo: cuando
al medio dia, no hai medio
de que coma, es que se ha echado
antes, cuatro ó cinco almuerzos.
Lam. I á mi no me dá, si pido,
unas sopas del puchero:
ah, bribona!
Pag. Aun yo sé mas.
Bas. Yo muchisimo mas; pero
á mi que me va ó me viene
que á usted lo engañe?
Pag. A mi menos.
Lam. A pausas me vais matando:
pero idme los dos diciendo:
No se halla enferma?

Basi. Es ficcion.
Lam. No guarda dieta?
Pag. Embeleco.
Basi. Para usted de nada prueba.
Pag. Para usted se está muriendo.
Basi. I asi os trae tan engañado.
Pag. I asi os trae tan sin sosiego.
Los dos. Es usted un pobre señor.
i le da á chupar el dedo. (*vase.*)
Lam. Ah infame: yo le daré
á ella á chupar un pimiento,
i que pique tanto que le haga
dar cabriolas contra el techo.
Qué esto me pase! por vida...

Se pasea furioso, sale el Boticario de militar, con sombrero, gorro i baston.

Boti. Oh mi señor don Lamberto!
como va?
Lam. Ai Boticario!
esto va malo.
Boti. Remedio:
que en mi botica (á Dios gracias)
para todos males tengo.
Lam No tendreis para curar
el mal de que yo padezco?
Boti. Qué mal es?
Lam. La muger loca.
Boti. Eso es moda en nuestro tiempo,
i se va de unas en otras
como peste difundiendo:
mas para qué me llamais?
Lam. Porque preguntaros quiero
que bebida es la que enviais
todas las tardes, á efecto
que la tome mi muger,
i beban los curanderos
tambien de ella.
Boti. Es una orchata

tan solamente, lo mesmo
que la de botilleria;
i cierto me compadezco
al mirar como os engañan
vuestra buena muger i ellos.

Lam. Mi mala muger direis:
i como á mi costa, cielos,
refrescan todos, Oh! amigo
i quién encontrará medio
de vengarse de los tres!

Boti. Es mui fácil, yo lo ofrezco:
dejadlo todo à mi cargo,
i hasta despues don Lamberto!
que ya vereis como echamos
de casa esos curanderos. (*vase.*)

Lam. Asi fuera á escopetazos;
pero el doctor, segun veo,
entra ya, quiero ponerme
de semblante airado i feo.

Sale el médico de militar i baston.

Medi. Oh! señor.

Lam. Dios guarde á usted.

Se pasea con seriedad.

Medi. Qué sequedad!

Lam. Qué jumento!

Medi. Ahora i siempre á vuestros pies
rendidamente me ofrezco.

Lam. No he menester yo à mis pies
tan inútiles tropiezos.

Medi. I madama?

Lam. No lo sé.

Méd. Es dable esté...

Lam. En el infierno.

Méd. Ola! parece que estais
algo de humor indigesto.

Lam. I á usted que le importará
que esté alegre ó esté sério?

Méd. Todo eso es chanza iasi

dadme un polvo.

Lam. No lo tengo.

Méd. Me persuado que estais malo:
á ver el pulso.

Lam. No quiero.
Vaya usted á tomarlo á un toro
de los de Colmenar viejo. *vase.*

Méd. Sopla tia, no visito
yo semejantes enfermos:
malorum, el tal señor
parece que hoi tiene entuertos.
Sale el cirujano, i se abrazan.

Ciru. Compañero, don Ciriaco.

Méd. Amigo, don Timoteo.

Ciru. Te ha dado ya la señora
audiencia, con el aprecio
que sabe su bizarria
en todo favorecernos?

Méd. No amigo, solo al señor
encontré aqui, i conque gesto
i desprecio me ha tratado!

Ciru. I eso que importa? en teniendo
nosotros á su muger
(que es quien lleva el barlovento)
adulada, complacida,
i bien satisfecho el cuerpo
de jarabes, al marido
que se lo coman los cuervos.

Med. Bien dices: mas ella sale,
i asi solo procuremos
chuparla lo que se pueda,
que es el fin de nuestro intento.

Sale Casi. Cirujano? mi doctor?

Los dos. Señorita, siempre vuestros.

Casi Tarde venis hoi.

Méd. Ya ha rato
que yo vine, i por respetos
vuestros, no me he vuelto à ir

sin visitaros, ni veros.
Ciru. Con razon.
Casi. Pues qué ha pasado?
Méd. Me ha llenado de desprecios
vuestro marido: le hallé
con una cara de perro.
Casi. La que por lo comun usan
en su casa, lo mas de ellos.
Méd. I á todo con secatura
adustéz, i menosprecio
me respondió.
Casi. Oh! es mui bruto,
un Rodrigon, i lo mesmo
sin quitarle ni ponerle
que el macho en que lo trageron.
Ciru. Buen golpe.
Méd. Viva madama.
Casi. Vaya tomemos asiento,
i vedme el pulso. (*se sientan.*)

Tómanle el pulso los dos cada uno de su mano, i al bastidor sale don Lamberto.

Lam. Aqui están
los tres juntos: escuchemos.
Casi. Que tal está el pulso?
Méd. Este
está pidiendo refresco.
Ciru. I este sangria.
Lam. Si à entrambos
os llevara un aire recio
à deshacer las narices
contra un peñasco del puerto!
Casi. Pues señores, como ya
quedamos ayer de acuerdo,
es necesario que ustedes
le vayan ya proponiendo
à mi marido, que es fuerza
me envie á un lugar á efecto
de tomar aguas.

Méd. Mui bien:
descuidad que yo prometo
conseguirlo. i engañarlo.
Cirú. I yo à lo propio me ofrezco.
Lam. De modo que eso será
si es que yo engañarme dejo.
Casi. Por último; de esta forma
fingiré acà que me muero,
i en el lugar no habrá dia
de cuantos en él estemos,
que no sea todo bromas
meriendas, i bailoteo.
Lam. I yo te iré á hacer el son
con una vara de acebo.
De aquesta clase de enfermas
maridos, cuantas tendremos!
Ciru. Que dias que nos esperan!
Méd. Que pollos que comeremos!
Lam. Si yo he de pagarlos, poco
te relamerás con ellos:
mas quiero disimular:
voi poco á poco saliendo. (*sale.*)
Méd. El pariente ha entrado.
Casi. Ya
de conversacion mudemos.
Lam. Te has mejorado, parienta?
Casi. Ai hijo, me estoi muriendo.
Lam. Si vieras lo que me pesa
de que ya no lo hayas hecho!
Méd. Eso es mala voluntad
Lam. I à usted quien le mete en eso,
ni le ha dado señor mio,
golilla para este entierro?
Siéntome aqui.
Casi. Aqui? A qué? (*recio.*)
Lam. Chito, no me hables tan recio
porque daré yo una voz
que estremezca al Universo.

Casi. I á qué es sentarte aqui? á qué?
Lam. Porque es mi casa, i yo puedo
estar donde me dé gana,
que me cuesta mi dinero.
Méd. Naranjas, este marido
ya va en su juicio volviendo,
pues empieza á la muger
á irla cortando los vuelos.
Casi. Ya puedes irte á sentar
à otra parte.
Lam. Yo no quiero.
Casi. Me corrompes!
Lam. Tú me apestas.
ó maridos! qué tendremos
cuando las mas aborrecen
que cerca de ellas estemos!
Méd. Vaya cesen las discordias;
pues madama, don Lamberto,
no está para desazones,
i entrambos hemos resuelto
que la envie uste á un lugar
cerca de aqui.
Lam. Estoi en eso:
asi como en Recogidas
que no está de aqui mui lejos,
i es donde envian algunos
sus parientas á recreo,
Ciru. I es fuerza no dilatarlo,
que convíene.
Lam. Estoi en eso,
poquito la quiero yo
para omitir el hacerlo.
Casi. Oh! me será mui sensible
separarme mucho tiempo
de ti, esposo cariñoso
de mi vida.
Lam. Estoi en eso:
ah falsas! estas i mulas

siempre se están compitiendo.

Casi. Qué respondes, mono amado,
me enviarás, ò no?

Lam. Veremos:
no habrà duda, lo sé todo,
si señor ya estoi en eso.

Casi. Qué torozon!

Lam. Dios te dé
todo cuanto estás pidiendo.

Casi. Mucho!

Sal Basi. Qué manda usted?

Casi. Es hora ya del refresco?

Basi. Si señora, i ahora el page
salió de casa à traerlo
de la botica; al instante
que esté, ya aqui le entraremos: *vase.*

Lam. Si bebierais soliman
todos tres... mas toleremos
que me ofreciò el Boticario
modo de vengarme de ellos.

Sale el Barbero vestido de majo con los avios de afeitar.

Bar. Dios guarde à ustedes. Aqui
tiene usted ya, don Lamberto,
al Barbero.

Lam. I vienes majo.

Bar. Si es este nuestro elemento:
el Barbero que no es majo
se le echa luego del gremio.

Lam. Que guitarrones sois: vaya
aféitame.

Bar. Soi contento.

Quitase la capa, le pone los paños la vacia ect.

Lam. Supongo traerás el pulso
sosegado.

Bar. Mui perfecto.

Lam. I no te oleràn las manos
á los varios gatuperios

que soleis manejar.

Bar. Nada:
si no hai que hacer un remedio.

Lam. Pues es mucho, que el pais
abunda mucho de enfermos. *se baña*

Casi. Maestro, pues son ustedes
la gacetilla del pueblo,
que noticias hai?

Bar. Ninguna
he sabido hoi de provecho.

Méd. Qué hai de toros?

Bar. Oh! que habrá
este año muchos i buenos,

Ciru. A mi me gustan.

Bar. Pues yo
voi á todas fiestas.

Lam. Presto;
despacha, que en dar jabon
siempre tardas año i medio.

Bar. Ya está: i las navajas vienen
afiladas con esmero:
Saca la navaja.

Lam. Oyes, que manejo es ese?
traes perlesia, jumento?

Bar. No señor esta es la gala.

Lam. Vaya despacha, que tengo
que hacer: mira no me cortes,
ya sabes tengo el pellejo
delicado.

Bar. Qué delirio!
ya esto está acabado,

Lam. Cuerno:
bruto, no miras que chirlo
que me has pegado tan fiero?

Bar. Perdone usted.

Lam. I me has quitado
un cuarteron de pellejo.

Bar. Ya hemos despachado:

Lam. Toma ..
esta, i otra que te debo.
Bar. Mil gracias, à Dios señores. *vase.*
Lam. Media quijada lo menos
me ha cortado este maldito
barbero de los infiernos.

Sale el page i criada con garrafa, salvilla, i tres vasos.

Basi. La bebida, señorita,
Pag. Fria viene como un hielo.
Casi. Idme echando á mi, i despues
beban estos caballeros.
Ciru. Pues que gustais, no replico.
Méd. Pues lo quereis, obedezco.
Lam. Ola, con que esa bebida
la pueden malos i buenos
beber?
Ciru. Si señor.
Méd. Es cosa
soberana: es un compuesto
de las cosas mas selectas
que dejó escritas Galeno.
de la salud.
Echan en un vaso para ellos.
Lam. I es orchata:
Hábrá mayor embustero!
Si es asi, dame acá chica,
i beberé yo primero:
asi como asi hace dias
que acalorado me siento:
Toma el vaso.
Por esta vez han de ir
á beber á los infiernos,
i toda, toda la orchata
me la he de echar al coleto.
que rica está! la garrafa *(bebe)*
dame acá, i la apuraremos;
Tómala i se la bebe toda.

se acabó; que fuerte chasco
han llevado!

Casi. Majadero,
me has dejado sin beber
á mi i á estos caballeros.

Lam. No sabes que en siendo orchata
me gusta mucho en estremo?

Casi. Mal provecho te haga.

Lam. A ti
cuando la bebas, lo mesmo.

Sale el Boticario apresurado, i dando voces, i se levantan todos.

Bot. Ai señores, qué desgracia!
qué descuido! apenas puedo
hablar.

Lam. Seor boticario,
qué pasa?

Bot. Fatal suceso!
han tomado la bebida
que de mi casa trageron?

Lam. Si señor, ya la han bebido.

Bot. Qué lástima! pues al cielo
pida perdon de sus culpas
el que la tenga en el cuerpo;
porque dentro de un instante
de repente caerá muerto.

Todos. Què decis hombre? qué pasa?

Bot. Es que el mancebo que tengo,
por yerro echó en la bebida
unos polvos de veneno.

Lam. Ai que me han envenenado!
Agua, aceite, qné me han muerto.

Todos. Qué desgracia! Traed agua.

Basi. Ya voi por ella corriendo. *vase*

Casi. Ai desdichada de mi!

Méd. Un vomitivo corriendo.

Lam. Un médico, un confesor.

Ciru. Qué desgracia!

Sale Basilia con un jarro.

Lam. Que me muero,
Basi. Aqui está el agua.
Méd. Bebed,
bebed, i haced mucho esfuerzo
por vomitar.
Lam. Ya lo hago:
de esta echo por la boca
los libianos casi enteros.
Bot. Qué decis? pues la bebida
que ahora mismo aqui trageron
no la han tomado los tres,
usted i esos caballeros?
Casi. No señor, él solamente,
sin que pongais duda en ello,
toda, toda la garrafa
se ha bebido.
Boti. Deteneos:
que de esa forma, señores,
creo que tendrá remedio.
Todos. Qué decis?
Casi. Pues cómo ha sido?
aclararnos el misterio.
Boti. Que es el veneno fingido.
Casi. Ai corazon! respiremos.
Bot. Yo intenté dar este chasco
á usted i á los curanderos,
que diariamente tomais
los tres juntos el refresco;
para que à usted no la adulen
ni hagan gastar el dinero
tan simple é inutilmente
á mi amigo don Lamberto.
Lam. Conque no hai veneno?
Boti. Nada.
Lam. Qué susto he llevado! i puesto
que es el mal de mi muger
solo imaginario; presto

salgan luego de mi casa
ustedes dos, caballeros,
antes que con este alfange
pase á los dos á degüello.

Casi. Tente esposo.

Los dos. Ya nos vamos.

Lam. Breve, ò cabezas al suelo.

Ciru. I con esta cortesia...

Méd. I con este cumplimiento...

Los dos. Pues ya nos han conocido,
adios señor don Lamberto. (*vanse.*)

Lam. El brillo del chafarote
los hizo salir ligeros.

Casi. I ahora quién me curará?

Lam. Que curar, fuera embelecos:
confiesa que es todo engaño,
ó mira que te degüello.

Casi. Tente, esposo de mi vida, (*de rodillas.*)
que ya arrepentida, quiero
publicar que era mi mal
imaginario, i prometo
no volverte à engañar.

Lam. Alza,
que ya de todo te absuelvo:
ah maridos, ojo alerta,
i tomad del caso ejemplo.

Boti. Por mi lograis este triunfo.

Lam. El favor os agradezco,
pero de estas burlas pocas,
que por poco no me muero.

Casi. I yo tambien.

Todos. Viva el chasco.

Lam. Suplicando aqui el ingenio.

Todos. Que nos perdone i aplauda
auditorio tan discreto.

FIN.

LOS NATURALES OPUESTOS.

PERSONAS.

El tio Lucas.
Benito.
El tio Ambrosio.
Teresa.
Andrea.

LOS NATURALES OPUESTOS.

La escena es en la sala del tio Lucas =Teresa con una escoba en la mano como acabando de barrer.

Ter. Gracias á Dios que acabé
de hacer todas las haciendas
para sentarme un ratito.
Se sienta i da un suspiro mui fuerte.
Ai! cual tengo la cabeza
de pensar en mi Benito!
Vaya sino lo creyera!...
Sin verme ayer el ingrato!...
Casi estoi de la soberbia
por decirle que jamas
vuelva á pasar por mis puertas.

Asómase Benito á la puerta, i despues de mirar todas partes, va de puntillas á sorprender á Teresa.

Ben. La pillé sola... Yo quiero

darle un susto... Me comiera
ese hociquito...

Ter. Jesus! (*se levanta gritando.*)
ai que me agarran!...

Ben. No temas:
si yo soi, tonta, yo soi...

Ter. Qué gracioso!... Asi se entra
en las casas? No es mal modo
de pillar á las doncellas
descuidadas.

Ben. Què, me riñes?
Carambola ya no resta,
sino qne agarres la escoba,
i me sacudas con ella.

Ter. Bien lo merecia usted.

Ben. I por qué es esa rabieta?

Ter. No venir ayer á verme,
i hacerme estar en la reja
seis horas... Vaya me ahorco
si tengo anoche una cuerda.

Ben. Pero tengo yo la culpa?
El tio Lucas no me ordena
que jamas pise su casa?

Ter. Mas mi madrasta pleitea
porque vuelvas.

Ben. Eso hai?
pues por esa causa mesma
me lo prohibe tu padre.
No sabes ya mi Teresa,
las cosas? Si el tio Lucas
dice que si, la tia Andrea
dice que no: de este modo
rabian, disputan, pelean,
hasta que sale el garrote,
i anda la marimorena.

Ter. Dices bien, jamas podremos
casarnos con sus quimeras,
i asi es mejor que se acabe

nuestro amor.

Ben. Pues está buena
la salida... Me has dejado
como una estatua... Embustera,
para que me has embobado
con tus cosas? No te acuerdas
de la maldicion que echastes
contra el que se arrepintiera?
Por señas que estaba yo
con el jarro entre las piernas,
i al decir amen me eché
lo menos panilla i media.
Pero ya te he conocido:
al fin, al fin eres hembra,
i todas, todas, toditas,
al mejor tiempo la pegan.

Ter. Todo eso es gana de hablar,
porque tu sabes las penas
que he sufrido por tu causa.
Ojalà que asi no fuera!..
Si, ingrato, dos años ha
que estoi por tí como lela...
Siempre ando desatinada...
Si me dicen, echa especias
en la olla, yo le encajo
toda la sal de la orzuela:
si friego, rompo los platos,
i desfondo las cazuelas:
si voi á la fuente, estrello
el cantarillo en las piedras,
i vuelvo como una sopa:
mi madre rabia, i vocea;
i qué sucede? que llevo
una tollina mui buena.
En fin, toditas las noches,
cuanto mi padre se acuesta,
salgo de la cama á gatas,
i aunque truene, hiele, ó llueva

me pongo como una mona,
esperándote en la reja,
donde de dar cabezadas
vuelvo con la frente llena
de chichones. No sé como (*llorando*)
yo vivo... Pobre Teresa,
este pago, si, este pago
mereces por tu simpleza.

Ben. No llores, no, Teresita,
limpiate los ojos. Ea,
mira que ya el corazon
lo tengo como una breva.

Tere. Eres un falso.

Beni. Yo falso?
Yo que te adoro, mi perla?
Ni tu madre, ni tu padre
que te han parido, te aprecian
tanto como tu Benito.

Tere. Ingrato, calla, i no mientas.
Tú quererme?

Beni. Qué? lo dudas?
pues para darte una prueba,
voi à romperme ahora mismo
contra el suelo al cabeza.
Mira si te quiero, mira.

Se da de cabezadas contra el suelo, i Teresa lo detiene.

Tere. Tente, tente, que me tiembla
el corazon.

Beni. Pero dime,
has quedado satisfecha?

Tere. Sí, mi Benito.

Ben. I me quieres?

Ter. Vaya, deja esas tonteras.

Ben, Dímelo, dímelo, vamos.

Ter. Si me dà mucha vergüenza.

Ben. Yo me taparé la cara.
Se la tapa con las manos.

Ter. Ha de ser con la montera.
Ben. De este modo?
Ter. Si.
Ben. Pues dilo:
Ter. Deja que resuelle... cuenta
que no mires... Yo te qui...
Si se me enreda la lengua.
Ben Mira que me ahogo.
Ter. Estoi
tomando resuello. Ea,
vaya de esta vez... Te quiero.
Ben. Ai que gusto! deja, deja
que te dé un beso en la punta
del faldellin.
Ter. No, que llega
mi padre.
Ben. Pues de este sitio
no me mueve una carreta.
Salen Lucas *i Andrea.*
Lucas. Tienes razon: es preciso
nos dejemos de querellas,
i disputas, i vivamos
como nos manda la iglesia.
And. En tí consiste la paz:
i asi es forzoso que pierdas
la envejecida costumbre
de venir de la taberna
como una cuba, pues siempre
nacen de aqui las pendencias.
Lucas. Me convengo, como tu
no apartes cama ni mesa
por el menor disgustillo.
And. Por mi prometo la enmienda.
Luc. Conque ya no reñiremos?
And. No hijo mio: vida nueva.
Ben. Servidor de uste, tio Lucas.
Luc Qué hai muchacho?
Ben. Si uste viera

como yo mo regocijo
cuando uste i la seña Andrea
están contentos.

Luc. Cabal;
como que à ti te interesa.
No es verdad?

Ben. Yo, ya se ve:..
tengo ganas... I si fuera...
porque como dijo el otro...

Luc. No ensartes ya mas simplezas.
Te casarás.

Ben. Ai tio Lucas,
deje usted que en la mollera
le dé un beso por lo bien
que ha discurrido.

Luc. Tronera,
no quiero abrazos ni besos.
I tú que dices Teresa?

Ter. Si usted quiere, yo...

Luc. Gazmoña,
esplícate claro.

Ter. Sea.

Luc. Qué es sea?

Ter. Que sí, que sí.

Luc. Pues pronto se hará la fiesta.

Ter. i Ben. Cuando?

Luc. Despues de la trilla.

And. Como han de tener paciencia
para esperar tanto?

Ter. Puede
que de aqui allá yo me muera.

Luc. Dichosa tú que á la gloria
con tu palma iràs derecha.

And. Si, si, la boda se hará
esta semana que entra.

Luc. No se harà, no, que yo tengo
causas para detenerla.

And. Aqui no hai causas que valgan;

la semana venidera
se han de casar.

Leu. No será

And. Si será.

Lac. No quiero, Andrea.

And. Mira que hicimos el trato
de que nunca te sirvieras
de esos quieros.

Luc. No te opongas,
i no moveré la lengua.

And. Pues quiero oponerme, quieró.

Luc. Ves como enciendes la guerra?

And. Porque no quieres ceder.

And. Porque tu eres una terca,
una caprichosa.

And. Cómo!
yo caprichosa?

Ben. Prudencia
señà Andrecita por Dios.

Ter. Señora...

Luc. Si es una fiera.

Ben. Vaya tio Lucas.

And Belitre.

Ter. No haya mas.

Luc. So bachillera,
càllate esa boca.

And. Cómo?
yo callar cuando tu quieras?
Tù hacerme callar? tú? tú?

Luc. No; la tranca de la puerta.

And. Tù me amenazas? Pues mira
aunque me abras la cabeza,
tengo yo de hacer la boda,
que es hija mia Teresa.

Luc. Eso es decir que no es mia.

And Esto es decir... No pretendas
esplicaciones. Benito,
mañana irás á la iglesia

Ben. Eso está puesto en razon;
señá Andrecita.
Luc. So bestia,
con que le das la razon;
pues mira, toma la puerta,
i olvida ya el casamiento.
Ter. Todo se ha perdido.
And. Deja,
no te asustes.
Luc. Vete pronto.
And. Pues no ha de irse.
Luc. Me empeñas
á que tome un palo, i salga
dando el muchacho corbetas.
Ben. Poquito á poco, tio Lucas,
que nadie á mi menea
el coleto. Carambola!
Pues no, si agarro una piedra...
Luc. Qué has de hacer di mocosuelo?
Ben. Eso luego usted lo viera.
Ter. Vete Benito.
Ben. Me voi,
porque lo manda Teresa.
Garrote á mi? vaya, vaya,
que ya tio Lucas chochea. *vase.*
And. No ves como hasta los niños
tu ridiculez motejan?
Luc. No me apures, porque mira...
And. Qué he de ver?

Sale tio Ambrosio con un bolson de dinero en la mano.

Amb. Ya estàn en gresca.
And. De todas tus amenazas
ahora he de hacer te arrepientas.
Ter. Pues qué va usted á hacer señora?

Andrea se va mui enfadada, i Teresa detras.

Luc. Lo ve usted? Ve usted que fiera?
Habrá, compadre en el mundo

una muger mas soberbia?
Amb. Casi todas son lo mismo.
Luc. No, no tiene compañera:
si desde que me casé
llevo rotas seis docenas
de varas, i cada dia
está mas tiesa que tiesa.
Vaya es un leon con naguas.
Amb. Con mucha razon se queja.
Luc. I bien, déme usté un remedio.
Amb. Compadre, tener paciencia.
Suena el bolson como casualmente.
Luc. Hola! dinero?
Amb. He cobrado
cien duros de cierta venta.
Luc. Siempre manejando plata!
No hai hombre en toda la tierra
tan dichoso como usted:
pobre de mí que me cuesta
el miserable bocado,
tolerar las inclemencias
de un verano que me abrasa,
i un invierno que me hiela.
Nunca descanso un instante;
i para aumentar mis penas
me dió Dios una muger...
Pero qué muger!... Si cuentan
que al nacer este demonio
pegó un traquido mi suegra.
Amb. Le tengo á usted compasion.
Luc. Algunas veces me tienta
Barrabas i pienso ahorcarme.
Amb. Para librarse de ella
es el camino mas corto;
pero debe la prudencia
buscar otros.
Luc. Pero cuales?
Amb. Yo hiciera por complacerla.

i halagarla...

Luc. Ai compadre;
que mas le temo risueña
que irritada. Si una vez
me puse á jugar con ella,
i con un chino tamaño
me abrió uu geme de cabeza.

Amb. Fuego en sus caricias!

Luc. Nunca
la taimada á mí se acerca,
porque me dice que huelo
á vinagre, i ajos. Puerca!
¿porqué no buscó un marqués
que le oliese á yerba buena?

Amb. Esa cruz es insufrible.

Luc. Compadre, si usted quisiera,
hoi me atrevia á largarla.

Amb. Mándeme usted con franqueza.

Luc. Usted no ignora, compadre,
que se compone mi hacienda
de esta casa con sus muebles,
i una viña no maleja.
Ya usté ha probado mi vino...

Amb. Oh! no hai en toda esta tierra
un ojo de gallo igual.

Luc. Pues bien, compadre, si entra
en ajuste, se la vendo.

Amb. ¿I qué hará usted con venderla?

Luc. Tomar las de Villadiego,
i marcharme á donde Andrea
no vuelva á saber de mí.

Amb. Mas antes, compadre, es fuerza
reflexionarlo mejor.

Luc. Ya estoi resuelto. Usted vea
si necesita la viña;
sino haré mis diligencias.

Amb. De suerte que en ese caso
nadie como yo desea

servir á usted. Cuánto vale?

Luc. Me costó ciento i cuarenta
pesos fuertes. Déme usted
los ciento de esa talega,
i dejemos regateos.

Amb. El dinero es mi respuesta.
Le da el talego.
Voi á estender la escritura,
i vuelvo al punto con ella
para que la firme usted.

Luc. Usted vuelva cuando quiera. *(vase Amb.)*
Esto es hecho: hagamos Lucas
una hombrada. Ya es vergüenza
sufrir tanto. A correr mundo,
que estas manos tienen fuerza
para empuñar una azada.
Mas la pobre de Teresa...
qué hará sin mí? Pobre niña!...
Ojalá que yo no fuera
su padre... Pero, qué digo?
Ya la dejo casadera,
pronto hallará su remedio,
i si no tenga paciencia,
que otras muchas á sus padres
no los conocen siquiera.

Sale Ter. Padrecito, corra usted. *(apresurada)*
Ai! por Dios no se detenga...

Luc. Qué ha sucedido, muchacha?

Ter. Mi madre... Jesus! me tiemblan
las carnes...

Luc. ¿De qué es el susto?

Ter. Jamas la ví mas soberbia:
dos soplamocos me ha dado,
porque dije en su presencia
que era usted mi padre.

Luc. Ya,
quizá no querrá que mientas.
Todo se puede creer

de esa vil.

Ter. Pues aun mas queda
porque ha roto su merced
el espejo, la limeta,
tres tazas i cuatro platos
que estaban sobre la mesa.

Luc. Ya no puedo sufrir mas.
Esconderé en la alhacena
este dinero, i verá... (*dá vueltas*)

Ter. Qué busca usted con tal priesa?

Luc. Busco la vara.

Ter. Por Dios...
que me da la pataleta.

Luc. No llores.

Ter. Ai madrecita...
Déjela usted...

Luc. Tú no vengas,
porque... (*la amenaza*)

Ter. No por Dios, por Dios...

Luc. No grites.

Ter. Como una muerta
me estaré.

Luc. Muger malvada...
Le he de romper la cabeza. (*vase*)

Ter. Esto es hecho... Pobrecita!
Ya me quedaré doncella
para siempre... Ai mi Benito,
como contigo no sea,
no he de casarme con otro.
Mas voi à ver... ¡Ai que gresca!
Yo me espeluzo de miedo...
Se acerca á la puerta i vuelve corriendo.
Mi madrasta dá carreras,
i mi padre con la vara
le zurra por la trasera..
Ai que me dá, que me dá ..
Que me muero...

Sale Ben. Mi Teresa,

qué tienes? Por qué dás gritos?

Ter. Ai Benito, que le pega
padre á mi madrasta.

Ben. Malo!
que nuestras bodas se enredan.

Ter. Sabes que temo, Benito?
que te falte la paciencia,
i te enamores de otra.

Ben. No Teresita, no temas.
Te juro milenta veces
por el alma de mi abuela
la tia Poncha, i por el alma
de mi padre el tio Corneta,
que á no casarme contigo,
al momento me echo á cuestas
la capucha de ermitaño,
i me voi por esas tierras,
con mi borrica i un santo
pidiendo para las muelas.

Ter. I me llevarás contigo?

Ben. Cómo es posible Teresa?
si entonces he de hacer voto
de bestialidad.

Ter. Me quiebras
el corazon con tus cosas. (*llorando*)

Ben. Tú tambien me lo atraviesas.

Ter. Mi padre tiene la culpa
de toditas nuestras penas.

Ben. Mal haya sea tu padre,
i toda tu parentela
que son de casta de gatos.

Ter. Mira no salga i te vea,
que està furioso.

Ben. I que salga:
yo quiero morir, que venga.

Ter. Ai que desesperacion,
Virgen santa! vete apriesa.

Ben. No me he de ir: que me mate

si quisiere.

Ter. Tente, espera...

Ben. Mas que me rompan los cascos,
de aqui nadie me menea,

Se tira sobre una silla, i se vuelca con él.

Ter. Ai mi Benito!

Sale Amb. Qué es esto?

Ben. Caramba como calienta
el suelo.

Ter. Te has lastimado?

Ben. Me he partido la paleta
del espinazo.

Amb. Muchacha,
qué tienes que tanto tiemblas?

Ter. Ai señor Ambrosio, ya
nuestra boda está deshecha,
porque mi padre no quiere.

Amb. Fué por eso la quimera?

Ter. Sí señor.

Amb. No hai que afligirse,
yo lo compondré, sosiega.

Ben. Por Dios, señor escribano,
mire usted que si Teresa
no es mi muger, ó me meto
á soldado, ó tiro piedras
por las calles, i quizá
os tocarà alguna de ellas.

Amb. Hombre no te precipites.
que te casarás.

Ben. Pues ea,
qué hacemos? le doi la mano?
diga usted como se empieza
el negocio?

Ter. ¿Quiere usted
que le dé la liga en prenda?

Ben. I si es menester testigos,
á bien que Pedro Cigüeñas
lo sabe todo.

Amb. Dejad,
que Lucas se vendrá á buenas.
Idos los dos, i esperadme
en casa de tia Manuela.
Ter. Pues vamos Benito.
Ben. Vamos.
Mas señor Ambrosio, cuenta
que sinó me pierdo.
Amb. Calla.
Ben. Yo he de hacer una que sea
mui sonada.
Ter. Ven Benito.
Ben. Mire usted que aunque no tenga
bastantes barbas...
Amb. Ya digo
que te vayas, no seas bestia.
Lo echa á empujones.
Me causan estos muchachos
compasion, i como pueda
hoi he de hacer que se acaben
todas estas turbulencias.

Sale Andrea mui contenta con el bolsillo de Lucas, i lo esconde al ver á Ambrosio.

And. Carambola que bolson!
válgame Dios lo que pesa!
de donde lo habrá sacado!
Amb. Buenos dias, señá Andrea.
And. Téngalos usted mui buenos.
Ahora iba en una carrera
á buscar á usted.
Amb. Pues mande,
que estoi pronto á complacerla.
And. Usted, señor escribano,
es testigo de la guerra
que me ha declarado Lucas.
Amb. No hai nadie que no la sepa.
Bien se murmura en el pueblo.
And. Pues señor, ya estoi resuelta

á separarme de un hombre
que sin cesar me atormenta.

Amb. Lo mismo ha resuelto Lucas.

And. Yo me alegro que asi sea,
porque con eso podré
lograr mas bien mis ideas.

Amb. I bien, qué piensa usté hacer?

And. Escuche usted: yo quisiera
que formara usted un proceso
para descasarme.

Amb. Es necia
pretension.

And. Pero por qué?

Amb Pues no ve usted, señá Andrea,
que es necesario alegar
razones de mucha fuerza?

And. Una tengo yo.

Amb. I cual es?

And. Este bolson.

Amb. Esa, esa
es la razon poderosa
que en cualquier pleito se alega.
Mas de dónde lo ha sacado?
Mi bolsa es (*ap.*)

And. Una felpa
me ha costado.

Amb. Cómo asi?

And. Cuando entró echando centellas
para tenderme la vara,
observé que en la alhacena
guardó una cosa. Despues
que me cargó bien de leña,
empezó á envolver su ropa
con una manta; yo mientras
fuí de puntillas, busqué,
i hallé dentro de una cesta
este bolson, que sin duda
me lo deparó mi estrella

para vengarme.

Amb. I bien, cuando
empiezó las diligencias?

And. Hoi mismo.

Amb. Tan presto?

And. Sí:
porque si esto no se abrevia,
vendrá Lucas con caricias,
i yo que no soi de piedra,
me pongo á pique de dar
con el propósito en tierra.
Pero él tose: yo me voi
un rato aqui junto: cuenta,
señor Ambrosio que estoi
rabiando por verme suelta. (*vase*)

Amb. Descuide usted. Qué locura!
Aqui es menester cautela
para ponerlos en paz,
i ver si acaso escarmientan.

Sale Luc. Indigna, mujer traidora, (*desesperado*)
pícara, infame perversa.

Amb. Compadre, què tiene usted?

Luc. Dónde está? Si yo la viera...
si la encontrara...

Amb. Qué es esto?
Por qué motivo patea?

Luc. La he de matar, vive Dios.

Amb. La còlera á usted lo ciega.

Luc. No me ha de cegar, compadre,
si me miro á la hora esta
sin viñas, i sin dinero.

Amb Pues cómo ha sido?

Luc. Esa perra
me ha robado los cien duros

Amb. Por fin ha sabido diestra
impedirle á uste el viajo.

Luc. Impedir?¡Si no me fuera
mañana mismo, mañana

el pueblo entero me viera,
sin ser sábado de gloria,
columpiándome á la puerta.

Amb. Pero bien, con qué dinero
piensa usted irse?

Luc. Aun me queda
esta casa que vender.

Amb. Vaya, perdió la chaveta. *(ap.)*

Luc. Compadrito usted es el paño
de mis lágrimas. Siquiera
por ser la postrera vez
que le causaré molestia
le suplico que me compre
la casa por la tercera
parte de su precio. Asi
le dé Dios á usted potencia
para enviudar, ya que á mí
Su magestad me la niega.

Amb. De manera, que si es poco...

Luc. Ello es una bagatela.
Cien ducados son no mas.

Amb. Pues siendo asi, ya está hecha
la compra. Firme usté aqui,
i en este blanco que queda,
una cláusula pondré
en que se esprese la venta
de la casa. Aqui hai tintero.

Luc. Jesus, icomo me tiembla
la mano! Qué garabatos!

Amb. Basta solo que se entienda.
Bien está, voi á mi casa
por dinero. *(vase)*

Luc. En hora buena:
Mañana pienso dejar
el pais... Mas á qué tierra
me iré? Cómo buscaré
la vida? Si me admitieran
de donado en un convento,

mo quitaba de faenas,
i aseguraba la torta...
Pero casado es quimera.

Sale Tere. Padre, padre, usted no sabe (*apresurada*)
lo que en el pueblo se suena?

Luc. Dímelo tú, i lo sabré.

Ter. Que mi madrasta pleitea
el descasarse.

Luc. De dònde
lo sabes?

Ter. A señá Pepa
se lo dijo el escribano,
i á mi me lo ha dicho ella.

Luc. Yo estoi aturdido!

Ter. Aun mas
me han dicho.

Luc. Cuéntame.

Ter. Apenas
lo supo el alcalde, dijo
que mi madrasta está fresca,
que eran buenos sus vigotes,
i que al punto que la viera
libre, se habia de casar
con su merced.

Luc. Bueno fuera,
que mientras yo despeado
trepase por esas sierras,
estuviese mi muger
hartándose de finezas
Vaya yo me vuelvo loco

Ter. Mire usted, que la tia Pepa
me dijo tambien que viò
pasar por la callejuela
al alcalde, i que le hablò
mi madre desde la reja
de tia Felipa.

Luc. I se sabe
lo que le dijo esa perra?

Ter. No señor; pero mi madre
le echó sobre la montera
una escupitina.
Luc. Infame!
Ter. I el alcalde... qué simpleza!
sabe usted lo que le hizo?
Pues se plantó en la otra cera,
se puso la mano asi,
i le tiró una docena
de besos... vaya, qué risa!
Luc. Estoi echando centellas.
Ter. Con que padre, segun eso
no necesito licencia
para casarme?
Luc. Por qué?
Ter. Porque si usted me la niega,
pondré yo pleito tambien
para deshijarme.
Luc. Necia
qué dices?
Ter. Yo tomo ejemplo
de ustedes.
Luc. Mira perversa...
Ter. Que pongo pleito.
Luc. I la vara?
Ter. Pleito, pleito... *(vase corriendo)*
Luc. Infame espera...
Qué es esto que te sucede,
pobre Lucas? Ai mas penas
que me atormenten? Me miro
sin mi casa, sin mi hacienda,
sin muger, i hastami hija
ni me teme, ni respeta.
Juguetes la picarona
con el alcalde! Canela,
que los endiablados zelos
no respetan los sesenta.
Pero ella viene... Qué hermosa

me parece... I he de verla
en otro poder? primero
me arrancarán una oreja.

Sale And. Yo no puedo sosegar: (*pensativa*)
todos culpan i motejan
mi resolucion.

Luc. Señora, (*con gravedad*)
qué no tenga usted vergüenza
de ponérseme delante?

And. I yo porqué he de tenerla? (*con blandura*)

Luc. No lo sabes? Pues yo sí... (*enternecido*)

And. Tú sí, correrte debieras. (*enternecida*)

Luc. Ya se vé, si me casara
con el alcalde, era fuerza... (*llorando*)

And. I yo si desamparase
á mi muger, me escondiera
donde no me viese nadie.

Luc. Tu genio, tu genio, Andrea,
tiene la culpa, mas ya
bien sabe Dios que me pesa,
asi te pesase á ti
el querer ser alcaldesa.

And. Piensas tú que yo podria
olvidarte?

Luc. Deja, deja,
que te pida mil perdones...

And. Alzate, no me enternezcas.

Luc. Pues dame hijita un abrazo.

And. Ya te lo doi mui contenta.

Luc. Ya estamos en paz: mas dime,
qué haré sin viñas?

And. Qué pena!
Pues á quién se las vendiste?

Luc. A mi compadre.

And. Paciencia;
ambos nos ayudaremos.

Luc. Está bien; mas...

And. Què te inquieta?

Luc. Dónde viviremos?
And. Cómo?
Luc. Si ya la casa no es nuestra.
And. Pues de quièn es?
Luc. Del compadre.
Pero por fin me consuela,
que tú tendrás el dinero
que tomaste.
And. Pobre Andrea!
Ya no lo tengo.
Luc. Qué dices?
Qué has hecho de mi talega?
And. La di para descasarme.
Luc. Ya hemos quedado por puertas.
I á quién la diste?
And. Al compadre.
Luc. Qué dices? Maldito sea
mi compadre. Picaron!
que yo no lo conociera!

Salen Ambrosio, oyendo los últimos versos, Teresa i Benito.

Amb. Usted me conocerà,
compadre, cuando comprenda,
que si cedí à sus instancias,
fué tan solo con la idea
de escarmentar sus locuras,
i prevenir sus miserias.
Rompa usted esa escritura,
i cuidado con la enmienda.
Luc. Ah compadre de mi vida!
yo no sé de qué manera
pagaros tantos favores
Amb. No quiero mas recompensa,
sino su consentimiento
para Benito i Teresa.
Luc. Yo lo doi, usted disponga.
And. Yo siempre he sido contenta.
Ben. Pero cuando es el casorrio,

tio Lucas?

Luc. Pues no nos muelas.

Ben. Es que ustedes esta noche
se tirarán de las greñas,
i la boda es quien lo paga.

Amb. Pues á gusto de Teresa
se ha de hacer todo: di, viña,
cuando resuelves que sea.

Ter. Ahora mismo: de qué sirven
todas esas frioleras
para apretarse las manos?
Tómala Benito.

Ben. Venga:
tio Lucas, haga usted el cura.

Amb. Amigo mio, ya es fuerza
salir de esto cuanto antes.

Luc. Salgamos cuando usté quiera.

Amb. Pues yo me encargo de todo;
i ya solamente resta
suplicar al auditorio...

Todos. Perdone las faltas nuestras.

FIN.

EL LIBERAL.

PERSONAS.

Don Blas, tutor de Clara.
Don Pedro, hermano de don Blas.
Don Narciso, amante de Clara.
Doña Felipa, directora de Clara.
Un Notario.
Un Criado.

El liberal.

Casa de don Blas. Salen don Pedro i don Blas.

Blas. En fin has visto i oido
todos los chistes i gracias
de mi Clarita?
Ped. Es acaso
la primera vez?
Blas. Qué cara!
qué pelo! qué tallecito!
Vaya si á todos encanta.
Ped. Seguramente.
Blas. Yo pienso
que ya es tiempo de casarla.
Ped. No hai duda.
Blas. Pero ya sabes
que su madre doña Eufrasia,

satisfecha de mi celo,
me la dejó encomendada.

Ped. I por qué me dices eso?

Blas. Porque fuera una ignorancia
que yo plantara la viña
i otro me la vendimiara.

Ped. Eso es decir que tu intentas
casarte con la muchacha.

Blas. Cabalito.

Ped. Pues, hermano,
yo no he de adularte en nada:
tu edad no es para subir
al tálamo.

Blas. Calla, calla.
que soi capaz de subir,
á la montaña mas alta.
Yo viejo? Pues dí no tengo
dos muelas todavia sanas?
No están firmes mis rodillas?
No tengo sobre la calva
doce pelos que se encrespan
en dándoles con pomada?
Además, que aunque uno sea
talludito, si se enlaza
con una jóven al punto
endereza las espaldas,
el pellejo se le estira,
i se retoca la estampa.

Ped. Yo no disputo ese punto,
porque tienes otras faltas
mucho peores.

Blas. Dí cuales.

Ped. Tus celos, i tu estremada
codicia.

Blas. Por lo que hace
à la codicia te engañas;
que no merece ese nombre.

Ped. Pues cómo quieres llamarla?

Blas. Economía.
Ped. Está bien;
pero de la estravagancia
de tus zelos, qué dirás?
Blas. Que eres un simplon de marca.
Soi celoso, sí señor,
pero con mi vigilancia
seguro está me la pegue
la mas sutil gaditana.
Ped. Mira, Blas, que devaneas:
no tengas tal confianza,
pues la mas tonta, si quiere,
en la frente nos la clava.
Blas. Clavarla, sí: ya he mandado
á la Isla por un aya
para Clarita, i me envian
una matrona tan casta,
que dicen habrá formado
diez Lucrecias, de otras tantas
calaverillas...
Ped. Cuidado
que tambien duermen las guardas,
i con ellas...
Blas. Nada digas,
porque ya tengo tomadas
mis medidas. Lo primero
quiero poner esta casa
como un castillo: cerrar
los balcones i ventanas,
i abrir solo claraboyas
junto al techo.
Ped. Si la casa
no es tuya, cómo pretendes
de esa suerte trastornarla?
Blas. Si no es mia, puede ser
que ya lo sea mañana.
Ped. Con que la quieres comprar?
Yo sé que el dueño no trata

de venderla, i aunque fuera,
nunca ustedes se ajustaran.

Blas. Nada menos: don Narciso
es un mozo de bizarras
cualidades, i yo espero
que no tendrá repugnancia
en vendérmela, bajando
la mitad de lo que valga.

Ped. I cuando tratas de ajuste?

Blas. Yo le mandé esta mañana
un recado, i ya vendrà.
Mas antes le diré á Clara
se encierre en su gabinete;
porque el don Narciso anda
rondándole los balcones,
i dándole serenatas.
Hasta ver yo las paredes
cuarenta varas mas altas,
no tendré sosiego. Adios. (*Vase.*)

Ped. Mi hermano està loco, vaya.
El sueña solo delicias;
i yo sè que la muchacha
lo aborrece. Que no pueda
impedir yo la desgracia
de esta jóven infeliz!
Si se encontrara una traza...

Sale Narciso.

Pero don Narciso. Amigo,
mi hermano saldrá à esta sala
dentro de un instante.

Nar. Ya:
sin duda con doña Clara
estarà hablando.

Ped. Así es,
mas vuestra inquietud me espanta.
Qué teneis que à todas partes
volveis los ojos?

Nar. Estaba

distraido.

Ped. Enamorado
direis mejor. Yo apostara
mil pesos contra el brillante
de esa mano, á que os encanta
la Clarita.

Nar. Habeis ganado;
ya sois dueño de la alhaja. (*Dándosela.*)

Ped. Si es chanza.

Nar. La resistencia
será un agravio: tomadla.

Ped. Pues, señor, yo os agradezco
el favor.

Nar. No me deis gracias.

Ped. Pues ya que habeis descubierto
vuestra aficion, deseara
me hablaseis con claridad.
¿Tendreis, señor, tolerancia
para ver á la mas linda,
la mas graciosa muchacha
en poder de un vejancon
que con sus estravagancias
eternamente la aflija?
Solo vos podeis sacarla
de tan evidente riesgo,
pues aunque la empresa es ardua,
amor, riquezas i astucia
dificultades allanan.

Nar. Ai amigo, que suspiros
cada momento me arranca
la suerte de esa inocente!
Desde el dia que sus gracias
cautivaron mi albedrío,
he procurado espresarla
mi pasion; pero don Blas
ha inutilizado cuantas
estratagemas mi amante
sutileza me dictaba.

Sin embargo, varias veces
que la he visto á la ventana,
le he debido siempre algunas
amorosas ojeadas.

Ped. Pues ánimo, i á buscar
arbitrios.

Nar. La suerte acaba
de proporcionarme uno.

Ped. Cuál es?

Nar. El tener ganada
el aya que vuestro hermano
espera.

Ped. Còmo?

Nar. A mi casa
llegó á preguntar por él.
Yo la hice entrar, i una caja
guarnecida de brillantes
la obligó á escuchar mis ansias.

Ped. I donde está?

Nar. Allà la dejo.

Ped. Pues yo tambien voi á hablarla.
Mi hermano sale: hasta luego. (*Vase.*)

Nar. Usted alienta mi esperanza.

Sale Blas. Cuanto me alegro de veros,
porque tengo cierta gracia
que suplicarle.

Nar. Señor,
solo serviros aguarda
mi amistad.

Blas. Vuestra bondad
i magnificencia es tanta
que no temo molestaros.

Nar. Decid pues; de qué se trata?

Blas. A eso voi. Yo solicito
que me vendais vuestra casa
para emprender varias obras
que no debo aventurarlas
en agena finca.

Nar. Es cierto
que me cuesta repugnancia
deshacerme de los bienes
de mi padre, que Dios haya:
pero un amigo merece
cualquier sacrificio.

Blas. Gracias,
señor don Narciso. I cuánto
pedis? Con conciencia: vaya.

Nar. Yo quiero perder un tercio
de lo que está avaluada.
Dadme cuarenta mil pesos.

Blas. Jesus! I qué exorbitancia!
Eso, amigo es tiranía:
con diez mil pesos se paga.

Nar. Eso tambien es burlarse;
mas bien os la regalara
en ese caso.

Blas. Qué fuera
que os diera esa estravagancia!

Nar. Hagamos un trato: ahora
he pensado una humorada
que celebrareis.

Blas. Cuál es?

Nar. Os reireis á carcajadas;
pero yo por un capricho
tiro á talegas la plata.

Blas. Bien, esplicaos.

Nar. Todos dicen
que vuestra pupila Clara
es ciertamente un prodigio
de talentos i de gracias.

Blas. Pero qué tiene que ver
mi pupila con la casa?

Nar. Qué tiene? Que os la regalo,
si... qué diablo de humorada... (*Se rie.*)

Blas. Qué significa ese si?

Nar. Si me concedeis la gracia

de que converse con ella
doce minutos.... Se trata
de que mil pesos lo menos
me cuesta cada palabra.

Blas. Ciertamente, don Narciso,
que es loca, i aun temeraria
la proposicion. Un hombre
de mi honor i circunstancias
cometer esa bajeza!
Andad, andad, que no hai nada
de lo dicho.

Nar. Sosegaos;
que no pretendo una infamia.

Blas. Qué intentais?

Nar. Que esteis delante.

Blas. Oh, ya es otra la demanda.

Nar. Observad nuestras acciones,
pues á mí solo me basta
que se sepa cuanto aprecio
el mérito de una dama.

Blas. Por mi fé, que sois mui raro;
i convengo en la humorada
tan solo por castigaros.
Yo voi à llamar á Clara:
vos firmadme en mi escritorio
una cesion de la casa.

Nar. Al instante. *Vase.*

Blas. Qué babosa,
i que simple es esta casta
de pisaverdes. Clarita?

Sale Clara. Qué manda usted?

Blas. Ven intacta
palomita, ven, hermosa
chuchería de mi alma.

Cla. Qué me quiere usted?

Blas. Ya sabes
que dentro de una semana
serás dichosa en mis brazos

Cla. Yo vivo en esa esperanza.
Blas. Pues oye lo que te manda
tu futuro esposo. Ahora
vendrá don Narciso Lara,
i hablará contigo un rato:
yo no debo escuchar nada;
pero sí puedo observar
tus acciones; i así, Clara,
mientras dure la consulta
has de estar como una estatua
mirándome de hito en hito,
i sin responder palabra.
Cla. Pero qué dirá de mí?
Blas. Diga lo que le diere la gana,
qué te importa? mas ya viene;
ponte aquí: vuelve la cara;
cuenta.

La coloca en medio del teatro con la cara vuelta hácia la izquierda donde habrá una mesa.

Sale Nar. D. Blas, ved si está
en buena forma.
Blas. Me agrada.
Ea, pues, tambien Clarita
en debida forma aguarda:
Saca el relox.
Ved esta muestra; las siete
y diez minutos señala:
póngolo sobre la mesa:
Ahora moved las quijadas,
porque en cumpliéndose el plazo
toco yo la retirada.
Nar. Los momentos son preciosos
amabilisima Clara,
y así os digo que mi pecho
por vos arde en dulces llamas.
Esto supuesto decidme,
por premio de tantas ansias
si admitis mis rendimientos:

hablad solo una palabra,
responded, mi bien.

Blas. Qué gusto!
Don Narciso se regala
perfectamente el oido;
diez minutos solo faltan.

Nar. No me respondeis? Qué es esto?
Qué significa tan rara
tibieza? Mas ya comprendo
de vuestro desden la causa.
Ese caduco os violenta;
i me priva de la grata
dulzura de vuestra voz.
Ya no tengo tolerancia.
Señor don Blas?

Blas. Qué quereis?

Nar. Se acabó el trato.

Blas. Caramba!
Cuatro minutos llevais
de peladero de pava,
i ya es mio el primer cuerpo
de la casa; vaya, vaya,
proseguid. Al pobre hombre
se le avinagra la baba.

Nar. Es posible, dueño mio. (*Mas alto.*)
que á ese viejo, á ese fantasma
querais complacer, à costa
de un pecho que os idolatra?

Blas. Eso es insultarme, amigo,
i yo ni por esta casa,
ni por todas las del barrio
sufriré tales infamias.

Nar. Devolvedme la cesion.

Blas. Oh! proseguid que se pasa
el tiempo.

Nar. Mi bien, haced
una seña de que grata
me permitis adoraros.

Clara se mueve, i para disimular se rasca la cabeza.

Blas. Còmo es eso, ¿qué te rascas?
Así obedeces mi órden?...
Por vida...

Nar. De qué es la saña?
Por qué os alterais?

Blas. Porque
yo no la tengo enseñada
à tales descortesías.

Nar. La paciencia se me acaba
de escucharos.

Blas. No, no, amigo,
proseguid que poco falta.
Quién pudiera adelantar
el minutero: qué rabia!

Nar. Vuestra seña ha serenado (*Mas bajo.*)
mi corazon, dulce Clara,
i así sabed como tengo
sobornada á vuestra aya;
i aun don Pedro lisonjea
mis amantes esperanzas.

Blas. Ocho minutos: ya es mio
el principal. Qué ganancia
tan segura!

Nar. Hoi dueño mio,
se unirán nuestras dos almas;
i por tanto despreciad
las celosas amenazas
de ese estafermo, que intenta
tiranizar tantas gracias.

Blas. Ello es cierto que me gano
en dos por tres una casa,
mas tambien estoi echando
el alma por una hijada.

Nar. Voi á disponer el modo
de cumpliros la palabra:
i entre tanto, dueño mio...

Blas. Ya se arrima mucho á Clara:

don Narciso, por cumplido.
Nar. Cómo puede ser, si faltan
dos minutos.
Blas. Vos tambien
le habeis olido la cara,
y eso no era del ajuste,
con que á Dios y santas pascuas.
Nar. Tan solo dos palabritas...
Blas. Decidlas á la tarasca:
el trato es trato.
Nar. Siquiera...
Blas. Volved, si quereis, mañana
á decírmelas á mí.
Nar. Bésoos los pies doña Clara. (*Vase.*)
Blas. Quedamos solos: ahora
me has de decir, buena maula,
que indicaba aquella seña.
Cla. Yo señas? Usted me agravia.
Blas. Sì, sí, cuando te rascaste.
Cla. Yo me aparté de la cara
un pelo. Que buen concepto
le debo á usted! buena paga (*Llorando.*)
merece el dulce.
Blas. Què es dulce?
Clar. Amor... (*Llorando.*)
Blas. Prosigue mi alma.
Clar. El dulce amor que le tengo.
Blas. No llore, cotorra amada,
que ya se me fué el enojo.
Límpiate los ojos! vaya:
me quieres mucho?
Cla. Remucho.
Blas. Oh que vida nos aguarda!
en casándonos te llamo
pichona de mis entrañas.
Y tú como has de llamarme?
Cla. Mi esposo.
Blas. No, no me agrada:

un nombre diminutivo. ..

Cla. Blasito, niño del alma.

Blas. Eso sí, dilo otra vez.

Cla. Blasito, niño...

Blas. Que gracia!
Yo me vuelvo una jalea.
Mas quien entra en esta sala?

Salen don Pedro y doña Felipa.

Ped. Aqui hermano te presento
á doña Felipa, el aya,
que ahora acaba de llegar.

Blas. Yo lo celebro; su cara
respira virtud: es propia
para custodiar muchachas.

Felip. Señor, la fisonomía
algunas veces engaña,
y así el mayor testimonio,
de quien soi, es esta carta.

Blas. Veamos pues. La firma y letra
son de don Alberto Mata.

Lee. «La persona, que le envio, ha disipado los escrúpulos de muchos maridos con su vigilancia y buenos consejos. Yo desearé que desvanezca tambien los vuestros. Nada es mas raro que una directora incorruptible. Así es, que corren algunas anécdotas que no dan buena opinion de su fidelidad; pero debemos creer que el despecho de los amantes forman estas quimeras. En fin, la portadora ha gobernado tres ó cuatro mujeres que han fallecido á los cuatro meses de casadas: algunos dicen que las ha matado de pesar; pero en todo caso, mejor es para un celoso el perder à su mujer, que no padecer dolores de cabeza.»

Repre. Este es su estilo: su humor
no puede dejar la chanza.

Cla. Conque usted me matará

dentro de dos meses? Vaya
que puedo estar mui contenta.

Feli. Usted por cierto me agravia:
yo matar á las señoras
que los maridos me encargan?
Yo que soi como la miel?
Dele al cielo muchas gracias
por haber hallado en mí
quien serene las borrascas
de sus ardientes pasiones
con obras i con palabras.

Blas. Es escelente mujer!
debia haber en cada casa
uno de estos cancerberos
que à los mozos espantara.

Ped. Blas, he visto á don Narciso
acechar en la antesala

Blas. Por qué lo has dejado entrar?

Ped. Hombre de sus circunstancias,
que lleva siempre en las manos
los diamantes i la plata,
¿qué candado tocará
que no se vuelva de masa?
Apuesto que quiere hablar
á Doña Felipa.

Blas. Calla,
y ocultémonos allí,
que quiero esperimentarla.

Ped. Dices bien! Gran pensamiento!
El miserable se clava. (*Aparte.*)

Blas. Ven Clarita.

Ped. Y usted cumpla
su deber. (*Bajo.*)

(*Se ocultan.*)

Feli. Quedo enterada.

Sale Nar. Se os puede hablar?

Feli. Cómo es eso?
Un hombre dentro de casa?

Esto exige un pronto arreglo.
Qué buscais?

Nar. Yo deseaba
poder hablaros á solas.

Feli. Yo no quiero escuchar nada:
idos al punto.

Nar. Esperad,
i no os mostreis tan ingrata
con un hombre...

Feli. Que será
segun el traje declara,
uno de esos pisaverdes
que se divierten á espaldas
de los maridos.

Nar. Yo soi
de los que dan á las ayas
cien doblones cada vez,
que le franquean la entrada.
Ya he ganado hoi al notario, (*Bajo.*)
haced que hoi mismo se haga
la boda.

Feli. (Bien.) Pues señor,
vuestras promesas son vanas
conmigo. No soi mujer
que por intereses arma
tales lazos á un marido.

Nar. Yo imagino que esta caja
templará vuestro rigor.

Feli. Vos sois Satanás que trata
de tentarme: retiraos
ò alborotaré la casa.

Nar. Ya me voi; pero por esto
aun no pierdo la esperanza.

Salen don Blas i don Pedro de donde estaban retirados.

Blas. Argos de mi corazon,
virtuosísima Susana,
un abrazo es digno premio
de tan heróica constancia.

Feli. Respetad mi honestidad,
i escuchadme. La batalla
que me espera es mui terrible,
porque ese amante dispara
con el oro, municion
que es peor que la metralla;
i así, para que yo pueda
combatir con eficacia,
es preciso que esta noche
os caseis.

Blas. Pues que se haga.

Ped. Yo iré à llamar al notario. (*Vase.*)

Blas. Corre, hermanito, despacha.
Doña Felipa, llamadme
á mi dulcisima Clara.

Feli. Yo aseguro que mui pronto
te tirarás de las barbas. (*Entrase.*)

Blas. Llegó el tiempo, Dios Cupido,
de que cubras con tus alas
á don Blas, para que llegue
sin agüeros á tus aras.
Pero ya sale mi esposa:
solo el nombre me regala
los oidos i la boca.
Ven acá, paloma blanca.

Sale Clara. ¿Qué quiere usted?

Blas. Declararte
que ya esta noche se acaban
mis desvelos, enlazando
nuestras manos.

Cla. Prisa tanta
por qué ha sido?

Blas. No te asustes,
que no es alguna desgracia
lo que te espera: el amor
estos pasos adelanta.
¿Qué, lo sientes?

Cla. No señor,

porque usted al fin me ama,
i me tratará mui bien.

Blas. En eso tú no te engañas.
Mira, cuando yo me enfade
no me respondas palabra,
sino vete aproximando
con tus dulces gachonadas,
despues me quitas el gorro
de la cabeza, me rascas,
i con un Blasito al canto
me verás como una Pascua.
¿Lo harás asi?

Cla. Sí señor,
i aun le daré á usté en la espalda
tres palmaditas.

Blas. Mejor.

Cla. I un tiron de oreja.

Blas. Brava
invencion. Pues de esta suerte
no habrá muñecos en casa.
Dame un abrazo.

Sale Feli. Señor,
he visto por la ventana
á vuestro hermano que viene
con el notario.

Blas. Una caja
de Orihuela voi á daros
en albricias.

Feli. Linda alhaja.

Salen don Pedro, el Notario, i don Narciso, vestido de negro pobremente, el cual se queda retirado.

Not. Señor don Blas á la órden:
todo está corriente: falta
que firmeis para que os echen
las bendiciones.

Blas. Me agrada.
Qué fortuna! Nunca, nunca
he firmado con mas gana. (*Firma.*)

Feli. Mirad bien al escribiente.
Cla. ¿Mi amante?
Feli. Sí.
Not. Doña Clara,
firmad aquì.
Cla. Yo no acierto. (*Firma.*)
Not. No esteis, señora, turbada.
Don Pedro como testigo.
Ped. Yo firmo con vida i alma. (*Firma.*)
Not. Otro testigo será
mi oficial: no importa nada.
Firmad.

Mientras firma don Narciso, llama don Pedro aparte á don Blas para que no repare en don Narciso.

Ped. ¿Hermano?
Blas. ¿Qué quieres?
Ped. Es menester que le hagas
un buen regalo al notario.
Blas. Ya tengo aquí preparada
media onza.
Not. Ya está todo.
Blas. Pues dame tu mano blanca.

A tiempo que don Blas va á tomar la mano á doña Clara, don Narciso se adelanta, la toma i se descubre.

Nar. Llegais tarde, porque ya
tiene esposo doña Clara.
Blas. ¡Qué miro! ¿sois don Narciso?
Nar. El mismo.
Blas. ¿Qué zalagarda
es esta, señor notario?
Not. Señor don Blas, las plegarias
de vuestro hermano, los ayes
de don Narciso, i...
Blas. La plata
direis mejor.
Not. De manera
que la señora le ama.
Blas. I tú qué dices, Clarita?

Cla. Que ya mi mano está dada.
Blas. De rabia no estoi en mí.
Sale el Cria. Unos músicos acaban
de preguntar por usted.
Blas. Diles luego que se vayan
que en mi casa no hai saraos.
Nar. Pues en la mia se baila;
i si quereis concurrir,
el dote de doña Clara
os lo doi para un vestido.
Blas. I bailaré contradanzas,
si es menester.
Ped. Yo seré
vuestro padrino.
Nar. Mil gracias.
Feli. Le doi á usted parabienes.
Nar. Vengan todos á mi casa.
Cla. Feliz suerte!
Nar. Dulce dia!
Blas. Trae mi peluca i espada. *(Al criado.)*
Todos. I aqui dá fin el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

FIN.

EL ROBO DE LA PUPILA

EN LA FERIA DEL PUERTO.

PERSONAS.

Don Terencio, tutor de
Clarita.
Don Narciso, amante de Clarita.
Don Antonio.
Don Líquido, petimetre.
Don Estirado, abate.
Doña Melisendra.
Benito, payo.
Blasa, paya.
Médico.
Buñoleras.
Misteleros,
Rosqueteros.
Alcalde i
Ministros.

EL ROBO DE LA PUPILA

EN LA FERIA DEL PUERTO.

Mutacion de feria &c. pasa una cuadrilla con guitarra cantando las siguientes boleras, i despues salen don Narciso por un lado i don Antonio por otro.

Boleras. Vivan las gaditanas,
que en cualquier parte
se llevan los aplausos
por su donaire.
Pues ellas solas
tienen en sí reunidas
las gracias todas.

Ant. Narciso?

Narc. Antonio?

Ant. Qué es esto
tienes alguna entruchada
en la feria, ó vienes solo
à divertirte?

Narc. A mi nada

me divierte, porque tengo
objeto que me arrebata
la atencion.

Ant. Ya lo sabemos,
i por cierto que es muchacha
de mérito.

Narc. La conoces?

Ant. No he de conocer á Clara,
si en Cádiz tan solo yo
pone los pies en su casa.

Narc. ¿Pues cómo?

Ant. No te alborotes,
que no quiero la medalla.
Su tutor es un avaro,
que si á tragar le dan plata,
aunque sea derretida,
abrirá tanta garganta.
El, codicioso del dote
de Clarita, hacerla trata
su mujer, i conociendo
que su ridícula estampa,
en cualquier lid amorosa
ha de llevar calabazas,
tiene á la pobre pupila
tan sujeta i recatada,
que parece un monasterio
eternamente su casa.
Solo yo soi la escepcion
de sus celos. Tengo entrada
á todas horas, i en fin,
ha hecho ya tal confianza,
que en mi amistad deposita
todas sus estravagaucias.

Narc. Ai Antonio de mi vida!
tu puedes ser de mis ansias
el iris: ten compasion
de esa mísera muchacha
i de un infeliz amigo.

Ant. Sepamos las circunstancias
de tu amor. Tú la has hablado?
Narc. No he logrado dicha tanta;
pero las mas de las siestas
asomada á una ventana
con sus gestos i ademanes
su fino amor me declara.
Ant. Ella es una inocentona;
pero la mujer mas pava
en tocando á su negocio
desenvuelve tantas mañas,
que la que antes fué cordera
se nos convierte en lagarta.
Narc. Con que, què dices, Antonio?
podré tener esperanza
de que estrechen tus oficios
este lazo?
Ant. Tú me apiadas
de tal manera, que soi
capaz de poner á Clara
en el dia en tu poder.
Narc. Cómo? Si la desdichada
está en Cádiz entre cuatro
paredes aprisionada?
Ant. No es así, porque el tutor
vencido de mis intancias
la ha traido à ver la feria.
Narc. Ai Antonio de mi alma!
con qué podré yo pagarte
Tanto favor; pero vaya
que arbitrio habrá para que
logre yo en amor hablarla?
Ant. Muchos hai; pero el mejor
de todos...
Narc. Antonio, aguarda:
porque doña Melisendra
viene hacia aquí, i la acompaña
don Estirado el abate.

Ant. Ese demonio me enfada:
vámonos de aquí á tratar
nuestros asuntos.
Narc. Pues anda... (*Vanse.*)
Salen doña Melisendra i el Abate.
Abat. ¡Oh qué brava está la feria!
Melis. Así tan desazonada
no me sintiera. Ai de mi!
Abat. Pues qué siente V. madama?
Melis. El histérico.
Abat. Ese mal
es el duende de las damas.
Melis. Calle V. don Estirado,
que hai veces que en la garganta
parece que tengo un lazo;
i luego con mil pulsadas
por la cavidad vital
la bílis se me derrama.
Abat. De oirlo solo me estremezco!
Mas si acaso no me engañan
mis talentos, no me fuera
mui difícil el curarla.
Melis. Sanar mi mal? I qué poco!
Abat. Si don Narciso llegara,
consultáramos el caso.
Melis. Calle V.: no sé que rara
antipatía ese nombre
tiene en sí, que se me arranca
el tímpano del oido
al escucharlo. Ai Dios!
Abat. Con que no lo estima V.?
Melis. Solo su nombre me alarma.
Abat. Pues bien doña Melisendra!
con don Estirado Gavia
son vanos los disimulos;
siempre he vivido entre damas.
Tocadores, gabinetes
i estrados fueron mis aulas:

he tenido conclusiones
amorosas veces varias;
i á fuerza de mis vigilias
i observativa constancia
en bailes, fiestas, teatros
i demás, tengo acabada
una obra en veinte tomos,
donde con razones claras,
i aun matemáticamente
demuestro que las punzadas,
la jaqueca, i otros males
i accidentes de las damas,
son efectos muchas veces
de alguna amorosa causa.

Melis. Vaya mi don Estirado,
tan solamente sus gracias
me hicieran reir. En fin
si don Narciso llegara...

Abat. Eso sí, confiese usted:
ya sabe usted que á mi nada
me altera; mi profesion
es visitar dos mil casas:
ser en ellas confidente
general: andar en danza
sin pareja: i al instante
que el diablo tira la capa
soi el primero que muda
temperamento.

Sale don Liquido petimetre, andando á brinquitos.

Liq. Madama,
que felicidad! Abate,
dame dos besos.

Abat. Ho'a amigo de mi alma.

Liq. Hombre, hombre, que han chocado
los dos bucles.
Saca el espejo i se los compone.
Que bestiaza!
si no miras lo que haces.

Abat. No te asustes, que no es nada:
perfectamente ha quedado.
Liq. Sanfason: á Dieu Madama,
Abatito, servitor.
Vase dando saltos hacia la feria.
Melis. Yo me he quedado admirada:
qué exótico es este hombre!
Abat. Es calaberon de marca.
Melis. Sentémonos un momento.
Abat. Vaya un ratito de parla. (*Se sientan.*)
Salen don Terencio i Clarita.
Teren. Oyes, niña, á ningun hombre
debes mirar á la cara,
que es pecado venial,
i mete el diablo la pata.
Clar. Está bien: ni á V. tampoco
miraré.
Teren. Simplona, calla:
yo soi tu esposo futuro,
i en verme no arriesgas nada,
antes puede ser que ganes
una indulgencia plenaria.
Clar. Yo quisiera llevar algo
de la feria,
Teren. Jesus, Clara!
llevar? qué rara manía!
¿qué quieres llevar á casa?
Un trozo del canapé,
un arbol ó una pilastra
de la Victoria?
Clar. Por cierto
que son preciosas alhajas!
que chinchoso que es V.!
Vaya, deje V. las chanzas
para los mocitos.
Teren. Dime,
acaso mi edad es tanta?
Yo soi algun vejancon

inservible?

Clar. Y esas canas?

Teren. Estas no salen por años.

Clar. Qué dirá V. de la calva?

Teren. Es efecto del manejo
del libro verde.

Clar. Canastas,
que bueno es usté.

Teren. Oyes, niña,
quièn te enseñó esa palabra?

Clar. Pues acaso es algo malo?

Teren. Si señora, que es mui mala!

Clar. Si fuera lo que usted dice,
por cierto que no pasará
por casa todos los dias
diciendo un hombre: ¡*canastas de colar*!

Teren. Qué inocentona!
Es un dije la muchacha.

Clar. Còmpreme usté un abanico.

Teren. Que tentacion tan malvada!
Un abanico que cuesta,
aunque sea de calañas,
un real? No, hija: pero
quiero echar el pecho al agua:
toma un buñuelo de á ochavo.

Clar. Buñuelos?

Teren. No es eso, Clara;
porque no he dicho buñuelos,
sino buñuelo. Te agrada?

Clar. Yo no quiero poquedades.

Teren. Has dicho como una santa.

Abat. Señora, con su licencia
voi á dar una ojeada
á esos dos bultos.

Melis. Abate,
regrese usted sin tardanza.

Abat. No mas que cuanto aplique
el anteojo.

Pasa el Abate por delante de Clarita, aplicándose el anteojo.

Caramba,
que fachada tan bonita!
i el sayon que la acompaña
que pendon!

Teren. Ven á sentarte.

Clar. Ya voi.

El Abate se arrima con el anteojo, i don Terencio lo aparta.

Abat. Le veré la cara.

Teren. Qué busca usted, caballero?
Pretende usted retratarla?

Abat. Ha visto usted á don Pedro?

Teren. No se venga con chuladas;
sino diga lo que quiere.

Abat. Qué quiero? Pregunta rara!
Bien pudiera conocer
por el peinado i la capa
que soi un observador
de naturaleza.

Teren. Vaya,
i tiene usté alguna cosa
que observar en la muchacha?

Abat. I mucho: pues le parece
que cualquier mujer no basta
á volver locos á cuantos
físicos hai en España?

Clar. Explique usted, cómo es eso?

Abat. Con mucho gusto, madama.
Es la mujer la criatura
de partes mas complicadas:
sus ojos nos envenenan,
sus palabras nos encantan,
i el héroe mas valeroso
al conjuro de su magia,

suele quedar trasformado
en una bestia mui mansa.

Clar. Yo quisiera aprender eso.

Abat. Explicaré la sustancia.

Teren. Vaya con su explicacion
al infierno.

Abat. So tarasca;
ya me voi; señora siento
verla tan mal empleada.
Vase á donde está Melisendra.

Teren. Rabiando estoi de corage!
Ves lo que por tí me pasa?

Clar. Tengo culpa de que usted
á un hombre de circunstancias
haya tratado con modos
tan groseros?

Teren. Mira, Clara,
que me quemas.

Clar. Pues aquí
dicen que se compra el agua.

Baja del centro de la feria don Liquido con un abanico de caña.

Liq. Bravo, bravo, buena chica!
Excelentes son las trazas:
mediano cuerpo, caderas
redonditas i abultadas,
mano pequeña, pié chico,
i sobre todo, plantada
en primera posicion.
Ahora nos falta la cara;
echemos la red. Señor,
concédame usted la gracia
de que ofrezca á esta señora
este abanico de caña,
obsequio propio del sitio.

Teren. Yo estimo á usted su bizarra
atencion: vaya Clarita
tómalo sin repugnancia.

Clar. Yo no lo tomo; si fuera
el que me lo regalara
otro señor, que yo sé,
lo admitiera con el alma.
Teren. Hola! quién es?
Clar. D. Antonio.
Liq. En este instante deseara
trasformarme en ese quidam
para lograr dicha tanta.
Teren. No señor, lo tomará.
Vaya, muchacha, despacha
Clar. Por obedecer lo hago. (*Tòmalo.*)
Teren. Es mui corta: està turbada.
Liq. Oh, pues verá usté al instante
como deja el rubor: Clara,
con licencia de su padre
déme usté el brazo.
Teren. D. Jauja,
sepa que no soi su padre,
i que es mucha confianza
viniendo con todo un hombre,
pelar con ella la pava.
Liq. Eso fuera, siendo cierto
que un hombre la acompañaba:
pero usted que ya está á pique
de caer entre las garras
de practicantes, ò reze,
ó dé cuatro cabezadas,
mientras nosotros gozamos
de la edad.
Teren. Sino mirara
la publicidad, le diera
la respuesta con la espada.
Liq. Ha visto usted á don Pedro?
Teren. Váyase mui noramala.
Liq. Que vejete tan gracioso!
servidor de usted, madama,
i no se arrime á ese anciano

que le ha de pegar el asma.
Abate, agur.
Se va hácia la feria.

Abat. Servo suo.

Teren. Ves por tí como me tratan?

Clar. Para qué usted me obligó
que el abanico tomara?

Teren. Como tú me lo pedias.

Clar. Por ahorrarse un real de plata
se ha puesto usté á que le digan
cuatro verdades bien claras.

Teren. Verdades? Dime.....

Clar. Insolencias
iba á decir.

Teren. Vamos, Clara,
sentémonos un ratito.

Clar. Si el demonio te llevara. (*Siéntanse.*)

Salen Benito i Blasa de payos.

Benit. Mujer, que güeno está esto.
Cuánto altarito! Canastas,
que devota es esta gente.

Blasa. Hombre, mira lo que hablas:
si fueran estos altares
no hubiera tanta algazara,
ni llevaran los sombreros
en la cabeza.

Benit. Tontaza,
será aqui moda rezar
con las cabezas tapadas.
No, pues lo he de preguntar
á esta que frie aquí masa.
A una buñolera.
Tia, me quiee usted decir,
cual es la significanza
de estos nichos de madera?

Buñol. Estos son puestos.

Benit. Zarazas!
I qué bonitos! I diga

qué es lo que venden?

Buñol. Sonajas,
figuritas i otras cosas.

Benit. No gastara yo mi plata
en friolerillas. Si fuesen
para llenar bien la panza,
tal cual.

Buñol. Quiere usted buñuelos?

Benit. Si quiero buñuelos? Vaya,
pues usted se empeña en ello.

Buñol. Quieren miel, ó azúcar blanca?

Benit. De cualquier moo; al caballo
regalao.... no es verdad Blasa?

Blasa. Ansina es.

Benit. Siéntate
en la tierra que está blanda.

Buñol. Comedlos, que van calientes.

Benit. I cómo nos agasajan!
Vaya, que es buena mujer.

Mistel. Quieren aguardiente?

Benit. Vaya,
yo no he esairar á naide.

Mistel. Tomen que es mui buena.

Benit. Blasa,
á qué tierra hemos venío?
Yo no me voi, ni á pataas.

Llega un rosquetero.

Rosq. Vaya, sobre los buñuelos
unos rosquetitos.

Benit. Vaya,
de esta jecha, he de quear
jarto paa una semana.

Clar. Señor tutor?

Teren. Ya te he dicho
de que ese nombre me cansa.

Clar. Pues cómo le he de llamar?

Teren. Terencito, hijito, mi alma,
i otras cosas halagüeñas.

Clar. Si tiene usté unas barbazas
que meten miedo.
Teren. Tambien
tengo agraciada la cara.
Clar. Agraciada? Ah... ah... ah!...
Teren. De qué te ries, muchacha?
Clar. De acordarme de una cosa
que es à usted pintiparada.
Teren. Què es en fin?
Clar. De una figura
que con bata colorada,
i un turbante, como moro,
que sale en semana santa
de las Recogidas.
Teren. Ola!
con qué tú, dí, me comparas
à Pilatos?
Clar. No, mas creo
que le dá á usté aire en la facha.
Sale don Antonio, trayendo del brazo á don Narciso vestido de mujer.
Nar. No puedo tener la risa.
Ant. Hombre, disimula i calla,
pues ves que te tiene cuenta
salir bien de esta maraña.
Narc. Descubres á mi Clarita?
Ant. Alli la miro sentada
con don Terencio.
Narc. Jesus
que malditísima cara
tiene el viejo! Me parece
mastin que cortijo guarda.
Melis. No percibo á don Narciso
en la remota distancia
que alcanzan á ver mis ojos;
ah falso traidor!
Abat. No tarda.
Sale Liq. Adios, Antoñito: hombre

tú te diviertes. Madama,
estoi á los pies de usted.
No es mala ropa, caramba!
Es Antonia la pechona?
dime la verdad.

Ant. Te engañas.

Llega el Abate aplicándose el anteojo, i tambien ambos hacen ademanes de observarle la cara á Narciso.

Abat. Bravo! me alegro, Antoñito;
parece que no te hallas
mal empleado. Señora,
beso à usted los pies.

Ant. Aparta
que hace calor.

Abat. Me parece
que te encelas.

Ant. Pocas chanzas
en viniendo acompañado...

Liq. Ah, ah! Que risa me causa!

Abat. Vaya, vaya, que estos hombres
luego al instante se ensanchan.

Liq. I será una pelandrusca,
que no valdrá ni una blanca.

Los dos. Ah, ah, ah, ah!

Vanse riendo, el Abate donde está doña Melisendra, i el otro á la feria.

Narc. Qué pesados!

Melis. Sabeis quién es esa dama?

Abat. Qué dama? Si la ví el rostro
i es una de las que andan
cazando murlos.

Melis. Ya entiendo:
mujercillas que disfaman
el sexo, formando al hombre
engañosas asechanzas.

Abat. Teneis peregrinas luces.

Ant. Comencemos la maraña.

Señor don Terencio?

Teren. Amigo,
por cierto que imaginaba
no ver á usted en la feria.

Ant. He venido á las instancias
de mi prima.

Teren. Señorita,
yo le beso á usted las plantas

Corresponde Narciso con una cortesia.

Ant. Es cortisima de genio;
mi señora doña Clara
siempre suyo:

Clar. Viva usted
mas de mil años.

Ant. Lisarda,
dale la mano á esa niña.

Clar. Pues yo me adelanto á darla.

Ant. Pronto admitirá el obsequio.

Mientras hablan don Terencio i don Antonio, Benito i Blasa se levantan limpiándose la boca, el uno con la montera i la otra con las enaguas.

Ben Vaya, me he puesto la panza
como un tinajon.

Blas. I yo
reviento con tanta masa.

Ben. Dios se lo pague á usted, tia,
amigo, hasta otra Pascua,
i muchos años de vida;
á mas ver.

Buñol. Còmo? No pagas?

Mist. i Rosq Dame el dinero, só payo.

Ben. Qué dinero, ni qué haca?
pues ustees, no me dijeron
que si queria? Canastas!
Tras que les he hecho el favor
de tomarlo.

Buñol. Sino pagas
te he de dar un sartenazo

que te caliente las barbas.

Los otros. Páganos.

Blas. Sino tenemos.

Todos. Pues danos alguna alhaja.

Ben. Con aquesta cachiporra
les daré cosa que valga.

Todos. Ahora lo verás, patan.

Blas. Justicia de Dios, qué matan
á mi marido!

Embisten á Benito: este defiéndese con la cachiporra, i á los gritos de Blasa acude gente, i entre ellos don Liquido.

Liq. Qué es esto?
Que hai gente de circunstancias
delante: ténganse todos.
Payita cual es la causa
de este alboroto?

Buñol. Señor,
que me debe un real de plata.

Rosq. A mí una peseta.

Mist. A mí
real i medio.

Blas. Si no hai blanca!

Liq. Yo las tengo para tí: (*Les paga.*)
ya está saldada la trampa.
Vayan con Dios.

Blas. Dios le dé
la gloria.

Ben. Señor, mil gracias.

Liq. Oyes, esta es tu mujer?

Ben. Si señor.

Liq. Es real muchacha:
sobre que he de protegeros.
Mira, pasado mañana
quiero plantarte en la feria
mui prendida i empolvada;
dame esa mano preciosa,
i vamos á mi posada.

Ben Pasa fuera:
Deja caer la porra entre los dos.
eso de mano
tome usted la de una gata.
Liq. Insolente, así me pierdes
el respeto?
Ben. Vamos, Blasa,
antes que de este lugar
salgamos con una maza. (*Vase i Blasa*)
Liq. Gente rústica por fin.
Abatito, una palabra.
Abat. Qué quieres?
Liq. Dí te parece
que les soplemos las damas
al vejete i á Antoñuelo?
Abat. Infinito me alegrara.
Liq. Pues al arma!
Abat. Déjame
que yo dispondré la trama:
Antoñito?
Ant. Qué se ofrece?
Abat. Hombre! Mira que te llama
doña Melisendra: ve,
pues no es justo desairarla.
Ant. Allá voi. Mi don Terencio,
pronto vuelvo, doña Clara,
háblele usté á mi primita,
que es vuestra amiga estimada.
Vase adonde está Melisendra.
Liq. Mui bien se va disponiendo.
Abat. Hasta que Antonio se vaya
con Melisendra, no es bien
Que lleguemos.
Nar. Bella Clara,
no hagas movimiento i mira.
Descúbrese.
Clar. Ai Jesus!
Teren. Qué es esto, Clara?

qué tienes?

Clar. Respiraré:
no se asuste usté, no es nada.

Teren. Qué fué?

Clar. Me picó una pulga.

Teren. Para eso tanta algazara?

Clar Como tengo el cútis fino,
i seria la pulga macha
me ha hecho dar este repullo.

Nar. Disimula, prenda amada.

Clar. Por qué está usted disfrazado?

Nar. Para lograr nuestras ansias,
pues hoi mismo has de ser mia.

Clar. Pues al instante.

Nar. Ahora aguarda
porque aun no es ocasion; mas
es mucho lo que me amas?

Clar. Yo no sé: mas cada vez
que veo á usted por la ventana
me suben unos vapores,
que aunqne me atraco de agua,
mas de dos horas despues
estoi como una borracha.
Pero por qué no nos vamos?

Nar. Pronto será, mi bien, calla.

Liq. Antoñuelo aun no se vá,
i yo no tengo cachaza;
quiero llegar.
A *hurto á Narciso.*
Señorita.

Nar. Mirad señor, que soi dama
de honor, i asì que me hablais
peligra mucho mi fama.

Liq. Será porque don Antonio
no lo sienta.

Nar. Hai muchas causas
que son para mas despacio.

Liq. Si yo saberlas lograra...

Nar. En Cádiz podreis.
Liq. El sitio?
Nar. En la calle de la Plata
nùmero cuarenta i dos,
cuerpo principal.
Liq. Madama,
iré á ponerme á sus pies. (*Se retira.*)
Clar. Qué le ha dicho á usté ese maza?
Nar. Pensó ser lo que parezco.
Clar. No lo permita santa Ana;
hasta ver á usté en su traje
estoi desasosegada.
Abat. Cómo te fué?
Liq. Bravamente:
ya sé la calle i la casa;
pobre Antoñuelo, verás
i que lindas calabazas.
Abat. Le viste la cara?
Liq. Sí:
tiene unos ojos que encantan:
la nariz i la boquita
son como una filigrana.
Abat. Yo voi à hablar con la otra.
Liq. Pues llégate por la espalda.
Melis. Ai don Antonio! Ese hombre
es como una tigre hircana:
bastara que una señora
de mi altitud i prosapia,
pues tiene catorce plumas
el morrion de sus armas,
le manifestase fina
el incendio que la abrasa,
para que tan alta dicha
agradecido estimara.
Ant. Yo se lo he dicho mil veces:
quereis que á buscarlo vaya?
Mlis. Irémos juntos: veré
si de esta suerte se aplacan

las pulsaciones del flato:
si estoi cada vez mas mala.
Vanse á la feria.

Liq. Llega, no temas.

Abat. Limpiemos
el lente: toso i al arma.

Clar. Con que será usted mi esposo?

Nar. Yo seré tu esclavo, mi alma.

Clar. Mi esclavo? No puede ser,
porque dos que habia en mi casa
eran negrotes i feos,
i usted tiene tanta gracia,
que mas bien que ser pupila,
tomara ser su criada.

Abat. Bella niña! (*Llega por detrás.*)

Clar. Quién me toca?
Señor, señor, que se vaya
este hombre.

Teren. Qué osadía
es esta?

Abat. Pocas palabras.
ha visto usted á don Pedro?

Teren. Vive Dios que si me enfada...

Abat. Hable mejor.

Teren. Sino fuese
atrevido, no escuchara
lo que no quisiera oir.

Abat. Si mi enojo no mirara
que sois un pobre vejete,
os romperia en la calva
el baston.

Teren. A mí? Por vida!
que os daré seis estocadas.

on Terencio saca la espada i se pone en una punta del teatro; el Abate con el baston se retira á la otra: desde esta distancia se amagan i tiran golpes al aire, don Terencio á cada cuchillada que tira, se extraña gritando justicia: don Liquido da brincos de contento

i anima al Abate. Al ruido acude gente: sale la justicia, i entre ellos don Antonio i doña Melisendra: á su tiempo entre el tumulto se escapan Clara i don Narciso.

Abat. El alma te he de sacar!
Teren. Ya lo verás: á la guardia!
Clar. Qué matan á mi tutor!
Nar. Clara de mi vida, calla.
que ahora es tiempo de escaparnos.
Teren. Toma este tajo: á la guardia!
Liq. A él, Abatillo, con brio.
Abat. Le he de señalar la cara.
Teren. Allá va un revés: justicia!
Sale el Alcalde i Ministros.
Alc. Aquí está: tengan las armas.
Nar. Vamos.
Clar. Verá usted si corro
en cogiéndome la saya.
Alc. Qué ha sido esto?
Teren. Señor,
este insolente, que trata
de seducir á dos niñas
de estimacion.
Abat. El se engaña.
Teren. Cómo engañarme? Clarita?
Ante el señor juez declara...
mas dónde està? No parece...
Clara? Clarita? Mi Clara?
Señor juez, á mi pupila
me la han robado; aquí hai trampa.
Don Antonio, ó don demonio,
decid, quién es esa dama,
ó esa prima, que se lleva
á Clarita?
Ant. No sé nada.
Alc. Esa no es respuesta.
Teren. Usted
ha de entregarme á mi Clara.

Ant. Pues señor juez, esa niña...
Teren. No masque usted las palabras.
Ant. Ahora está con su marido
don Narciso de Peralta.
Melis. Qué escucho! cruel... aleve,
ai triste!

Cae en los brazos del Abate i don Liquido.

Liq. Qué se desmaya!
Abat. Aquì tengo yo el succino.
Liq. Voi por un médico... (*Vase.*)
Abat. Marcha,
mientras la conforto.
Teren. Cielos!
como puede estar casada
si soi su esposo futuro?
Ant. Ella estaba violentada
en vuestro poder i así
da su mano al que idolatra.
Teren. No puede ser. Señor juez
hacedme justicia.
Alc. Basta:
esa señora ha elegido
un hombre de circunstancias
por esposo, i ya serán
vuestras pretensiones vanas.
Teren. Esto escucho! ai mis talegas!
que golpes para mis arcas!
yo me muero! El corazon
parece que se me arranca.
Confesion! que me han matado,
i doi ya las boqueadas. (*Cae.*)
Alc. Un médico.

Sale Liquido i el Médico.

Liq. Ya lo traigo.
Méd. Acudamos á esta dama
primeramente: veamos
el pulso.
Abat. Cómo se halla

Méd. Lance grave! El esternon
se le ha oblicuado, i le amagan
unas pandiculaciones
que las fiebres le desgarran.
Veamos el otro enfermo.
Abat. Con qué dime aquella moza,
te citó para su casa?
Liq. Hombre! Déjame, que estoi
hecho un veneno.
Abat. I la cara
qué tal era?
Liq. No me pudras.
Alc. Qué os parece?
Méd. Hai mucha causa;
la bílis va relajando
las linfas i la sustancia
excreticia. Al momento
condúzcanle á su posada,
que allí con quince ventosas,
se socorrerá. Esta dama
exige un pronto remedio:
al momento ochenta dracmas
de jalapa.
Abat. Eso es purgante.
Méd. Qué sabe usted? la jalapa...
Abat. Señora, vuelva usted pronto,
porque si no aquí la matan.
Melis. Ai de mí!
Liq. Ya ha vuelto en sí.
Alc. Pues condúzcanla á su casa.
Melis. A dónde està ese traidor?
Yo exhalo sin duda el alma.
Abatito, el epitafio
se lo encargo á usted.
Abat. Madama,
ánimo que aquí estoi yo.
Teren. Socorredme, santa Paula.
Alc. Ya ha vuelto en sí.

Salen Ministros con don Narciso i doña Clara.

Minist. Señor juez,
aquì traigo estas dos damas
que se escapaban huyendo.
Clar. Pero si ya estoi casada.
Teren. Mira pìcara....
Alc. Teneos:
que una vez que doña Clara
ha elegido estado, yo
la pondré depositada
hasta efectuar la boda.
Narc. Doi á usted rendidas gracias.
Clar. Pues señor juez, deposite
tambien en la misma casa
á don Narciso conmigo.
Teren. Ah perra, si te agarrara....
Señor alcalde, por Dios
que me la ahorquen.
Alc. Eh! ya basta
de voces. A divertirse,
ì poniéndose à las plantas
de este auditorio....
Todos. Pidamos
el perdon de nuestras falats.

FIN.

EL LUGAREÑO EN CÁDIZ.

PERSONAS.

Don Pánfilo.
Doña Simeona.
Doña Quiteria.
Don Pascual.
Pedro Jimenez.
Una Usía.
Una criada.
Un borracho.
Un tendero.
Un pobre.
Un marinero.
Un ciego.
Un peluquero.
Un calesero.
Un aguador.
Un sargento.

EL LUGAREÑO EN CADIZ.

La escena se representa en la plaza de san Juan de Dios con puestos, vendedores etc. A la izquierda tienda de mercader con tendero: el pobre mendigo tendrá delante del pecho dos manos postizas: el sargento i los soldados estarán paseándose: el ciego á un lado con su guitarra: el calesero se paseará con su látigo en la mano: el aguador con su cántara i vasos.

Aguad. Agua ¿quién la bebe fresca?
Cales. Quièn quiere un calesin bueno?
Canta el Ciego. Apenas entró el marido,
i advirtiò que don Alberto
hablaba con su mujer,
cuando llamando á su negro
le mandó ensillar la jaca,
i entró respirando fuego.
En dos cuartos el curioso (*Pregona.*)
romance de un caballero
natural de la Alpujarra,

que mató por unos celos
á su mujer, á su padre,
á sus dos hijos, al perro,
al gato, al mico i al loro;
sin otros muchos sucesos
que verá el sabio lector.

Pob. Den limosnas caballero
por el toro de san Marcos,
por el gallo de san Pedro,
á este pobre, que ha tres dias
que no toma otro alimento
que líquidos, i de hambre
tiene flato en el cerebro.

Sale Ped. Válgame Dios que Zuidad
tan jermosa! Aquí hai flamencos,
moros, i otras mil naciones
que al hablar parecen perros.
Pero qué lindas muchachas
he visto! Vaya si encuentro
en donde comer de valde
nunca me vuelvo á mi pueblo.

Cales. Padrinito quiere usted
una calesa?

Ped. Yo creo
que usted quiere chancearse.

Cales. Chancearme, ni por pienso.
La quiere usted?

Ped. De manera
que si usted se empeña en ello...

Cales. Ya verá usted que caballo.

Ped. Con que el animal es bueno?

Cales. Es mas ligero que un ave.

Ped. Pues, señor, yo no desprecio
los favores.

Cales. Pues padrino,
voi á ponerla al momento.

Ped. Oiga usté, amigo: cuidao

que por mi causa no quiero
que nadie se perjudique.

Cales. Calle usted! si yo deseo
servir siempre á las personas
que lo merecen. Ya vuelvo. (*Vase.*)

Ped. Jesus, qué hombre tan garvoso!
Mire usted sin conocerlo
regalarme una calesa
con su caballo! Estoi lelo!
Voi á esperarlo en la esquina.

Al irse por la derecha, sale el Peluquero, i tropezando con él, le deja caer i se va.

Peluq. Ya son las nueve...

Ped. San Telmo
me ampare!

Peluq. Perdone usted.
Cuatro marchantes á un tiempo!
Vaya, no puede cumplir,
sino es galgo, un peluquero. (*Vase.*)

Ped. Me ha roto cinco costillas:
Pero Jesus, cual me ha puesto
de harina! Maldito sea!
Este será tahonero
que andará buscando al macho
por esas calles; si vuelvo
á encontrarlo...

El borracho habrá salido por la izquierda, Pedro Jimenez se habrá ido sacudiendo la capa hasta encontrarse con el borracho, i caen en el suelo los dos.

Bor. Con licencia.

Ped. Tiene usted los ojos güeros?
váya que está bueno el moo
de pedir paso!

Bor. Silencio,
para qué es hablar, si digo
que yo á nadie nada debo. (*Vase.*)

Ped. Si andaré siempre rodando

en esta Zuidad? Pa esto
no hubiera traido yo
la capa nueva: si vengo
otra vez, he de venir
todo vestido de cuero.

Sale el Cal. Ya está puesta la calesa.

Ped. Vaya, yo no sé que empeño
tiene en servirme! Amiguito
me ha visto ustè en algun tiemp.

Cales. Yo no me acuerdo.

Ped. Ni yo.

Cales. Vamos pro nto.

Ped. Esperarémos.
á un amigo para ver
si tiene en su casa un hueco,
donde meter ese mueble?

Cales. Qué mueble?

Ped. El dicho.

Cales. No entiendo:
diga usted que....

Ped. La calesa.

Cales. Para qué?

Ped. Pues está bueno!
Dónde quiere que la tenga
hasta que me vaya al pueblo?

Cales. Cómo tenerla?

Ped. Si usted
me la regala ¿no debo
mantener el animal?

Cales. A mí se viene con juegos?
Pues tome usted. (*Le da de varazos.*)

Ped. Que me mata!

Cales. Por no alborotar le dejo... (*Vase.*)

Ped. Caramba, si estoi aquí
me han de quitar el pellejo.
Qué malditisima tierra!
Luego dirán que el dinero

anda tirado: pues yo
tan solo palos encuentro.

Sale Pasc. Amigo Pedro Jimenez,
cuanto de verle me alegro!
A qué ha venido usté à Cádiz?

Ped. A divertirme, por cierto,
pero me van disgustando
las costumbres de este pueblo.

Pasc. Con que se ha casado usted?

Ped. Toma! Ya hace mes i medio.

Pasc. I quién es ella?

Ped. La Tecla
hija del tio Divieso,
sobrina de Tres Cascarrias,
i nieta de Cuatro-vientos
el sacristan.

Pasc. Aquel que es
tan simplote i majadero?

Ped. Ese mismo. El otro dia
como estaba el cura enfermo,
le encargò de que en la misa
noticiara á todo el pueblo
de que Juana Pantorrillas
i Anastasio Poco-pelo
contraian matrimonio;
i avisase al mismo tiempo
como era el viernes siguiente
la vigilia de precepto
à san Simon i san Judas;
mas él lo enredó diciendo:
el viernes es la vigilia
de Anastasio Poco-pelo
i Juana la Pantorrilla,
i celebran casamiento
con san Simon i san Judas:
si hai quien ponga impedimento
lo avisará, que es tercera

amonestacion.

Pas. Qué exceso
de bestialidad!

Ped. I grande,
pues si me gana á jumento.

Pasc. Si no tiene usted que hacer
darémos cuatro paseos,
i luego irémos á casa.

Ped. Vamos aunque sea al infierno:
mas oiga usted: si descubre
uno de esos tahoneros
con casaca, avise usted.
para subirme en un vuelo
á una ventana.

Pasc. Camine,
i deje usted los recelos. (*Vanse.*)

Aguad. Agua fresca: quién la bebe?

Cieg. Libritos del jubileo.

Salen Doña Quiteria, i Doña Simeona con basquiñas i mantillas mui escurridas con rosario en la mano, i Don Pánfilo de bracero, mui ridiculo.

Sim. Sí hermana Quiteria,
aturdida vengo
de mirar el lujo
que hai en ambos sexos.
Ah perverso mundo!
Oh pasados tiempos
de vigote i pera,
moño i ferreruelo!
Entonces no habia
basquiña con flecos,
mantones de gasa
con cuatro boleros,
zapatos bordados
ni atusado el pelo.

Quit. Calla Simeona,
mas no murmurémos.

Sim. Dices bien; qué he dicho?
Ai Dios me arrepiento!
que en todo nosotras
damos buen ejemplo.
No es verdad, don Pánfilo?
Pánf. Eso por supuesto.
Quit. Están mui mudados
del todo los tiempos.
Tampoco sabian
lo que era el bolero,
zorongo, ni el ole,
ni otros mil meneos
que alteran á veces
el órgano interno.
Esta no es envidia,
porque acá sabemos,
cuando llega el caso,
manejar el cuerpo.
Sim. Con tiento, Quiteria:
mas no murmurémos,
que en todo nosotras
damos buen ejemplo.
No es verdad: don Pánfilo?
Pán f. Eso por supuesto.
Sim. Al Pópulo vamos
á rezar un credo,
de allí á la Alhameda
á tomar el fresco;
despues á la Noria
á ver qué hai de nuevo,
pues en el camino
puede que encontremos
alguna buen alma
guiada del Cielo
que saque de penas
á este animalejo.
Quit. San Marcos lo haga,

que bien se lo ruego,
pues nosotras siempre
damos buen ejemplo.
No es verdad, don Pánfilo?

Pánf. Eso por supuesto.

Llégase el Pobre á Don Pánfilo, i mientras le pide limosna le mete las manos naturales en la faltriquera.

Pob. Virtuosas damas,
nobles caballeros,
socorran al pobre.

Quit. Dios le dé consuelo.

Pobr. Yo espero en ustedes
hallar mi remedio,
i si no me engaño
seguro le tengo.

Sácale el pañuelo.

Sim. Dios nos dé que darle.
No son majaderos
los pobres, don Pánfilo?

Pánf. Eso por supuesto.

Quit. Vamos Simeona,
no se pase el tiempo.

Sim. Bien decis, hermana,
porque los momentos
que no se aprovechan
sentirlos debemos,
i mas siendo santas
por fuera i por dentro.
No es verdad, don Pánfilo?

Pánf. Eso por supuesto. (*Vanse.*)

Aguad. Agua fresca; quién la bebe?

Cieg. Romance curioso i nuevo.

Sale el Marinero.

Mar. Dí, Anastasio, has mariscao
alguna cosa?

Pob. Un pañuelo
que à cambio de maldiciones

le he pescado á un estafermo.

Mar. Dámelo con disimulo.

Pob. Tómalo.

Mar. No fué mal tiento,
verás qué pronto lo pongo
en almoneda.

Pob. Yo vuelvo
á mis clamores. Señores,
por todos los Macabeos
socorran á este infeliz,
que tiene llenos los dedos
de gavilanes, sin otros
muchos males encubiertos.

Sale Pascual i Pedro.

Pasc. Siéntese usté en esta tienda.
mientras que busco un sugeto
en la calle Nueva.

Ped. Yo
la verdad le tengo miedo
á este sitio, porque aquì
le dan á los forasteros
tan mal trato...

Pasc. No receles,
que doi la vuelta al momento. (*Vase.*)

Mar. Amiguito, mire usted
qué hermosisimo pañuelo.

Ped. Ciertamente que es pulido.
Ya valdrá su peso i medio.

Mar. Pues de balde se lo doi.

Ped. No señor, se lo agradezco;
porque del otro regalo
me están doliendo los huesos.

Mar. No es dado en ocho reales?

Ped. Ese, amigo es otro cuento.
A ver: vayan seis reales
en calderilla.

Mar. No puedo.

Dé usté siete.

Ped. No señor,
yo me sueno con los dedos.

Mar. Venga la plata.

Ped. Allá va
el cobre.

Aguad. Agua del Puerto!

Cieg. El Mercurio, la Gazeta!

Pob. Quién manda rezar un credo?

Mar. Mande usté, amigo. (*Vase.*)

Ped. A mas ver:
Me lo pondré en el pescuezo.
Qué contenta se pondrá
mi mujer!.. Pero qué veo?
como un regilete viene
el maldito tahonero.
Ahora me pone mas blanco
que un papel. Yo lo sorteo
con la capa.

Sale el Peluquero corriendo, atraviesa la escena i él lo sortea.

Peluq. La marquesa
ha de estar hecha un veneno. (*Vase.*)

Ped. Vaya, si por las narices
echaba harina. Yo quiero
tomar iglesia en la tienda.

Siéntase en el banco de la tienda.

Qué tal sino me meneo!

Sale la Usia con basquiña i mantilla, i la criada con un niño en los brazos bien vestido.

Usia. Ya sabes lo que has de hacer,
i así al engaño. Tendero,
saque usted de las mejores
medias que tenga, pues vengo
á comprarle seis docenas.

Tend. Señora, finas las tengo,
pero son caras.

Usia. No importa,
que yo no reparo en precios.
Ped. Aunque usted perdone, reina,
es suyo aquese chicuelo?
Criad. No, señor, que es de su padre.
Ped. Su madre sabrá lo cierto.
Criad. Yo soi soltera i marido
ando buscando hace tiempo.
Ped. Aquí estoi yo.
Criad. No me gustan
á mí los hombres tan feos.
Ped. Cierto que eres tú bonita
tarasca de los infiernos.
Usia. Queda cerrado el ajuste....
pero qué es esto? El dinero
se me ha olvidado. Muchacha,
dame el niño, i ve corriendo
á casa por un bolsillo
que está en aquel cajon nuevo
donde guardo los diamantes.
Tend. (Diamantes dijo! No es bueno
perdamos esta marchanta.)
Que se lleve al mismo tiempo
las medias.
Usia. Gracias. Despacha.
Criad. Al instante voi, i vuelvo.
Ped. Parece de buena pasta
el niño.
Usia. Si está durmiendo.
Crea usted que ni un mal rato
me suele dar. Hasta en esto
es parecido á su padre.
Ped. I quién es?
Usia. Don Poncio Prieto,
el vizconde del Timbal.
Ped. Título es de mucho estruendo.
I tiene Usia otros hijos?

Usia. No señor: mas se me han muerto
catorce, todos varones.
Ped. Jesus, cuantos timbaleros!
Si así sigue Useñoría
aturdirá al universo.
Tend. Si gusta Vueseñoria
entre, i tomará aquí asiento.
Usia. Se lo estimo. Esta muchacha
ya tarda. Me desespero
con criados tan pelmazos.
Ped. Vivirá Usía en el Puerto.
Usia. No señor: aquí á la vuelta;
sino que habrá mes i medio
que vine de Quito, donde
mi esposo obtuvo el gobierno
del Pico de Chimborazo.
Ped. Zape, que nombre tan hueco,
sobre que me suena á golpe
de timbal.
Usia. Me desespero!
Qué posma! Si la pillara
la ahogaria entre mis dedos!
Mas voi á ver si la hallo,
i usté entre tanto que vuelvo
téngame el niño. Cuidado
no me le interrumpa el sueño. (*Vase.*)
Ped. Ciertamente que es mui buena
la incumbencia. Caballero
sírvase su Señoría
de no mearse ò lo estrello
contra las chinos. Dios quiera
que se le seque el garguero,
pues si toca los timbales
está el asunto completo.
Sale el Bor. Jesus, cuantas luminarias
en toditas partes veo!
No le he dicho que me deje?

haya demonio de perro
que se mete entre las piernas?
Arre chucho: estáte quedo.
Achi! dominus vobiscum.

Tropezando va á caer encima de Pedro, i este se levanta acelerado reservando el niño.

Ped. Poco á poco gran jumento,
que despertará el vizconde
del Timbal... Pero qué veo?
Si es un niño de carton!

Ted. Qué dice usted? Cómo es eso?

Ped. Que por arriba ni abajo
se le descubre el resuello.
Fuego que astucia!

Tend. Ya miro
que una estafa ha sido esto.

Ped. Válgame Dios, que elevado
se quedará usté en oyendo
la música con timbales!

Tend. Usté es parte de este enredo.

Ped. Yo?

Tend. Sí señor, i ahora mismo
me dará usted mi dinero.

Ped. Señor tendero, usted quiere
que yo le estampe en los sesos
á su señoría?

Tend. Usted
me ha de pagar al momento.

Bor. Si ya he dicho que á ninguno
debo naa para qué es eso!

Ped. Vete con todos los diablos.

Le da con el niño en la cabeza, cae i á las voces salen el Sargento i soldados.

Sarg. Ténganse todos; qué es esto?

Tend. Prendan á ese hombre pronto.

Ped. A mí? Por qué? Pues qué he hecho?

Tend. Por encubridor de estafas.

Bor. Manzanilla, que me muero.
Sarg. Retiren á ese borracho
ustedes dos. (*Lo retiran.*)
Salen don Pánfilo, doña Quiteria i Simeona.
Sim. El pañuelo
le han sacado á usted? Qué alma!
Sarg. Venga usted al vivaque preso.
Ped. Yo preso? Qué tierra es esta?
Si será acaso el infierno?
Sale Pasc. Qué es esto Pedro Jimenez?
Ped. Que me quieren llevar preso
por estafador.
Pasc. Yo abono
á ese buen hombre, Sargento.
Tend. Usted lo abona?
Pasc. Yo sé
su honradez, i desde luego
aseguro que es un falso
testimonio.
Quit. El pañuelo
no es aquel?
Don Pánfilo le echa la mano al pañuelo, i las otras gritan.
Pánf. Perro ladron,
dame mi prenda.
Ped. No quiero,
que me ha costado la plata.
Sim. Señores soldados, presto
amarren por caridad
á ese pìcaro ratero.
Sarg. Ya no hai remedio; amarradlo.
(*Lo amarran.*)
Pasc. Oiga usted señor Sargento.
Sarg. Yo no soi juez: á la cárcel.
Ped. Qué viniera yo à este pueblo!
Ea, mañana me ahorcan,
i es un viaje completo.

Sim. Haga usted que me lo guinden,
que yo rezaré seis credos
por su alma.
Ped. La beata
rabia por rezar á muertos.
Sarg. Vamos con él al vivaque.
Sale Mar. Pechuga, toma el dinero.
(*Al Pobre.*)
Ped. Señor Sargento, aquel es
el que me vendió el pañuelo.
Sarg. Agarradlo: date al rei.
Mar. Ya estoi dado: i qué tenemos?
Sarg. Picaron, á quién robaste
un pañuelo?
Mar. Qué pañuelo?
Ped. El que me vendiste à mí.
Mar. A ese pobre se lo dieron
de limosna.
Sarg. Sì? agarradlo.
Saca un rejon, i los soldados le rodean.
Pob. El que se acerque le pego
un rejonazo.
Sarg. Tiradle.
Ped. Vaya, si este es el infierno.
Pob Ya estoi dado.
Sarg. Maniatadlos,
i este hombre quede suelto.
Desatan á Pedro.
Ped. Quién me vuelve à mí mi honra?
Sim. Yo, hijo mio, se la vuelvo.
Aquí delante de todos
le pido á usted por San Pedro
Nolasco que me perdone
mi temerario concepto.
Cumplo así como cristiana
don Pánfilo?
Pánf. Por supuesto.

Ped. Miren la madre beata
como viene haciendo gestos,
i antes estaba rezando
porque me ahorcasen.

Sim. Soberbio,
bruto, animal, ignorante,
vive Dios que si me emperro
soi capaz de darte mil
bofetadas.

Ped. Por supuesto.

Sim. Pero qué digo? Jesus!
Don Pánfilo, vamos presto
á confesar esta rabia.

Quit. Vamos, Simeona. El cielo
los haga buenos á todos.

Sim. Amen, amen. Padre nuestro... (*Vanse.*)

Ped. Ni escrúpulo me quedara
de haberle dado en los seses
con una chinela mia.

Sarg. Vamos al vivaque.

Pob. Feo,
con que al fin te berreaste?

Mar. En presidio nos verémos.
(*Se los llevan.*)

Pasc. Vamos á casa.

Ped. Quién, yo?
No estoi mas en este pueblo.
Desde aquí voi á embarcarme.
Este es Cádiz? Mas bien quiero
ser en mi tierra borrico,
que en esta ciudad camello.

Pasc. Espere usted.

Ped. Qué, si viene
el maldito tahonero
(*Sale el Peluquero corriendo.*)

Peluq. Voi á peinar al vizconde. (*Vase.*)

Ped. Ea, pues, á Paterna, ó al cielo...

Corre huyendo delante del Peluquero.

Pasc. El pobre se ha vuelto loco.
Quiero seguirlo, pidiendo
á tan discreto auditorio...

Todos. El perdon de nuestros yerros.

FIN.

LA MADRE HIPÓCRITA.

COMEDIA INÉDITA.

PERSONAS.

Don Pedro.
Don Eusebio.
Don Prudencio.
Don Cárlos.
Don Bruno.
Doña Tecla.
Doña Clara.
Juan.
Rita.

LA MADRE HIPÓCRITA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Aparece doña Tecla sentada i con un libro en la mano. Rita cosiendo, i don Eusebio paseándose por la escena como enfadado.

Eus. Vaya, si estoi que echo chispas!
Todos se han puesto de acuerdo
para sofocarme.
Tecl. Hombre!
por amor de Dios te ruego
que no me quites la vida.
Eus. Si es malo tener buen genio.
Pues no, como se me suba (*Pateando.*)
la tramontana á los sesos
han de acordarse de mí.
Rita. Jesus qué coraje! Apuesto
que ha reñido con la moza.
Tecl Qué tienes, amado Eusebio?

Eus. No me muela usted.
Tecl. Qué cruz
se ha servido darme el cielo.
No se qué quiere este hijo:
yo lo mimo, lo contemplo,
tapo todos sus deslices
porque no llegue á saberlo
su padre, i lo aturda á gritos:
si necesita dinero
para divertirse, encuentra
mi bolsillo siempre abierto.
Qué trampas no le he pagado
porque el niño esté contento?
I qué fruto es el que saco
de mi bondad? Solo ceños,
malos modos, respostadas,
rabietas, votos i ternos;
así ni duermo ni como,
lloro, suspiro, i me seco
como un esparto. Qué vida!
Jesus! no se la deseo
á mi mayor enemigo.
Me ha de llevar al infierno.
Eus. A mí sí que ha de llevarme
porque estoi tal, que aborrezco
la vida. Voto á... mañana
tomo las de Villadiego,
ó me encuentran en mi cuarto
con un lazo en el pescuezo
Tecl. Ai que desesperacion!
De escucharlo me estremezco!
Ven acá, Eusebio de mi alma:
sosiégate; qué te han hecho?
Descúbrete con tu madre.
Eus. Cállese usté que no puedo
escuchar zalamerías.
Sosiégate; qué te han hecho?

Descúbrete con tu madre. (*Remedándola.*)
Para qué son fingimientos,
si sabe usted como yo
la causa de mi despecho?

Tecl. No me atrevo á replicarte,
pero niño te prometo,
como cristiana, aunque mala,
que no puedo caer en ello.

Eus. Si la tienen á usté lela
los escrúpulos; me quemo!
Mas por vida de los diablos
que aunque haga yo un desacierto
nada importa; como usté
se dé golpes en los pechos.

Tecl. Pero á tí que pesadumbre
puede darte el casamiento
de tu hermana?

Eus. Friolerilla!
si digo yo... con que debo
tolerar que un señor mio
venga allá de los infiernos
á llevarse con sus manos
lavadas treinta mil pesos,
que pudiera yo gastar
con mas razon i derecho?

Rita. Dice bien el señorito.
Vaya el señor don Prudencio
al Perú; que allí hallará
negras con mucho dinero.

Tecl. ¿I si este no se los lleva,
no es fuerza que con el tiempo
tengan otro poseedor?

Eus. Qué poquisimo talento!
Por qué es esa precision?
No hai en Cádiz mil conventos
donde meterla? Si acaso
rabian ustedes por nietos

aquí estoi, me casaré:
no soi de los majaderos
que repugnan la eleccion
de sus padres; en no siendo
una Minerva la novia,
¿qué importa que sea un escuerzo?
No, por eso no habrá riñas:
yo doi mi palabra. Pero
partir con otro el caudal,
i quedarme casi en cueros
representando el papel
mas ridículo del pueblo,
no lo sufriré; mas claro:
sino pone usté remedio,
pasará por el dolor
de verme en un regimiento
donde en la primera guerra
me rompa una bala el pecho
i tenga usted luego el gusto
de hacer muecas en el duelo.

Tecl. No lo permita el Señor
por quien es. ¡Jesus! primero
su Divina Magestad
me lleve á su santo reino.
Qué fiel es mi corazon! (*Llora.*)
Desde el punto que en Laredo
formó tu bendito padre
el insensato proyecto
de esta boda, la camisa
no se me ha pegado al cuerpo.
Nadie, nadie sufre mas...
Dios lo reciba en descuento
de mis culpas i pecados.

Rita. Mas, señora, no habrá medio
de aguar la boda i echarle
á la señorita el velo?

Tecl. Si ella no consiente ¿cómo?

Eus. Mi hermana es dócil de genio,
sencillota i obediente.
Rita. Es un ángel.
Tecl. Pero temo
que su padre...
Eus. Para padre
ya buscarémos un perro
de oreja que nos le ponga
mas mansito que un cordero.
Mas Clara viene. Entre todos
con facilidad podrémos
convencerla.
Tecl. Déme Dios
en esta ocasion acierto.

ESCENA II.

Sale doña Clara que interrumpe á Rita, doña Tecla, i don Eusebio.

Rita. Aquí está madre.
Clar. Has echado
el dobladillo al pañuelo?
Rita. Un lado me falta.
Tecl. Ven:
siéntate, Clara, un momento.
Clar. Qué me manda usted?
Tecl. Parece
que estás triste?
Clar. Yo no tengo
causa para estarlo.
Tecl. I bien,
qué dices de don Prudencio?
Me parece un poco tosco.
Clar. Pues yo, señora, lo encuentro
bastante fino.

Eus. Ah, ah, ah,
fino ese bestia? Por cierto
que te precias de buen gusto.
No le ves aquel sombrero
colosal, aquel calzon,
como bailarin grotesco,
aquel espadin cosido
á la pretina, aquel pelo
empabonado á la gringa,
i en fin todo aquel pergeño
de mayorazgo asturiano?

Rita. Vaya, si cuando lo veo
entrar en casa, ah, ah!
se me figura un maestro
de albañil con el ajuar
del dia de Corpus.

Clar. Yo creo
que no es fina una persona
por seguir los devaneos
de la moda, i consumir
en fruslerías el tiempo.
Yo llamaré fino á un hombre
atento, honrado, i discreto,
afable en la sociedad
i de nobles sentimientos,
i segun este retrato
es mui fino don Prudencio.

Eus. Qué sabes tú de finura?

Clar. Ya sé que son mis talentos
mui escasos.

Tecl. No lo son,
hijita mia, i por eso
me admiro de que no elijas
un camino mas perfecto.
Créeme, hija mia: el sayal
es el adorno mas bello
de la virtud, i si quieres

ser dichosa, en un convento
lo serás. Ah! Si yo fuera
doncellita para hacerlo!

Rita. Perra de mí que he enterrado
tres maridos! Si lo hecho
se pudiera deshacer,
que chasco le daba al feo
de patillas! Un domingo
de Ramos fuera mi entierro.

Clar. Ustedes dicen mui bien,
i yo igualmente confieso
la perfeccion del estado
religioso, pero hablemos
con madurez, i franqueza.
Si yo, señora, no tengo
ni fuerzas ni vocacion,
no fuera loco denuedo
esponerme á ser la presa
del llanto, el dolor, i el tedio?
Mis ideas me encadenan
á la sociedad, i creo
que en ella seré feliz
al lado de don Prudencio.

Eus. Sí, feliz! Eres mui tonta,
mui bruta: puedes creerlo:
mas ya se ve, si no ha visto
mas mundo que el costurero,
la cocina, el tocador,
el estrado, i el paseo,
no ha de hablar mil desatinos?

Rita. Que bien dice usted. Por eso
todas rabian por casarse
cuando niñas. Ya! creemos
que es el santo matrimonio
un alegre pasatiempo,
i soñamos con la boda;
pero así que nuestro dueño

empieza á juntar las cejas,
i á espantarnos con el gesto,
ai que gusto! entonces sí
que van los treinta dineros
con mil demonios.

Tecl. Jesus!
Dígalo yo que con estos
angelitos he pasado
el purgatorio!... Si tiemblo
de acordarme! Qué batalla!
I despues de todo, el cielo
me dió un marido... Qué hombre!
siempre está arrojando fuego
por los ojos: es un tigre!
no se puede con su genio.

Eus. Ve usted todo ese mal trato?
pues no es siquiera un bosquejo
de lo que toleran otras.
Los maridos de estos tiempos
manejan el acebuche
con mucha gracia.

Clar. No niego
que los hombres bajos hacen
eso, i mucho mas que eso,
pero los hombres de honor,
de educacion i talento
no cometen tal vileza.

Eus. No, hija mia, todo verbo
marido maneja el palo,
como yo hacerlo prometo.
Muchos palos, muchos, muchos.

Clar. Yo no dudo esos escesos,
porque suele ser peor
el vulgo de caballeros.

Eus. Eso es decirme que soi
un ignorante.

Clar. Tus hechos

son los que te califican.

Eus. Tú me pierdes el respeto. (*La amenaza.*)

Clar. No tienes la culpa, no,
sino quien no pone freno
á tu osadía.

Tecl. Villana,
qué quieres decir con eso?

Clar. Que usted, señora, debiera
reprimir los desafueros
de mi hermano.

Tecl. Tú te atreves
á darme, infame, consejos?

Eus. Tú insultas á madre?

Clar. Yo?

Tecl. Dios mio, que llueva fuego,
y convertidla en pavesas
como hicisteis otro tiempo
con Sodoma i con Gomorra.

Eus. Márchate de aquí, ó te quiebro
una costilla.

Clar. Dios mio!
yo no tengo sufrimiento.
Acabadme de sacar
de esta vida, ó este infierno. (*Vase.*)

ESCENA III.

Dichos menos Clara.

Rita. Por fin ya va santiguada:
Al fin la convencerémos.

Eus. A no estar madre delante
hubiera llevado el premio...

Tecl. Si es tan mala, tan herege
como su padre. Lo menos
la tentará Satanás

diez veces al dia. El cielo
se duela de ella, y aclare
la luz de su entendimiento.

ESCENA IV.

Dichos i don Pedro.

Ped. Qué tiene Clara que está
querellándose allá dentro?
Tecl. No me hables de esa insolente.
Si la hubieras visto! el grueso
de un cabello no ha faltado
para arañarme.
Rita. Qué genio
tiene la tal señorita!
Ped Quién te ha llamado á este entierro?
Cosa, y cállese.
Rita. Señor
yo los labios no despego.
Ped. Y vaya, cuál fué el motivo?
Tecl. Haberle dado un consejo
saludable.
Ped. Pero cual?
Tecl. Si tù no me dejas tiempo
para hablar.
Ped. Las cosas prontas:
no me ande usted con rodeos.
Tecl. Hombre, ya voi á decirlo:
no me sofoques que tengo...
Ped. Al caso.
Tecl. Yo le decia
que todos nuestros desvelos
deben siempre dirigirse
á ganar la gloria.
Ped. Bueno;

pero vamos al asunto.

Tecl. Por Dios, no me apures, Pedro:
yo acabaré. Le decia
que siendo tantos los riesgos
de este mundo, donde hallamos
á cada paso un despeño,
me parecia que el modo
de asegurar una el cielo
era encerrarse en el claustro.

Ped. Bien temia yo que el cuento
fuese alguna bobería.

Tecl. Son estas cosas de juego
para que te mofes de ellas?

Ped. Con que cuando yo la tengo
prometida, viene usted
á tratarnos de convento?
Soi algun niño, señora,
para burlar á un sugeto
de estimacion?

Tecl. Pero cuando
la causa es tan justa, creo
que no se debe agraviar.

Ped. Pero dirá don Prudencio
con muchisima razon
que si no tuvimos tiempo
de consultarlo. Además
que ella no quiere, y primero
la casara con un pobre
que violentarla á un encierro.

Tecl. Con que es bueno que los hijos
hagan su gusto?

Ped. Debemos
no obligarlos á abrazar
estado contra su genio.

Tecl. Qué dislate! Si leyeras
dos renglones del *Espejo*
de cristal fino, pensaras...

Ped. Si otra vez á saber vuelvo
que incomodas á Clarita
con tus pantomimas, vengo
i hago una hoguera de todos
tus libros i mamotretos.
Tecl. Eres un herege.
Ped. Ya:
herege porque no creo
tus gazmoñadas. No, Tecla,
no te vengas con tus gestos
i jaculatorias. Mira
que te conoce bien Pedro.
No consiste la virtud
en correr de templo en templo
abandonando su casa:
descuidando al mismo tiempo
la educacion de sus hijos.
Sí, mi señora: los rezos
i los ayunos no sirven,
si no cumplimos primero
con nuestras obligaciones.
No empieces ya con pucheros:
esta es la verdad, y yo
he de decir lo que siento.
Tecl. Dios mio, qué infeliz que soi!
Pero mucho i mas merezco
por mis gravisimas culpas.
Eus. Padre, mire usted...
Ped. Qué es esto?
tú me reconvienes? Hola!
Mira que á tí no te tengo
por santo, i te romperé
una docena de huesos.
Tecl. Hombre, no me aflijas mas.
Ped. Te aflijo porque reprendo
lo que es justo? Ignorantona,
mogigata.

Tecl. Yo no puedo
sufrir mas, eterno Dios,
(*Se arrodilla, levantando los brazos.*)
libradme de este tormento,
i llevadme á descansar
á la gloria. Yo os lo ruego
por el ángel de mi guarda,
por el apóstol san Pedro,
por todas las once mil
vírgenes, por...

Ped. Yo me quemo!
di por todo el almanaque
i así acabarás mas presto.
Qué embustera! yo me voi,
pues si la escucho, no hai medio,
ó he de rebentar de rabia
ó he de hacer un desacierto... (*Vase.*)

ESCENA V.

Dichos menos don Pedro.

Tecl. Anda con cinco mil diablos.
Han visto ustedes qué genio
tan endiablado?

Eus. A no ser
mi padre...

Rita. No he visto un viejo
mas colérico. Caramba
que por usted lo tolero.
No faltaba mas, pues soi
bonita yo para esto.
Nadie, nadie me ha metido
el resuello para dentro.

Eus. Vive Dios que he de impedir
el dichoso casamiento

solamente por vengarme
de su merced.

Tecl. Cómo Eusebio?
pues qué pretendes hacer?

Eus. Que se yo. Sino hallo medio,
seré capaz de aguardar
una noche á don Prudencio
i darle un pistoletazo.

Tecl. No, hijo mio, no lo apruebo
Eso es perderte. Jesus!
no lo permitan los cielos.

Eus. Pues ellos no han de casarse.

Rita. I para qué es el ingenio?
miren que dificultad!
con un empate está hecho.

Tecl. Cómo Rita?

Rita. El escribiente
es un mozo de talento,
que falsea cualquier firma...

Tecl. Jesus hija! Yo no puedo
entrar en ese embolismo.

Eus. El escrúpulo está bueno!
con que usted sin duda quiere
que yo mate á don Prudencio,
i tenga despues que andar
por esos mundos huyendo?

Tecl. No, hijito... ¡Jesus! la pena
me mataria sin remedio.

Rita. Vamos, que aun falta saber
si el don Cárlos querrá hacerlo.

Eus. No lo ha de hacer? Toma! el otro
es un amigo de aquellos
que saben sacrificarse
por su amigo. Qué bureos
hemos tenido! No hai mas:
en diciendo que en el juego
me presta, todo está dicho.

I sino pronto saldrémos
del cuidado. Juan, Juan.

ESCENA VI.

Dichos i Juan.

Juan. Mas gritos. Para boyero
tiene usted una voz que asombra.
Eus. En dónde estabas, camello?
Juan. Toma! Recogiendo puntas
de cigarro por el suelo.
Eus. I eso es antes que acudir
cuando llamo?
Juan. Por supuesto,
que en el dia los chicotes
deben pisarse. Está bueno
para chanzas el tabaco
Ayer me dió el estanquero
raices de escorzonera
por cigarros. Qué gran perro!
Eus. Reniego de tu tabaco,
i tu pesadez. Ve presto
i dí á don Cárlos que suba.
Juan. Tiene usté en el cañutero
algun chicotico?
Eus. Marcha
á lo que digo, ó te arreo
con el pié.
Juan. Ya voi, señor
Búsquelo usted para luego.
Eus. Bien, lo buscaré.
Juan. Siquiera
porque le traigo i le llevo
cuando se ofrece... no digo
nada mas: usted es discreto. (*Vase.*)

ESCENA VII.

Dichos menos Juan.

Eus. Qué postema!
Rita. Es de plomo.
Eus. No tenga usté algun recelo.
Yo sé bien quien es don Cárlos:
no digo yo á don Prudencio
que parece un poco tonto,
pero al hombre mas esperto
es capaz si se le pone
en los cascos de envolverlo.
Rita. Cómo me gustan los hombres
que tienen entendimiento!
pero él viene.

ESCENA VIII.

Dichos i don Cárlos sin sombrero, con la pluma en la mano.

Carl. Juan me dijo
que me llamabas.
Eus. Es cierto.
Carl. Qué me quieres?
Eus. Siéntate.
Carl. Ahora sentarme no puedo,
porque el tio solicita
que vaya por el correo
una maldita factura,
i ya la estoi concluyendo
Eus. Pues, Carlitos, te llamamos
para que luzcas tu ingenio.

Carl. Vaya, i qué es el caso?
Eus. Escucha.
Qué hablamos en el paseo
ayer tarde?
Carl. Allí se habló
de que estabas sin dinero,
i... qué se yo: se trataron
tantas cosas!
Eus. Lo primero
no fué de mi hermana?
Carl. Sí;
acerca del casamiento.
Eus I bien qué te dije yo?
Carl. Que estabas hecho un veneno
viendo que será preciso
partir con un forastero
tu caudal; i yo te dije
que todo tiene remedio
menos la muerte.
Eus. Es verdad;
i como me ayudes tengo
de desbaratar la boda.
Carl. Ya tú conoces mi genio;
qué quieres que haga por tí?
Eus. Una bagatela. Quiero
que te finjas novio antiguo
de Clara con documentos
falsificados, con prenda
(que esa acá te la darémos)
i en fin con los requilorios
de un empate.
Carl. Ya te entiendo.
Cáscaras! que el enredillo
es peliagudo. Primero
será menester pensarlo.
Eus. Cómo? tú tienes recelo?
no lo creyera, i de qué?

Carl. Te parece que don Pedro
armará poco ruido?
Mira, lo menos, lo menos,
me plantará en la del rei:
i ya se ve yo no siento
dejar la casa, sino
adquirir en el comercio
mala fama. Ya tú sabes
que aunque tuviere un cajero
cuatrocientos estravios
nadie le roe los huesos,
pero como el infeliz
piense en casarse, al momento
le cierran todas las puertas,
i se queda pereciendo.

Eus. Vaya, vaya que el reparo
me ha hecho fuerza... Mira, necio,
en muriéndose mi padre
no serás entonces dueño
de la casa? tú no ignoras
que me fastidia el manejo
de los negocios, i que
necesito un compañero
que dirija esa monserga
mientras ando en mis bureos:
con que á quién podré elegir
mejor que á tí por tu genio,
tu honradez, i.... la verdad
porque te estimo.

Carl. No niego
que será así, pero mientras
que no se le antoja al viejo
salir de este mundo, cómo
sin destino me mantengo?

Eus. Con lo que yo te señale.

Carl. Pero tú...

Tecl. Jesus! por eso

no se desconsuele usted.
Dios no lo permita; pero
si por mi causa lo viese
desacomodado, creo
que hasta la postrer alhaja
vendiera por socorrerlo.

Eus. Hombre, no tengas cuidado.
Quince, veinte, ó treinta pesos
que necesites al mes
para la broma, ó el juego,
se te darán al instante.
Mira, mi padre está enfermo:
él es regañon; mañana
de un berrenchin queda tieso;
i entonces, Carlitos mio,
nosotros dos triunfarémos.
Vaya, responde, lo harás?

Carl. Me poneis en un estrecho...

Eus. No seas tímido.

Rita. Qué hombre
tan cobardisimo!

Tecl. Puedo
lisonjearme, don Cárlos,
de que empleará sus talentos
en servirnos?

Carl. Sí señora:
ya estoi á todo resuelto.
Qué no haré yo por ustedes:
si supiera que don Pedro
me daba un pistoletazo
no he de ceder del empeño.

Eus. Ahora sí que eres mi amigo

Rita. Si don Cárlos vale un reino.

Tecl. Crea que en mis devociones
no lo olvidaré.

Carl. Por cierto
que si me despide el tio

me pondré gordo con eso.

Teel. Jesus! cuente usted, don Cárlos,
con mis facultades.

Eus. Presto,
ven á escribir el papel;
i tú, Rita, vé allá dentro
i mira lo que le puedes
pescar á mi hermana.

Rita. Quedo
impuesta; es imposible
que se malogre el proyecto
por falta de prenda. En buenas
manitas está el pandero.

Eus. Ven Carlitos.

Carl. Ya tu ves
á lo que me comprometo
por servirte, i que yo...

Eus. Vamos,
i ahora no pienses en ello. (*Vanse los dos.*)

Rita. Voi á descubrir el campo. (*Vase.*)

Teel. Y yo en mi cuarto me encierro
á implorarte los auxilios
que necesitas del cielo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Don Eusebio, don Cárlos i Rita luego.

Carl. Qué diablura! Sobre que
tiemblo de pies á cabeza
cuando pienso en los bufidos
que dará tu padre.

Eus. Deja,
que despues lo amansarémos.
Sobre todo el que desea
manejar plata, i hacer
un papel brillante, es fuerza
que estafe, embrolle i engañe,
i si acabare en tragedia,
paciencia, que alguna cosa
debe esponer el que juega.

Carl. Es que yo temo la cárcel.

Eus. Cárcel por una friolera!
qué cobarde... pero aguarda
que Rita viene. ¿Y la prenda
pudiste pescarla?
Rita. Toma!
ya hice yo mi diligencia.
I si ustedes no me creen
será preciso que crean
á esta sortija, que tiene
un rubí como una rueda
de molino.
Eus. Un reino vales.
Rita. Qué favores!
Eus. Dí, morena,
me quieres dar un abrazo?
Rita. Me sofoco si me aprietan.
Carl. Yo los doi con suavidad.
Eus. I yo tambien.
(*Ella huyendo i ellos la siguen.*)
Rita. Anda fuera
tentacion.
Eus. No has de escaparte.

ESCENA II.

Dichos i doña Tecla.

Tecl. Niños, qué algazara es esta?
Rita. Si me quieren abrazar.
Tecl. Qué es esto? suéltala, ó llevas
un pellizco.
Eus. Tambien hai (*La abraza.*)
para usted.
Tecl. Que me rebientas:
toma para que escarmientes;
qué criaturas! solo piensan

en jugar.

Eus. Toma! Lo mismo
haria usted cuando doncella.
No empiece usté á marearnos
con sus sermones, i sepa
que el novio postizo tiene
asegurada la prenda
i la palabra.

Tecl. Tan presto!
Ai que las carnes me tiemblan!
Mi señora santa Rita,
cuatro milagros de cera
i uno de plata os ofrezco
si nos sacais de la empresa.

Eus. Toma si nos sacará,
como que en la faltriquera
tengo una carta que vale
un tesoro.

Tecl. Cómo?

Eus. En ella
se manifiesta que el padre
de don Prudencio desea
la conclusion de la boda
para quebrar.

Tecl. Qué vileza!
Pero quién la escribe?

Eus. El mismo.

Tecl. I á quién?

Eus. La pregunta es buena!
A quién ha de ser? Al hijo.

Tecl. Vaya, si no lo creyera!
I cómo llegó á tus manos?

Eus. Qué sandez! Por la estafeta
de Carlitos.

Carl. Sí señora,
yo he falseado su letra,
i el horrible garabato

de su firma; de manera
que si el hijo va á Laredo
i al viejo se la presenta,
afirma que es suya, i pide
el braguero á toda priesa.

Tecl. Jesus! Jesus! i á que fin
es esa carta?

Eus. Usted vea,
oiga i calle, que yo sé
lo que me hago.

Tecl. Me llenan
de temor tus travesuras;
Señor, oid á esta sierva.

ESCENA III.

Dichos i Juan.

Juan. Ahí están...

Eus. Quién? habla bruto.

Juan. Pero si usted... no me deja.

Eus. Si eres un asno: prosigue.

Juan. Ahí está...

Eus. Me desespera
este bruto.

Teél. No te irrites.

Rita. Tienes frenillo en la lengua?

Juan. He de hablar de carretilla?
por cierto que es linda tema.

Tecl. Vaya, quién es?

Juan. Don Prudencio.

Eus. Pase adelante, qué esperas?

Juan. Tiene usté aquel encarguito?

Eus. Qué encargo?

Juan. Ya no se acuerda
de aquello?

Eus. Dí qué es aquello?
Juan. Toma! Aquello que jumea.
Rita. Esplícate.
Juan. El chicotito,
que le pedí habrá hora i media.
Eus. Yo no sé como te aguanto.
Rita. Ve á lo que te mandan, bestia.
Juan. Por Dios no me olvide usté,
porque el vicio no me deja... (*Vase.*)

ESCENA IV.

Dichos menos Juan.

Rita. Qué fastidioso!
Eus. Cuidado
que ahora comienza la escena:
cada cual haga el papel
que le corresponde.
Tecl. Acerca
aquí una silla.
Rita. Aquí está.
Carl. Silencio todos, que llega.

ESCENA V.

Dichos i don Prudencio. Doña Tecla se sienta fingiendo que llora con el pañuelo en los ojos. Don Eusebio cruza los brazos i se pasea pateando por la escena. Don Cárlos se queda á un lado en pie con los ojos fijos en el suelo. Rita se apoya sobre el espaldar de un taburete manifestando confusion.

Prud. Señores, felices dias.
Mi señora doña Tecla,

qué es esto? Qué tiene usted?

Tecl. Ai! que ya no tengo fuerzas
para sentir!

Prud. Qué señora,
está usté acaso indispuesta?

Tecl. No señor.

Prud. Pues qué otro orígen
tiene ese llanto? Merezca
mi amistad su confianza,
descúbrame usted su pena.

Tecl. Ai mi señor don Prudencio,
que estos hijos, ó estas fieras,
han de quitarme la vida.

Eus. Qué hermanita! Si tuviera
una pizca de dominio,
yo le aseguro...

Rita. Está buena
la injusticia! Yo no sé
porqué á las pobres sirvientas
se han de achacar los deslices
de las señoritas.

Eus. Cierra
ese pico, que vosotras
sois siempre las tapaderas.
Que no pudiera yo hacer
hoi un ejemplar!...

Prud. Me llenan
ustedes de confusion :
qué, doña Clara pudiera
merecer esos estremos
de indignacion?

Tecl. En la tierra
no hai madre mas infeliz.

Eus. Estamos buenos... me tientan
los demonios...

Prud. Don Eusebio
témplese usted. La promesa

de don Pedro, i el amor
que á doña Clara me estrecha,
no me permiten, amigo,
mirar con indiferencia
los disgustos de esta casa,
i así no estrañe que sea
importuno en inquirirlos.
Vamos; por qué son las quejas
de esta señora? En qué pudo
doña Clarita ofenderla?

Eus. En qué?... Mejor es callar,
porque si hablo...

Prud. Prudencia:
sin irritarse.

Eus. No, amigo,
yo no despego la lengua.
El señor, que es su rival,
puede darle la respuesta.

Prud. Pues decid.

Carl. Que es la desdicha
mayor el tener pobreza. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Dichos menos don Cárlos.

Prud. Qué estilo es este? No sé
ciertamente si me ofenda
de un silencio que me espone
á estos desaires.

Eus. Quisiera
no darle yo la noticia;
mas puesto que usted se queja
de mi silencio, le digo
que don Càrlos tiene prenda
i palabra de mi hermana.

perjudica, no remedia
en estos casos, i así...

Ped. Calle usted, que no hai prudencia
cuando los hijos se burlan
de la crédula terneza
de sus padres. Quién juzgara
que toda aquella modestia,
aquella humildad, aquel
recato, aquella obediencia
fuese solo una impostura!
Qué astuta! Dios nos defienda
del agua mansa. No, amigo,
ya no tendré la flaqueza
de creer en gazmoñadas.
Hipócrita! Mira, Tecla,
el fruto de tus arrobos,
de esa estéril é indiscreta
santidad de que te jactas.
Lo ves? Querrás que enmudezca?
Que no culpe el abandono,
la insensatez, la indolencia
con que educas tu familia?

Tecl. Hombre, no me aturdas, cesa
bien temia era preciso
que tronase la tormenta
sobre mí. Dadme, mi Dios,
por vuestro amor resistencia.

ESCENA IX.

Dichos, doña Clara i Rita.

Rita. Aquí está la señorita.

Clar. Qué manda usted?

Rita. Aquí es ella.

Ped. Me conoce usted, señora?
Clar. Esa pregunta me aterra,
padre mio.
Ped. Pues si sabe
que su padre no tolera
liviandades, ni perfidias,
cómo á mi vista no tiembla
despues de haberme burlado?
Diga usted, señora, piensa
que con dos mimos, i tres
lagrimitas me enternezca
i proteja su delirio?
Vaya, responda, no quiera
que la haga hablar. (*Amenazándola.*)
Clar. Padre mio,
suplico á usted que suspenda
su indignacion...
Ped. Vamos, habla:
no me apures la paciencia,
pues si me irrito...
Clar Señor,
si ignoro porque se altera,
qué quiere usted que responda?
Ped. Ya no sirven apariencias
ni disimulos, responde,
responde, pues, con presteza.
Clar. Haga usted lo que gustare,
pero sé que mi inocencia
no merece esa injusticia.
Ped. Con que inocente? Embustera,
aun piensas alucinarme?
Vive el cielo! cómo intentas
justificar tu conducta
cuando ya la buena pieza
de don Cárlos ha tenido
la solemne desvergüenza
de pedirte?

el despecho nada enmienda.
Además de eso, el delito
no es de tal naturaleza
que carezca de disculpa.
Un jóven, cuya presencia
con tantos méritos brilla,
que en el estrado, en la mesa
desenvuelve sus talentos;
que desde su adolescencia
debajo de un mismo techo
hace alarde de sus prendas,
no es mucho que haya encendido
con sus gracias, tan violenta,
tan voraz llama en el pecho
de una jovencita tierna.

Eus. Por mas que usted la disculpe,
yo he de hacer que se arrepienta
de su liviandad.

ESCENA VII.

Dichos i don Pedro.

Ped. I quién
se ha de arrepentir? mas, Tecla,
por qué lloras? Don Prudencio
descalcémonos que hoi riega
mi mujer toda la sala
con sus lágrimas, i fuera
irreverencia pisarlas
con el polvo de las suelas.

Tecl. Vienes, hombre, á duplicar
mi martirio? Por Dios deja
que llorando desahogue
mi corazon.

Ped. Que embustera!
Yo me pierdo!... Vive Dios

que á no ser porque dijeran!...

Prud. Esta señora, don Pedro,
con mucha razon se queja.
Una madre que ha sufrido
tantos afanes i penas
por inspirar sus virtudes
á una hija, dulce prenda
de su ternura, no puede
mirar con indiferencia
la ceguedad con que hollando
todo respeto, enajena
su corazon i dispone
de su mano: ligereza
que si el amor la disculpa,
el decoro la condena.

Ped. Yo no entiendo á usted.

Prud. Señor,
doña Clarita se encuentra
sin libertad. A don Cárlos
le ha dado la preferencia
el amor, i yo respeto
lo que su deidad decreta.

Ped. Pero cómo? Quién lo ha dicho?
Por donde se sabe? Tecla,
qué embrollo es este?

Tecl. Don Cárlos
á instancias de la perversa
se ha declarado conmigo.

Ped. Qué dices? Rita, anda apriesa
llámame á Clara. Traidora! (*Vase* Rita.)
si es verdad infeliz de ella.

ESCENA VIII.

Dichos menos Rita.

Prud. Señor don Pedro, el rigor

Indigno! con que insolencia
se declaró! Yo no sé
cómo... vaya si no fuera
por la que está en esa silla...
Mejor es callar... me llevan
los diablos, cuando no puedo
usar de mi genio.

Tecl. Vengan,
señor, mas pesares juntos
sobre este monton de tierra
que ha escitado vuestras iras.

Rita. Señor don Prudencio, piensan
que yo he sido... no sé como
esplicarme... La alcahueta
de los niños. Mire usted!
una moza... (aunque parezca
mal que yo lo diga) tan...

Eus. Vamos, alábate.

Rita. Honesta:
sí señor, puedo decirlo
con mi cara descubierta.

Eus. Déjame en paz.

Prud. Pero cómo,
doña Clarita? Es quimera!
Una niña tan amable
tan recatada, tan llena
de virtudes, contraerse
sin la debida anuencia
de sus padres? Engañarme
con una falsa terneza?
Usar de unos artificios,
de un dolo, de una reserva
que en su edad son imposibles.

Rita. Yo tampoco los creyera,
mas con esto ya descubro
todo el misterio de ciertas
acciones, ciertas miradas

i ciertas palabras sueltas
de que nunca he maliciado.
Ya se ve yo soi sincera
i no pienso mal de nadie.
Ayer iba á la despensa
por jamon, i los hallé
arrimados á la mesa
del comedor. Bien oí
que él le decia: ya es fuerza
quitarse la mascarilla.
Preguntóle entonces ella:
¿cuándo será? Mañana,
le respondió. Entré en la pieza
i al instante se salieron.
Quién formaria sospecha
de tres palabras al aire?
Estaba yo tan ajena
de este enredo!... pero ya
Jesus! nadie me la pega.
Niñas? Cáspita. Si yo
fuese juez, no consintiera
que se pusiese una amiga
á dos leguas de una escuela.

Eus. Qué no los hubiera hallado
tan solo una vez siquiera
en secretitos!

Tecl. Villana!
mala hija!... No, no es esta
la crianza que le he dado.

Rita. I que cierto!

Tecl. La perversa
siempre ha vivido á mi lado
como una jóven honesta.

Rita. I yo testigo.

Tecl. Malvada!...

Prud. Señora, nada aprovechan
las lágrimas, aunque justas;

Clar. Qué don Cárlos
ni qué pretension es esa?
Yo no entiendo á usted, señor.
Eus. Mujer, no te desentiendas,
si ya lo sabemos todo.
Clar. Pero qué saben? desean
volverme el juicio?
Tecl. Calla,
i Dios no te tome en cuenta
el pesar que me ocasionas.
Clar. Qué conjuracion es esta,
Dios de mi alma?
Rita. Señorita,
diga usted por santa Elena
si en sus tratos ó no tratos
le he servido de tercera.
Clar. Qué dices?
Rita. Que lo declare,
porque no quiero que muerdan
mi estimacion.
Clar. Yo estoi loca!
Prud. Yo, señora, aunque pudiera
quejarme de un desengaño
que desairado me deja,
es mi afecto tan leal,
que solamente la idea
de que serán mis suspiros
ecos de su complacencia,
ya que no temple mis ansias
en parte las lisonjea.
Clar. Señores, yo me confundo.
Qué especie de enigma es esta?
hablen ustedes mas claro,
para qué son indirectas?
en qué he faltado?
Ped. Insolente,
ya no han de servir tus tretas.

Juan? Juan? verémos ahora
si la niña se hace lerda.

ESCENA X.

Dichos i Juan.

Juan. Qué manda usted?
Ped. Picaron,
qué es esto tú te presentas
fumando tabaco?
Juan. Yo?
Dios mio! que mala lengua,
me ha levantado ese falso
testimonio?
Ped. Con que niegas
lo mismo que yo estoi viendo?
Juan. Señor, por santa Teresa
que usted se equivoca.
Ped. Cómo?
I esa pipa?
Juan. Si está llena
de aserrin. Toma, el tabaco
no tizna mi chimenea.
Ped. Mira que ya me empalagan
tus chanzas.
Juan. Pero si...
Ped. Apriesa
llama á don Cárlos.
Juan. Corriendo...
ya él subia la escalera.

ESCENA XI.

Dichos i don Cárlos.

Ped. Venga usté acá, señor mio

ni el desheredamiento, ni cuantos males
me produjere el logro de mis deseos. I
para que conste en todo tiempo la fe con
que le entrego mi corazon, firmo la pre-
sente en Cádiz á 20 de Julio de 1800.»

«*Clara de Vargas Machuca.*»

Eus. A ver la niña!

Tecl. Dios mio!
quién á estos niños enseña
un lenguaje que yo ignoro
siendo una mujer de treinta?

Ped. I bien, qué dirás ahora?
Callas infame?

Clar. Qué pena!
No puedo mas! (*Cae.*)

Tecl. Ai mi Clara
que se desmayó!

Rita. Me quiebra
el corazon: anda pronto
por agua.

Juan. Pobre mozuela!... (*Vase.*)

ESCENA XII.

Dichos menos Juan.

Eus. Ya no puedo mas: que esté
toda la casa revuelta
por un vil? He de beberte
la sangre....

Rita. Que se pelean

Ped. Tente, Eusebio.

Tecl. Hijo de mi alma.

Eus. Déjenme ustedes

Ped. Qué espera?
plántese al punto en la calle

antes que de otra manera
se lo mande.

Carl. Poco á poco,
señor don Pedro.

Ped. Pues ea,
obedezca usted al instante.

Carl. En su casa usted gobierna,
pero en la calle yo haré
que mis derechos se atiendan. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

Dichos menos don Carlos.

Eus. No me impidan que lo mate.

Prud. Don Eusebio...

Ped. Te sosiegas,
niño ó demonio?

Clar. Ai cielos!

Rita. Ya parece que se alienta.
Vamos llore usted.

Clar. Yo muero..

Ped. Quitenla de mi presencia,
sino quieren que la ahogue
entre mis manos.

Tecl. Ya es esa
demasiada crueldad.

Ped. Chiton, i tú no te metas
en este asunto.

Rita. Señora,
venga usted.

Clar. No tengo fuerzas
para sostenerme.

Rita. Vamos
poquito á poco. (*Vanse las dos.*)

Clar. Infame, tú mientes.
Rita. Ea,
se acabó, lo soñaria,
por eso no haya quimera:
tiene usted mucha razon.
Ped. I bien, señora, esta prueba
le parece despreciable?
tendrá usted la desvergüenza
de hacer otros aspavientos
para dorar su flaqueza?
Ea, pues, qué dice usted?
Clar. Digo que es la mas perversa
la mas infame impostura,
i qué... pero ya es bajeza
tanta disculpa: señor,
no estrañe usted que enmudezca.
Yo no puedo proferir
sino amarguisimas quejas
contra todo el que me agravia,
i siendo quien mas se empeña
en desdorarme, mi padre,
porque el dolor que me ciega
no se olvide del respeto,
echaré un nudo á mi lengua,
aunque en el silencio quede
poco airosa mi inocencia.
Prud. Será falso este lenguaje? (*Ap.*)
Ped. Yo he de perder la cabeza
con este enredo. Don Cárlos
ó don demonio, si es cierta
la palabra, cómo Clara
redondamente la niega?
qué misterio es este?
Carl. Ignoro
los fundamentos que tenga
para tan intempestiva
mudanza. Pero si piensa,

ó porque esté arrepentida
de amar á quien escasea
sus favores la fortuna,
ó porque las iras tema
de una familia que funda
el mérito en las riquezas;
si piensa, digo, por esto
negar su fe i su promesa
por mas que finja i proteste
no es posible que desmienta
este documento... sí:
me acuerdo de aquella siesta
que le recibí postrado
de esa mano que... mas era
otro tiempo entonces. Ai!
cuán fácilmente se truecan
los suspiros en ultrajes,
en desprecios la terneza!
i mas cuando...

Ped. De qué sirven
tantas pantomimas? Ea
qué contiene ese papel?

Carl. Una inconstancia de aquellas
que ofrecen al agraviado
mil disculpas si se venga

Clar. Pero cómo?...

Carl. Sí señora:
supuesto que usté atropella
mi honor, i su fe, tolere
que irritado de la ofensa
tome un miserable amante
la venganza que le queda.

(*Lee.*) «Yo doña Clara de Vargas Machuca, enamorada de don Cárlos Antonio Fernandez, le doi palabra i mano de esposa, sin que sirva de pretesto para revocarla, ni el disgusto que pueda manifestar mi familia,

Cuidado que si me niega
lo que voi á preguntarle
lo he de poner á usté en Ceuta.
Vamos, diga francamente
qué tratos tiene con esa.

Carl. Si es delito, padre mio,
el amor i la terneza
de dos finos corazones,
que han unido las estrellas,
confieso que somos reos:
i así tenga usted clemencia
de nosotros, conociendo
cuan poderosa es la fuerza
de una pasion. Sí señor:
ahora es justo resplandezca
su bondad i su dulzura...
Mis lágrimas se lo ruegan,
por la vida de su esposa,
por esta mano que besa
mi humildad, por...

Ped. Los diablos
que se lo lleven. Me ciega
tanto la rabia que estoi
por hacer... Lo ves perversa?
qué responderás?

Clar. No sé,
porque es tanta mi sorpresa,
que voces con que espresarse
mi sentimiento no encuentra.
Qué es esto, señor don Cárlos?
Es posible que se atreva
con semejante descaro
á mentir en mi presencia?
qué ternura? qué pasion?
qué influjos de las estrellas?
Qué multitud de locuras
ha proferido? Usted sueña.

Yo amarlo? Yo? Cuándo ó cómo
le he dado la menor muestra
de cariño?

Carl. Señorita,
ya está soltada la piedra,
con que no hai otro remedio
que ablandar con nuestras tiernas
lágrimas el corazon
del señor don Pedro.

Clar. Intenta
burlarse de mí este hombre?
qué es lo que habla? está fuera
de juicio?

Carl. Doña Clara,
si por rubor ó violencia
pretende usted desmentir
mi confesion, será fuerza
ratificarla.

Clar. Impostor,
aun tendrá usted la insolencia
de sustentar un engaño
tan manifiesto?

Carl. Quisiera
no verme en la precision
de publicar las finezas
de una dama; pero cuando
las circunstancias me estrechan,
perdone usted si grosero
hago alarde de esta prenda.

Eus. Pues! su anillo.

Teel. Yo no sé
como no me caigo muerta?

Prud. Ya qué tengo que dudar.

Rita. Ai, ya me acuerdo, una siesta...
fué el mes pasado? no, el otro...
jurara que en la escalera
le alargaba usté el anillo.

ESCENA XIV.

Don Pedro, doña Tecla, don Eusebio, don Prudencio i Juan.

Juan. Qué fresca
viene el agua.
Ped. Majadero,
vete de aquí.
Juan. La tormenta
rompió en agua. Juan á casa
no caiga alguna centella. (*Vase.*)

ESCENA XV.

Dichos menos Juan.

Prud. Señor don Pedro, este lance
ha oprimido de manera
mi corazon, que es preciso
se sirva darme licencia
para recobrarme.
Ped. Cómo?
Usted se va? ya me deja
mi único amigo?
Prud. Señor,
su amigo de usted se ausenta
para poder suspirar
i quejarse de su estrella
con libertad. Cuando calmen
el tumulto i la violencia
de mis ansias, cuando el grito
de la razon enmudezca
mis sentimientos, no dude

que entonces su amigo vuelva,
no á cumplir con una estéril
i maquinal etiqueta,
sino á ofrecerle la misma
voluntad con que á sus puertas
solicitó una ventura
que la desgracia le niega. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

Dichos menos don Prudencio.

Ped. Que no conozca esa loca
la notable diferencia
que hai de hombre á hombre! Es posible
tal ceguedad? Quién creyera
tan poco seso en Clarita!
Honradez, caudal, nobleza,
todo lo ha perdido, todo;
i por quién? por un tronera;
no hai remedio, si mi amigo
don Prudencio la desprecia
(que hará mui bien en hacerlo,)
aunque por ella interceda
el mismo rei, al instante
la sepulto en una celda.

Eus. Yo discurro que hará usted
lo postrero, cuando lea
dos rengloncitos.

Ped. Qué dices?

Eus. Que engañan las apariencias,
i por eso á cada instante
nos hallamos en las presas
de alguno de tantos lobos
que llevan pieles de oveja.

Ped. Déjate de alegorías

i habla claro.

Eus. Cuatro letras
descifrarán el misterio. (*Le da una carta.*)

Ped. Qué simpleza será esta?

(*Lee.*) «Querido hijo: Nuestros asuntos están cada vez en peor estado. La casa de Mr. Potier, que acaba de quebrar en Holanda, giraba como sabes la mayor parte de nuestros intereses; i este funesto golpe me deja sin esperanza de sostener mi crédito mas tiempo. Por tanto acelera tu boda con doña Clara, pues no quisiera que mi desgracia te privase de las comodidades que te promete tan ventajoso casamiento. Es verdad que esta conducta no dejará de ser vituperada; pero la necesidad obliga muchas veces al hombre á obrar contra sus verdaderos sentimientos. Quedo pidiendo á Dios guarde tu vida muchos años.=Tu padre, que de corazon te ama:=*Francisco Ignacio Vergara.*»

Yo estoi pasmado! Una casa
tan fuerte!... Quién lo dijera!
Pero, dime, quién te ha dado
esa carta.

Eus Mi destreza.
Esta mañana á las siete
fingia leer la gaceta
de Leiden; pero se estaba
vistiendo con tanta priesa
que no quise importunarlo.
Sentéme junto á la mesa,
i estándole revolviendo
los libros, ví la cartera

junto al tintero, i al lado
esta carta medio abierta.
Yo no soi curioso, pero
conociendo que era letra
de su padre, mientras él
se lababa en la otra pieza
le pasé la vista, i luego
me la eché en la faltriquera
para que usted viese el lazo
prevenido.

Tecl. Qué vileza!

Ped. Es posible, santo Dios,
que de esta suerte procedan
los hombres mas timoratos!
qué harán los que no profesan
sino la estafa, i el fraude?
Lo digo: es una quimera
la honradez. Todos son buenos,
son justos mientras no media
el interés, porque entonces
no tienen fe ni conciencia.
Jesus! Jesus!

Tecl. Yo me pasmo
de que las gentes no teman
el divino azote: somos
mui pecadores! paciencia.

Ped. Si no quieres que me aborque,
cállate mujer.

Tecl. Qué tema
me ha tomado! Jesus mio,
no puedo mover la lengua
sin que se ponga este hombre
mas rabioso que una hiena.

Eus. Padre ahora tiene motivo
para irritarse. Es friolera
lo que mi hermanita ha hecho?

Tecl. I he de pagar yo la pena

de su liviandad? malvada!
si su padre me creyera
mañana mismo en un claustro
la encerrara.

Ped. Si me tientas,
puede ser que sea esta tarde.

Tecl. Ojalá que así lo fuera,
Pedro mio! que de Clara
no hai que esperar cosa buena;
sí, lo digo. Una mocita
que solamente se prenda
de mozuelos; que á tu espalda
su palabra i mano empeña,
no está segura. Quizá
mañana sera la presa
de un seductor, i tendrémos
que suspirar su flaqueza
i nuestro descuido. Dios
no permita que yo sea
madre de una pecadora:
primero me caiga muerta.
Despues de eso, quién será
tan loco que la pretenda
conociendo sus desbarros?
No, Pedro mio, aunque sean
los hombres calaverillas
quieren mujeres honestas
i juiciosas. Con que, hijo,
si hemos de estar siempre alerta
con la niña, i á la postre
se ha de perder, mejor fuera
librarnos de sobresaltos,
i sin dilacion meterla
en Candelaria, que allí
con la contínua abstinencia
i disciplina, este freno
de la carne que nos tienta,

se olvidará brevemente
de las cosas de la tierra.

Ped. I mas que nunca se olvide
qué me importa? Llore, sienta
el haberme así engañado.
Falsa!... creí verdadera
tu resignacion; creí
que lograse mi terneza
labrar tu dicha... Mas no,
no es tiempo de vanas quejas...
Esta tarde... Dónde está
mi sombrero? Aunque ya sea
tarde, no he de comer hoi
hasta hacer las diligencias. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

Dichos menos don Pedro.

Eus. Perfectamente, mamá.
Que bien nuestra estratajema
se ha logrado! Vaya, Cárlos
es un héroe.

Tecl. Estoi contenta,
por haber puesto á Clarita
en la mas segura senda
de la salvacion! Qué gozo
fuera el mio, si quisieras
ser religioso.

Eus. Quién yo?
no le respondo una fresca
por no perderle el respeto.
Habrá mas maldita vieja!... (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

Doña Tecla.

Tecl. Qué loco! Ya, si es muchacho ;
luego que cumpla los treinta
será un santo. Quiera Dios
que amigos no lo perviertan.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Don Pedro que viene de la calle pensativo, i luego Rita.

Ped. Todo está allanado... No,
no ha de estar la niña en casa
un momento. Rita, Rita? (*Llamando.*)
Cuál la infiel me alucinaba
con sus mogigaterías!
mas qué mucho si la santa
de mi esposa es otra tal.

Rita. Qué manda usted?

Ped. Qué hace Clara?

Rita. Llorando como una niña.

Ped. Fingimientos! No me engaña,
ya pasó ese tiempo. Juan? (*Llama.*)
Una i mil veces mal haya
mi simpleza! Que no hubiera

conocido la añagaza
de su fingida humildad!
Pero qué hace este canalla ?
Juan, ó demonio?

ESCENA II.

Dichos i Juan.

Juan. Señor,
por Dios que no tengo astas,
ni pies de gallo, ni cola,
ni crin, ni garras, ni patas...
Ped. No me irrites. A Ramon
que ponga el coche.
Juan. Tarara,
hoi creo que no se come,
i yo estoi como una flauta... (*Vase.*)

ESCENA III.

Dichos menos Juan.

Ped. Vé allá dentro i díle á Tecla
que arregle sobre la marcha
la ropa que ha de llevar
esa mujer.
Rita. Ai qué cara!
Lucifer es un Adonis... (*Vase.*)

ESCENA IV.

Don Pedro solo.

Ped. Hijos! ellos acibaran

nuestros placeres! Qué ingratos!
El sustento, la enseñanza,
los halagos nada sirve,
nada los obliga, nada :
seguro está que en obsequio
de sus tristes padres hagan
el mas leve sacrificio.
Ai que dia! De la rabia
i la agitacion no puedo
sostenerme... Ya me cansa
la vida, es mi martirio....
Pero don Prudencio ; vaya
quién lo creyera!

ESCENA V.

Don Pedro i don Prudencio.

Prud. Señor,
aunque la fiera borrasca
que ha escitado en mis sentidos
un burlado amor, no calma ;
i aunque estos dulces umbrales
exasperan mas la llaga
de mi corazon, con todo
la amistad que nos enlaza
tiene en mí tanto poder
que á costa de muchas ansias
vengo á cumplir...

Ped. Yo lo estimo ;
i me pesa que se haya
por un vano cumplimiento
molestado.

Prud. Usted me agravia
si juzga que la verdad
no acompaña mis palabras.

Ped. Ah don Prudencio! en el dia
todo se vuelve hojarasca,
falsedades, artificio...
á que andarse por las ramas?
quitémonos uno i otro
la mascarilla: Usted trata
de engañarme, i yo no quiero
ser la risa de esta farsa,
con que busque usté otro simple,
mientras le doi á Dios gracias
de haberme abierto los ojos,
cuando casi ya pisaba
el precipicio.

Prud. Qué es esto,
señor don Pedro? Qué habla?
sin duda que con la pena
le ha entrado fiebre.

Ped. Tomara
fuese efecto de una fiebre,
pues con quince ó veinte dracmas
de quina quedara bueno;
pero el disgusto, i la rabia
que me ha dado la perfidia
de un hombre que me llamaba
su amigo, no han de quitarse
con cuantas drogas ensartan
todas las.... Cáspita! Somos
hombre de carne ó de pasta
para callar?

Prud. Pero bien,
qué delito se me achaca?
Sepamos en qué he faltado.

Ped. Es conversacion mui larga,
mui fastidiosa, i yo estoi
de mal humor.

Prud. Cómo?

Ped. Basta

de porfia, i para que
no le quede á usté esperanza
de conseguir sus proyectos
tome usted. (*Le da la carta.*)

Prud. Qué es esto?

Ped. Nada,
solo quiero á usté advertirle,
que si su padre prepara
otro nuevo engaño, tenga
mas cuidado con sus cartas. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Don Prudencio.

Prud. Qué enredo es este? aturdido
estoi con lo que me pasa.
Esta es letra de mi padre.
Veamos pues.

ESCENA VII.

Don Prudencio i Juan con un papel en la mano.

Juan. Si yo lograra
despegar la oblea! Dóile
con saliva... vaya es gana:
se rompe el papel. Si está
la oblea picoteada.
Qué he de hacer? Cómo sabré
lo que contiene?

Prud. Qué infamia!
quién podrá ser el autor
de esta impostura?

Juan. Mal haya

quien te pegó! Don Prudencio,
si me diera usted palabra
de no descubrirme...

Prud. Sí,
te lo ofrezco.

Juan. Pues yo estaba
en el banco del portero
embetunando las rajas
de mi pipa, cuando atisbo
á don Carlillos que andaba
envuelto en un capoton
observando las ventanas.
Yo al instante entré en malicia,
i como tengo esta pasta
que todos son mis amigos,
me llegué i le dije: vaya
qué busca usted? puedo acá
servirle en algo? Sí, llama
(me respondió) al señorito.
Díjele no estaba en casa,
entonces sacó la bolsa
i me rogó que tomara
naturalmente un cigarro,
pero como me temblaba
la mano de regocijo,
i tengo las uñas largas
sin querer me traje el forro
enredado entre las garras.
Despues me dió este papel
para que se lo entregara
al señorito, i se fué
dejándome con la escama
de si será desafio.
Contemple usted si se matan
qué desdicha! Ya se ve,
yo en este apuro no hallaba
callejuela, porque dar

la esquela al amo, ó al ama
era perder á don Cárlos.
Jesus! Dios lo libre! Basta
que me haya dado el pobrete
humo para una semana.
Con que así tan solo usted
puede con dulzura i maña
cortar el lance; mas cuenta
no me nombre para nada,
que no quiero que ninguno
me tome ojeriza; guarda!

Prud. Bien, verémos lo que dice,

Juan. Que no se encuentren santa Ana!

Prud. (*Lee.*) «Querido Eusebio: Ya ves cuanto me debes! Estoi en el momento de recordarte tus promesas; pero los papeles no son medios seguros para tratar de nuestros asuntos, i así te suplico vayas al café que yo frecuento, donde te aguardo á las cuatro de la tarde, para decirte lo que pienso, i salir de nuestra empresa con victoria. A Dios, i no faltes; pues á todos nos interesa el buen suceso. Tu amigo del corazon. *Cárlos.*»

Hombre sosiega; ya ves
que están en paz octaviana.
La verdad no sé que piense
de este papel. Aquí hai trama.
«Querido Eusebio: ya ves
cuanto me debes» i acaba
de agraviarlo.

Juan. Pues señor.
una vez que las espadas
han de ser las lenguas, venga
que quiero entregarlo.

Prud. Aguarda
que por hoi lo necesito.
Juan. Pero no ve usted...
Prud. Mañana
te lo volveré.
Juan. Señor...
Prud. No tengas recelo, calla,
i toma para tabaco.
Juan. La pipa me hace mas falta,
pues la que tengo ha diez años
que comencé á carenarla.
Prud. A Dios.
Juan. Por santa Cecilia
que no salga yo en la danza.
Prud. Yo te lo prometo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Juan, solo.

Juan. Pienso
que algun enredijo traza
don Prudencio. Qué será?
Si al fin vendré yo á pagarla?
Pero venga lo que venga
hoi no pensemos en nada,
sino en fumar ; qué cigarros!
la boca se me hace agua.

ESCENA IX.

Juan, doña Tecla, doña Clara i Rita.

Rita. Camastron?
Juan. Señora Rita,

cuenta que no quiero chanzas.
Usté es una mozoleja,
i yo tengo ya mas barbas
que un zamarro, con que así...

Rita. Vaya, no nos muelas, marcha
i saca el baul que está
junto á los pies de la cama
de la señora.

Juan. Ni el diablo
puede con una criada. (*Vase.*)

ESCENA X.

Dichos menos Juan.

Rita. Con que, señora, la niña
lleva todas sus alhajas?

Tecl. Su padre no quiere

Rita. Cierto
que esto ya pasa de raya.
No puedo ver sin razones;
pero por qué usted lo aguanta?

Tecl. Qué he de hacer? Yo iba á instarle,
pero á la primer palabra
me dió un bufido tan fuerte,
que estuve dos horas largas
como una sorda.

Rita. Jesus!
me parece que me ahorcara
si diera con un marido
de este temple.

Tecl. No hai constancia
para tan grande martirio.
Yo ya á estas horas obrara
milagros, á no vivir
en una eterna batalla,

con este infernal esposo.

ESCENA XI.

Dichos i Juan con un baul.

Juan. Suspenda usted por un asa.
Rita. Ea, que al dichoso viejo
ya se le caen las bragas.
Juan. Lengua de vivora.
Rita. Siento
no tenerla.
Juan. Charla, charla;
que demonio de mujer!
le pusiera una mordaza... (*Vase.*)

ESCENA XII.

Dichos menos Juan.

Clar. En fin con tal vilipendio,
con tal impiedad me arrastran
á mi horrorosa prision?
Dios mio, estoi en la casa
de mis padres, ó en las rocas
de los caribes? Quién tanta
barbarie, tanta injusticia
vió jamás?
Tecl. Te pido, Clara,
por san Antonio bendito
que no me aflijas el alma.

ESCENA XIII.

Dichos i don Pedro.

Ped. Ea pues, llegó, señora,
el instante de llevarla
donde eternamente llore
sus locos amores. Vaya,
bajemos que el coche espera.

Clar. Padre mio, si mis ansias,
mi pasmo, mi turbacion,
al ver la insolente audacia
de ese impostor, impidieron
que volviese por mi fama;
hoi que tristemente piso
la orilla de la desgracia,
debo vindicarme, debo
apelar de tan tirana
injusticia á la terneza
de un padre que me estrechaba
entre sus brazos: de un padre
á quien he debido tantas,
i tan generosas pruebas
de amor i de confianza.
Sí señor, en esta mano
que mi horrible angustia baña
de tristes lágrimas, juro
que al tal don Cárlos...

Ped Te cansas
en vano. Por mas que digas
no has de convencerme, Clara.

Clar. Yo no he de dejar sus plantas
sin merecer un momento
de atencion.

Tecl. Vamos muchacha,

resígnate, i no resistas
lo que tu padre te manda.

Clar. Resignarme? Cómo es dable?
qué lei divina, ni humana
me impone un torpe silencio
cuando injustamente ultrajan
mi inocencia, i lo que es mas
cuando en el honor me agravian?
No, madre; no: lo obediencia
en tales casos degrada
i envilece, i así en tanto
que en mi triste pecho haya
un soplo de vida, debo
decir que es falso...

Ped. A qué callas?

Clar. La violencia no despoja
del derecho.

Ped. Ven, no hagas
que ejecute un desatino.

Clar Matarme? Pues á qué aguarda
la ciega crueldad de un padre,
Que de una vez no se sacia?
Ea pues, traspase usted
mi corazon. Nada, nada,
me intimida. Mas bien quiero
derramar en esta sala
mi sangre, que en un encierro
espirar entre las garras
de mi desesperacion.

Tecl. Con que aborreces, villana,
el santo velo?

Ped. El encierro
es lo que le desagrada.

Clar. La violencia, dirá usted,
con que despojarme trata
de la inestimable joya
de mi libertad.

Ped. Malvada,
ya no puedo tolerar
el arrojo con que hablas;
vamos pronto. (*La toma de un brazo.*)
Clar. Padre mio...
Tecl. Camina, descomulgada.
Clar. Suélteme usted que yo iré
sin resistirme.
Ped. Pues anda.
Clar. Respiraré: con que en fin
no se escuchan las plegarias
de una inocente? Pues, padre,
tiemble usted de las infaustas
resultas de esta violencia.
Sí, las paredes sagradas
de ese templo serán, padre,
mi suplicio. Sin tardanza
partamos al sacrificio.
Ea la víctima aguarda
que usted guie, ya estoi pronta.
Tecl. En qué piensas, Pedro? Vaya!
tú haces caso de sus quejas?
en pasando dos semanas
se olvida de ese mozuelo,
i empieza á ser una santa.
Ped. Bien dices, vamos.

ESCENA XIV.

Dichos i Juan.

Juan. Don Bruno
el alcalde, en la antesala
espera licencia.
Ped. Que entre: (*Vase Juan.*)
retírense ustedes.

Tecl. Clara,
no llores.
Clar. Calle usté, madre,
que usté es mi mayor contraria.
Tecl. Eso dices? Algun dia
puede que me des las gracias.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XV.

Don Pedro i don Bruno.

Brun. Señor don Pedro, ha ya tiempo
que esta ocasion deseaba
de tratarle, i hoi la logro
con la dulce confianza
de merecer su atencion,
por la interesante causa
que me conduce.
Ped. Señor,
usté es dueño de mi casa,
i mi persona, i así
puede mandar...
Brun. Basta, basta
de cumplimientos, i vamos
á lo que importa. Vergara...
Ped. Don Prudencio?
Brun. Sí señor.
En solas cuatro palabras
me ha referido el suceso
que presenció esta mañana.
Igualmente me ha mostrado
aquella supuesta carta
de su padre.
Ped. No es supuesta,
señor don Bruno.

Brun. Cachaza,
señor don Pedro. Mui pronto
le probaré yo que es falsa.
Ultimamente enseñóme
un papel que le enviaba
don Cárlos á don Eusebio,
cuyas espresiones daban
indicios de alguna oculta
inteligencia.

Ped. Se engaña
quien imagine que Eusebio...

Brun. No es capaz de tales tramas?
Bien. Deje usted que concluya
mi relacion: poco falta.
En efecto, yo en persona
fuí al café donde estaba
el tal don Cárlos: llevélo
custodiado á mi morada,
i usando, segun costumbre,
de promesas, i amenazas,
hice que el dichoso niño
poco á poco confesara
todo el enredo.

Ped. I qué enredo
puede haber?

Brun. Que la palabra
de casamiento es su obra.

Ped. El la ha forjado?

Brun. I á instancias
de doña Tecla.

Ped Es posible!
Jesus, i que zalagarda!
pero con qué fin lo ha hecho
esa mujer?

Brun. Con la santa
intencion de sepultar
en un claustro á doña Clara,

para complacer al hijo
que como un toro bramaba,
viendo que era indispensable
si se casaba su hermana
partir el caudal.

Ped. Bergante!
si ahora se me presentara
discurro que lo ahogaria.
Pero, i la madre beata?
sobre que me vuelvo loco!

Brun. Se supone que la carta
del padre de don Prudencio
es tambien falsificada
por don Cárlos.

Ped. Qué! tambien
ha declarado esa infamia?

Brun. Sí señor, i fué invencion
de don Eusebio.

Ped. Qué maula!
Dios mio! Pero la prenda...

Brun. Tómela usted. La criada *(Le da el anillo.)*
desempeñó con aplauso
el encargo de robarla.

Ped. Con que todos segun eso
se armaron contra mi Clara?

Brun. I contra usted, pues le han dado
tan buen dia.

Ped. Qué canalla!
Vive Dios que han de acordarse
para siempre de esta hazaña.

Brun. Por si importa, los ministros
me esperan en la antesala
con don Cárlos.

Ped. Yo me alegro!
Que venga esa buena alhaja.

Brun. Martinez? Entren ustedes.

ESCENA XVI.

Dichos i dos alguaciles con don Cárlos.

Carl. Señor don Pedro, á sus plantas
arrepentido...
Ped. No es tiempo
de llantos ni de plegarias.
Entren pronto en esa alcoba
Carl. Puedo tener esperanza?...
Ped. Entre el bribonazo i calle.
Carl. Por Dios, señor.
Ped. Noramala.
(*Llevándolo á empellones.*)

ESCENA XVII.

Don Pedro, don Bruno i don Prudencio

Prud. Mi señor don Pedro, aquí
tiene usted todas las cartas
de mi padre. Le suplico
que se digne examinarlas
para que se inteligencie
del estado de mi casa.
Ped. Amigo, perdone usted
mi ligereza. La causa
ya la sabe usté. Esa infame,
esa infernal alianza
nos ha dado un bello dia!
Yo no he comido, mi Clara
no ha cesado de llorar;
i si el señor no llegara
tan á tiempo, la infeliz

ya estuviera en Candelaria.

Prud. Pobre niña! Dónde está?
corramos á consolarla.

Ped Yo la mandaré llamar,
Rita?... La infeliz muchacha
ya se ve, se resistia
con razon.

ESCENA XVIII.

Dichos i Rita.

Rita. Señor?

Ped. Dí á Clara
que venga al instante.

Rita. Llevan
el baul hoi ó mañana?

Ped. Eso no le importa. Marche
i haga lo que se le manda.

Rita. Que perro viejo! Por fin
hoi le hemos puesto una maza. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

Dichos menos Rita.

Ped. Esta es la criada.

Brun. Tiene
talento para urdir tramas,
porque la presente es suya.

Ped. Hoi mismo saldrá de casa;
ojalá pudiese á Tecla
de la misma suerte echarla.

ESCENA XX.

Dichos, doña Tecla, doña Clara i Rita.

Tecl. Hijo, ya he puesto á Clarita
como un guante. Con que vaya,
tomemos al punto el coche,
no venga á meter la pata
Satanás, i mis afanes
se malogren.
Ped. Que cachaza
tienes! ya el diablo ha venido
i me ha quitado la gana
de ponerla en reclusion.
Tecl. Qué dices?
Ped. Si lo amarraras
con el cordon de algun santo
no metiera aquì la pata.
Ven hija, dame un abrazo
i perdona mi insensata
determinacion. Amigo,
así cumplo mi palabra,
usté es dueño de esta mano.
Tecl. Cómo, Pedro? Qué mudanzas
ó qué arrebatos son estos?
Eres loco? no reparas
que tiene ya vocacion,
i es locura violentarla?
Ped. Violentarla? dime niña,
quieres ser monja ó casada?
Clar. Usted, señor, dió mi mano
i yo dí con ella el alma.
Ped. Lo ves, Tecla?
Tecl. Qué bribona!
Por último tú la casas

con un hombre que pretende
chasquearnos ; i que...

Ped. Calla,
embustera, hipocritona,
como tienes, dí, la audacia
de forjar tales engaños?

Tecl. Yo engaños? qué es lo que hablas?
deslenguado, mentiroso,
vive el cielo!.., Pero nada...
dices bien, no he de irritarme.
Sin duda Lucifer anda
por aquí. Jesus mil veces!
no le han de valer sus trazas
al maligno... Dios me asista.

Ped. No pienses, no, que me engañas,
sé el enredo que has urdido
por deshacerte de Clara.

Tecl. Dios mio, volved por mí,
que este hombre me levanta
un testimonio mas falso
que su corazon.

Ped. Son vanas
esas gesticulaciones,
todo lo sé. Mogigata,
negarás que tú, don Cárlos,
tu hijito, i esa criada
habeis sido los actores
de tan detestable farsa?

Rita. Yo señor? triste de mí!
por que soi pobre me ultraja
todo el mundo... antes decian
que yo la alcahueteaba,
i ahora...

Ped. Déjate de lloros
porque si agarro una tranca...

Tecl. Es Lucifer este hombre?

ESCENA XXI.

Dichos i don Eusebio.

Eus. Padre, con que ya mi hermana
se va al convento? que gusto!
Mira, he de verte una santa
dentro de poco : sino
me parece que llorara
diez años, segun te quiero.
Como que tengo yo un alma
tan sensible! Padrecito
me deja usté acompañarla?

Ped. Ya Clara no va al convento,
tù si que saldrás mañana
para Sevilla.

Eus. A qué asunto?

Ped. A mejorar de enseñanza
en los Toribios.

Eus. Toribios?
Cáscaras que no me agrada
la cuchufleta.

Ped. Tú harás (*A Tecla.*)
que se disponga sin falta
su equipaje.

Tecl. Te suplico
por toda la corte santa,
que no me dés mas pesares.

Eus. Pues qué es de veras? Caramba!
que yo no he dado motivo.

Ped. Insolente, tendrás cara
para alegar inocencias,
tú que inventaste la carta
con que desacreditar
á don Prudencio?

Eus. Tomara
conocer al hablador,
que viene á sembrar cizaña
en las familias.

Tecl. Si son
pretestos i faramallas
de tu padre, solamente
para dorar su inconstancia.

Ped. I si te pongo delante
quien te pruebe tus infamias
qué dirás?

Tecl. No puede ser;
tú piensas con amenazas
aturdirme?

Rita. Quién seria
capaz de ponerme tacha
rostro á rostro? Vive el cielo...

Eus. Vengan, verán con que gracia
le digo que mienten.

Ped. Sí,
pues por confundirte, salgan
ustedes.

ESCENA XXII.

Dichos, don Cárlos i los alguaciles.

Tecl. Cómo? Don Cárlos?

Carl. Sí señora, en esto paran
las injustas pretensiones.
Mas ai! que yo no pensaba
en esta maldad, i ustedes
me han forzado á ejecutarla.
Por ustedes me he perdido.

Rita. Yo tambien como criada
sin esperiencia, i simplona

hice lo que me mandaban.
Pero bien sabe mi Dios...

Ped. No quiero disculpas, marcha
donde nunca vuelva á verte.

Rita. Pero...

Ped. No hables mas palabra,
ve á ponerte la mantilla.

Rita. He nacido desdichada... (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

Dichos menos Rita.

Brun. Yo ofrezco hacerte dichosa
con la pena que te aguarda.

Ped. Con que, señora, son estos
sus milagros? Ahora callas?
Dígame que soi el diablo,
que soi un herege; vaya
cíteme usted algun librito.

Tecl. Debo confesar mis faltas
á vista de todo el mundo.
Señores soi una flaca
mujer, soi un vil gusano,
i he delinquido. Postrada
pido á todos me perdonen.
Pero qué digo? No bastan
las palabras sin las obras,
debo andar toda la sala
de rodillas, aplicando
mis labios á vuestras plantas.
Señores, perdon, perdon...

(*Comienza á andar de rodillas con los brazos abiertos para besarles los pies. Don Prudencio, don Bruno i Clara corren á levantarla.*)

Ped. Un cordel para amarrarla.

Prud. Bueno está señora.
Brun. Baste.
Tecl. Así quedo descansada.
Ped. Vamos, i usted, señorito,
no resuelve andar á gatas
como su madre?
Eus. Es que yo...
si pretendí que mi hermana
no se casase... es verdad
que mi intencion no era mala,
i como usted...
Ped. No prosigas
que las disculpas son vanas.
Eus. Pero padre...
Ped. No te escucho:
mañana al romper el alba
partirás á tu destino.
Tecl. Pedro mio de mi alma,
ten lástima de tu esposa...
considera que me arrancas
el corazon en mi Eusebio...
Yo soi solo la culpada,
castígame á mí, i perdona
su inocencia.
Ped. Tus plegarias
me irritan mas. Ignorante,
mujer débil, preocupada,
como quieres con los medios
con que su ruina labrabas
templar mi rigor? Sí, loca,
esa torpe tolerancia,
esa culpable indulgencia,
ese mimo; sí, mañana
irá donde lo corrijan;
ya la sentencia está dada,
no hai remedio.
Eus. Caballero,

en este lance me valga
su intercesion.

Brun. Desmintiera
mis principios, si abogara
contra sentencia tan justa.

Clar. El corregirá sus faltas,
conociendo las resultas
de su conducta estragada.
Sí señor, el triste llanto
de mi madre, es la fianza
de esta promesa: penetro
su silencio: Escarmentada
de su bondad, i dulzura
será mas severa i cauta
en la educacion de Eusebio.

Ped. Ya la sentencia está dada:
ha de ir á los Toribios.

Brun. I el amigo, á la Carraca.

Carl. Señor...

Brun. Llevadle.

Carl. Ai de mí!
que hoi empiezan mis desgracias.

ESCENA XXIV.

Dichos menos don Carlos i los alguaciles

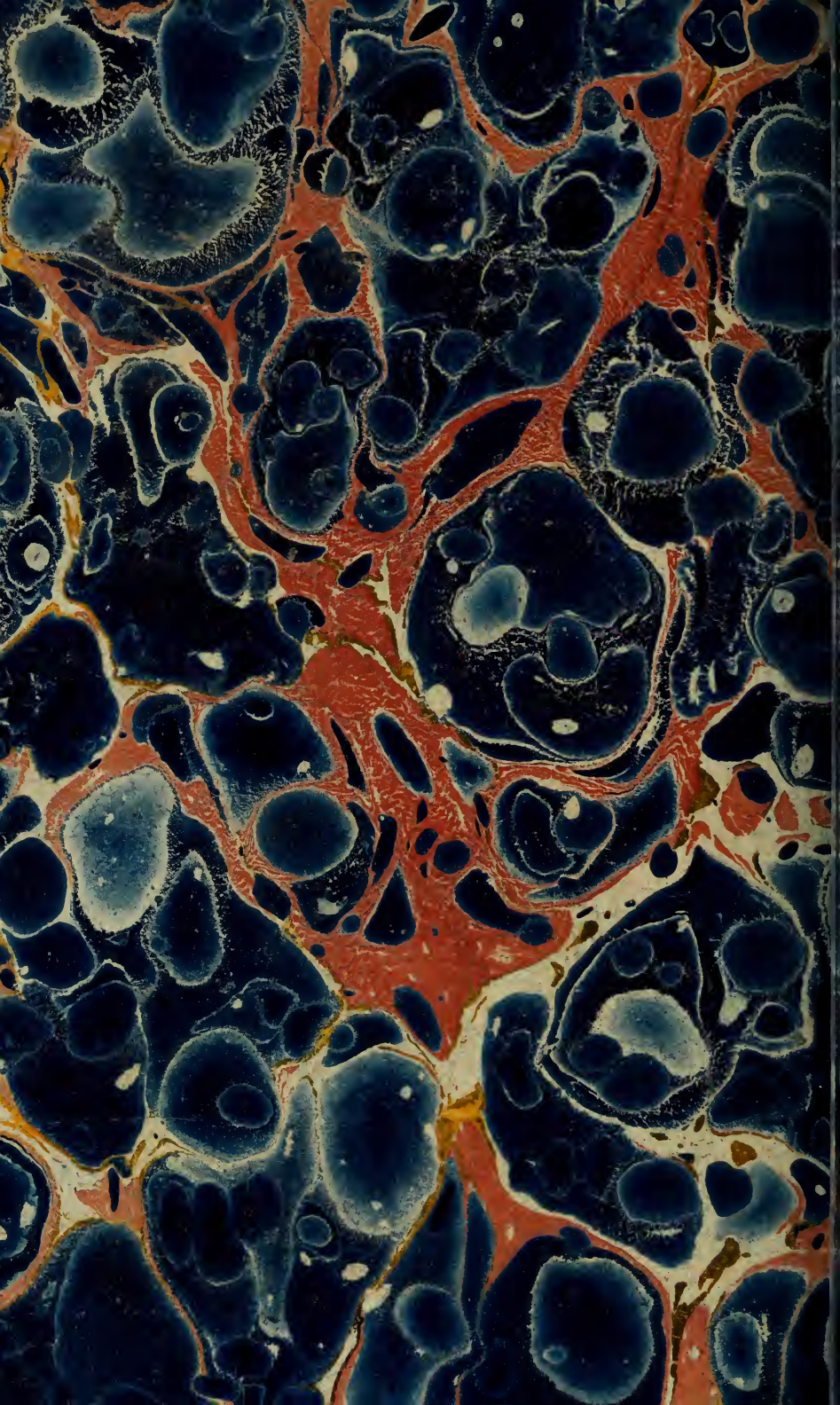
Ped. Señorito, ya ve usted
las consecuencias infaustas
de su pésima conducta;
con que procure enmendarla,
porque sino... ya me entiende
I usted, señora beata,
procure ser virtuosa
sin apariencia de santa.
Deje las preocupaciones,

estudie mas la crianza
de sus hijos, ponga en todos
igual amor, i sin tanta
ostentacion desempeñe
las devociones cristianas.
I aquí acaba la comedia
perdonad sus muchas faltas.

FIN DEL ACTO TERCERO.

INDICE.

Vida i escritos de don Juan Gonzalez del Castillo. . . . . *Pág.* v
El marido desengañado. 1
Los naturales opuestos. 23
El liberal. 49
El robo de la pupila en la feria del Puerto. . 71
El lugareño en Cádiz. 97
La madre hipócrita. (Comedia inédita.) . . 117



LS.
B3526s
162472
Author Castillo, Juan del
Title Sainetos. Vol.4

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU